

67
Febrero 2023

delatripa

desde marzo de 2013

Narrativa y algo más

El amor
a través de las letras

Editada en Matamoros, Tamaulipas. Revista de Circulación Mensual. **Dirigida por:** Adán Echeverría.

Edición: Larissa Calderón. **Colaboraciones a** romeodiana luz@gmail.com Consejo Editorial: **Javier Paredes Chí,** **Cristina Leirana,** **Roberto Cardozo,** **Rocío Prieto Valdivia,** **Mario Pineda Quintal,** **Sandra Galarza y J.R. Spinoza.**

Contenido

Ángeles

Estrella Gracia González 5

Etzatlán

José Baroja 6

Jenga en Sombreros Afuera

Eduardo Omar

Honey Escandón 7

La ofrenda

Jimm León O. 13

Mentirosa

Azahalia Rodríguez Peralta 27

Pluma

Blanca Vázquez 29

Ghosting

Valentina Mar Serrallonga 14

Tres historias de amor y letras

Carlos Enrique Saldívar 30

Te amo

Victoria Zoe Martínez Castillo 31

Por siempre juntos

Rosy Murillo 34

Por siempre en su corazón

Rocío Prieto Valdivia 35

La puerta

Rut Treviño 36

Táshkin vivía en un concepto

Mario de la Cruz Arreola 37

Las brujas del Chocolate

Kintto Lucas 31

El juego del hombre gris

José Núñez del Arco de la Cuadra 39

La catedral de tus caderas

Carlos Santiago Quizhpe Silva 51

Carmen y el Doble Rostro

Manuel Chatelain 53

El Kioto de Xiang

Camilo Torres 54

Corre, Santiago, Corre

Kathy Serrano 55

Kelvinator

Alejandro Hayagriva Paniagua 56

Helado silencio

Claudio Ferrufino-Coqueugniot 57

Caramelos Pictolín

Víctor M. Jiménez Andrada 58

Las fiestas de mi pueblo

Ángel Manuel García Álvarez 59

Haciendo el amor

Carlos Enrique Saldívar 60

¿Puedes liberarte de la prisión de tu mente?

Francia Elena Valencia 71

Crónicas médicas

Hernán Tenorio 72

Una nueva edición de las Elegías de Duino

Santos Domínguez Ramos 74

Nota sobre el libro "El australiano y yo"

de Alfredo Noriega

Galo Galarza Dávila 78

¿Para qué sirve Pedro Gil?

Freddy Solórzano 80

La influencia de los cambios hormonales

Maite Bravo Vidal 83

Lectores somos

Estrella Gracia González 87

Incipit

Blanca Vázquez 89

Brutal como el rasgar de un fósforo

Gustavo Garzón 91

Noveno Piso

Sandra Galarza Chacón 93

Sopa de letras

David Sarabia 95

Proyecciones de la mente

Astrid G. Reséndiz 98

Matriarcadia: Separatismo

Norma Leticia Vázquez González 100

Interés superior

Larissa Calderón 102

F es de Fantástico

J.R. Spinoza. 104

Bajo el barandal

Rocío Prieto Valdivia. 106

Mi punto de risa

Roberto Cardozo 108

Nos vemos en el slam

Mario E. Pineda Quintal 109

Imágenes de portada e interiores

de: **Adriana Rodríguez**

El amor a través de las letras

El amor nos anula, nos aniquila, nos bajonea, nos condiciona, nos degrada, nos enreda, nos hace esgrimir fantasías, nos genera dudas, nos hiele la sangre, nos ilumina, nos jalonea, nos impele al Kamasutra, nos lacera, nos muele, nos ningunea, nos hace ñoños, nos ofende, nos orfebrera indolentes y descorazonados, nos putea, nos quimeriza, nos hace rabiarse, nos silencia, trauma; nos hace yacer a punto de la tumba, nos conduce más allá de Xibalbá, nos zarandea a su gusto; el amor nos pasa encima sin que nos demos cuenta, nos posiciona donde jamás nos hubiéramos imaginado terminar; el amor es algo contra lo que todos los días, noches, madrugadas, atardeceres, tenemos que sostenernos en guardia o nos despedazaría.

El amor nos hace locos, nos enferma, nos hace gigantes, valientes, pero también arranca de nosotros las más grandes felonías. El amor es eso en lo que nos resistimos a creer, hasta que de pronto estamos bien adentro y no podemos salirnos, no podemos soltarnos; que nos amarren, no nos dejen correr hacia el amor, no nos dejen amar nuevamente, impídanos la voluntad de caer por amor, por Belcebú lo pedimos, no nos dejen arrastrarnos de nuevo en los pantanales del amor, en esas cenizas, astillas, vidrios, carbones encendidos, lanzas, puñales del amor que siempre intentará acabar con nuestra dolida cordura.

El amor nos calma, nos hace apreciar mejor los colores, los olores, los sonidos, estimula demasiado el tacto, nos llena la boca de todos los sabores.

El amor es. El amor fue. El amor será. El amor está acá, ahí, allá, allí, acullá. El amor es escondite, refugio, quimera, ensueño. El amor no puede con nosotros, no puede contra nosotros; nos da energía, nos quita toda la energía.

El amor pasadizo, el amor entierro, el amor tumba, el amor cataclismo, el amor terremoto, el amor fuego vertical, el amor, terreno fértil, el amor sequía, lluvia, tormenta, el amor desierto, el amor que no cabe en el mundo, el amor en un grano de arroz, el amor colgado de mi cintura, el amor llenándome la boca.

Cúbreme de amor, raspame el amor, embárrame de amor, gigántame de amor, haz que el amor sea apenas una abeja que recorra mi cuerpo con su poderoso aguijón desenvainado. Haz que el amor me llene los ojos, la garganta, el vientre.

El amor silencio. El amor, el amar, el enamorarse, el amar-garse, el amar-tillarse, el amar-iguanarse; el amar los parrayos, los parameciums, los parasiempres, los nunca, y los olvidos, amar los edificios para mis pobres pies descalzos, el amor en todos sus momentos, a cada rato, a toda hora, en todo sueño, en toda cama, en cada cuerpo, corazón, hipotálamo, cegadura y sordera.

El amor que todo lo puede y que nada significa.

De eso, del amor, es de lo que quiero mentirles en este mes de febrero que dice que ya quiere terminarse, para olvidarnos del rito del amor hasta que el calendario vuelva de nuevo a llenarnos las vitrinas y a vaciarnos los bolsillos.



Hielo seco, luces intermitentes giratorias iluminando poseídos cuerpos al ritmo de Ocean Drive. Baila al centro de la pista; camisa brioni negra ajustada al cuerpo y un martini seco en su mano derecha que permanece alzada como la antorcha de la estatua de la libertad.

Lo observé recargada desde el pasamanos metálico en el segundo piso: perfecta silueta, hermosa y lacia cabellera y avasalladora mirada. Los ángeles siempre serán ángeles, no importa si suben del infierno o bajan del cielo.

Descendí a esa nube de perfumes caros y sudor para encontrarme frente a él; nos miramos, el sudor que escurría por su cuello se perdió en el tercer botón de la camisa.

El baile inicio entre nosotros. Dominante, tomó mi cintura rozando sutilmente su cuerpo al mío; mi piel se erizo al sentir su aliento en mi nuca. Juego de miradas, donde el calor del infierno es apenas un verano. Indiscutiblemente, él, ganador de la faena; tal vez despertaríamos juntos entre las sábanas blancas de un hotel. La música terminó.

¡Que bellos son los ángeles que juegan a ser demonios! Besos de ambrosía. Hundí mis labios en los suyos para tomar lo que me pertenecía y me marché dejándolo clavado en la pista.

«Siempre que odio y amor compiten, es el
amor el que vence.»
Pedro Calderón de la Barca

Esta historia comienza con un abrazo que nunca termina, un abrazo que se convirtió en tradición entre la generosa gente de Etzatlán; un perfecto y cándido cariño entre amantes, añadiré, consumado en la plaza de armas de la ciudad; un hito que se repitió una y otra vez desde aquel lejano 31 de diciembre, hasta que todos acabaron por entenderlo como una parte indispensable del festejo de cada Año Nuevo; incluso hubo quien afirmó que de no ocurrir dicho evento, existía la posibilidad cierta y terrible de que enero nunca arribara, pues la Luna, celosa de esta historia, se detendría forzosamente al no encontrarlos allí, y el Sol, el Sol no aparecería jamás. Lo mismo podríamos decir acerca de ese beso prolongado que siempre lo seguía, como si uno y otro fueran parte de una misma promesa. Y quizás lo fueran, ya que allí en Etzatlán, cuando esos dos amantes se encontraban, el frío de invierno no importaba más y, necesariamente, la ciudad se transformaba en el centro del mundo; centro del mundo que comenzaba en ella y terminaba en él; centro del mundo que empezaba en él y concluía en ella.

No obstante, antes de que ese abrazo y ese beso se constituyeran como los pilares definitivos de esta historia, hubo una primera vez, una en que el amor de esas dos almas, reencontrándose acaso después de cuántas vidas, terminó siendo más fuerte que todos los prejuicios que ya arrastraban acerca de lo que significa amar. En efecto, esa medianoche, después de solo unos cuantos días de sonrisas bobas, ideas futuras y sospechas muchas acerca de algo más grande que ellos mismos conjugándose en sus corazones, se descubrieron desnudos bajo las luces de una ciudad que esa jornada bien habría podido convertirse en el faro de todo México. En Etzatlán, en el ahora centro del Mundo, ambos se miraron como solo lo habían insinuado los días previos; luego se abrazaron como si no quisieran jamás soltarse, al tiempo que se desprendían de todos sus miedos solo para,

finalmente, besarse, besarse hasta concebirse uno en el otro; momento preciso en que un «sí, acepto», sin iglesias, sin coros, sin gente, sin familia, sin juicios, se deslizó como real: la poesía se hizo real. Por supuesto, ambos amantes no sabían que al año siguiente regresarían; y al siguiente, y al siguiente también.

Con el pasar del tiempo, el relato corrió como el canto de un juglar a través de todo México, país que rápido comprendió que el centro del mundo estaba allí, no en New York; allí, en medio de esa plaza hermosamente iluminada en espera de un año que seguiría ofrendándose al amor o no sería. Tal fue la fama que esta historia alcanzó, que, cada 31 de diciembre, muchos enamorados comenzaron a visitar Etzatlán, con la esperanza de renovar sus votos junto a esa pareja que, año tras año, se regocijaba en medio de miradas que reconocían en ellos la genuina eternidad. Por eso, el ayuntamiento, temeroso de que a la muerte de los amantes la Luna y Sol dejaran de renovar sus propios votos con nosotros, decidió instalar una bella escultura en medio de la todavía famosa plaza de armas, escultura en la que se revelaba a la pareja de amantes renovando a perpetuidad su amor en un abrazo y un beso que se prolongaba en el fino mármol; un abrazo y un beso nacidos en el centro del mundo; centro del mundo que comenzaba en él y terminaba en ella; centro del mundo que iniciaba en ella y concluía en él; centro del mundo donde la muerte ya no tenía cabida; Etzatlán, al fin y al cabo.

El rumor que se extendió fue que nos conocimos en la Hathaway Library de la Quinta Avenida de Nueva York. Los dos llamamos cuando vimos que esto se convirtió en verdad aparente. Nos reímos.

De entrada, no podían explicar cómo tú, heredera de una fortuna y un imperio financiero, pudiera ocurrirle de otra manera.

Asumieron que yo, por mis tupidas cejas, barba cerrada, enormes ojos y nariz afilada, era alguien de una familia real en algún país del medio oriente. Siempre que nos hablaban de sus visitas a Dubai, solo ponía cara de “apenas”, callaba y los demás entendían que conocía esos lugares y mucho más que estaba fuera de su alcance. A lo sumo, con el fin de mantener abierta una posibilidad a futuro, no me insistían sobre mi país de origen, sus tradiciones y mi capacidad financiera. Todo quedaba en un “ojalá pronto nos invites”.

Ambos, al tener cuentas sociales con contenido inexplicable para ellos: libros que estábamos leyendo, que teníamos en lista, los imposibles de conseguir, citas literarias de diversos autores, fotos y comentarios de alguna feria del libro al que acudíamos, reseñas de nuestras lecturas y los pininos al pretender escribir. De allí en fuera no había más que saludos cumpleaños, por algún bebé, casorio de amigos o familia. Lo que dominaba en nuestros muros y perfiles eran los likes o RTs a las amistades,

Éramos y seguimos siendo un misterio para los demás. Es lo malo de vivir por y para las pantallas de celular. No es que sean

Así que ellos inventaron todo un tinglado que alimentaron más y más conforme nuestra relación se asentó y creció. ¿Dónde leímos eso? Que cuando la concepción del mundo supera la razón, se le nombra en un acto de fe y nacen los mitos, la cosmogonía.

Si supieran.

Nos topamos por accidente cuando se me vino encima una torre de libros que Doña Jacinta, la dueña de la Librería Sombreros Afuera, dejó mal acomodados. No era la primera vez que me

pasaba allí solo que aún no entendía bien la tectónica de sus formaciones geológicas-librescas, las zonas de falla. Era una aventura espeleológica el internarse en ese lugar, en sus cavernas cubiertas de estalagmitas de ejemplares en un aparente desorden. A los que persistían, a los que sabían mover y excavar esas columnas y paredes podrían encontrar tesoros cuyo precio, una vez evaluado el comprador, podía ser bajo o barato.

“Solo ofrezco ofertas a quienes se llevan el libro con el corazón, no con la mano” me platicaste que alguna vez te contó. Y, hasta donde pudimos darnos cuenta, eramos contados los que les charlaba alguna anécdota, dato o sección del libro que acabábamos de comprar. Siempre hicimos broma sobre si era una inmortal que no dormía y aprovechaba para leer, una bruja que dominaba las multicolores artes librescas, un ente que al vivir en ese entresijo laberíntico de libreros absorbía por ósmosis el material o, la explicación más sencilla, era una extraterrestre.

Y ahora que traigo a colación estos recuerdos, no podemos evitar la sonrisa como tampoco de Doña Jacinta que nos acompañará en el corazón con todos esos momentos.

Ya estoy divagando. Regreso a ese momento de nuestro encuentro. En efecto, un muro de libros se me vino encima cuando intenté sacar uno en específico. Era el Anotaciones sobre el Scivias más allá de Hildegard von Bingen escrito por Leonora Carrington. Según nos contaron, el manuscrito logró sobrevivir a su periplo europeo y Renato Leduc logró mandarlo imprimir antes del divorcio que ambos tuvieron. Quizás por esto misma buena parte del tiraje desapareció. Encontrar uno era más que hallar el tesoro de Moctezuma, robarte las joyas de la corona inglesa o toparse por el grial.

Así que al ver el título en el lomo brotó la urgencia, me nació el descuido y olvidé mis pésimos antecedentes en el Jenga. Así que al ser desenterrado, o deslibrado como siempre han sido nuestros juegos de palabras, me topé con tu rostro de preocupación. Y me quedé prendado de ti.

Aún recuerdo que cuando por fin pude ponerme de pie, te diste cuenta que traía el

ejemplar. Hiciste un mohín que no supe entender y al que no presté mucha atención ya que Doña Jacinta hizo acto de presencia con su “¿Otra vez sobrevivió, joven?” Esto rompió el hielo, no reímos como no hemos dejado de hacerlo, y exploramos una más de las habitaciones de la Sombreros Fuera.

Al salir y pagar en la caja, no aceptaste que yo cubriera los que te llevaste como una forma de decirte gracias. Al poner mis libros, Doña Jacinta cobró todos menos el de *Anotaciones*. “Cortesía, joven, por el desaguisado. Y ya verá que le obrará milagros” fue lo que dijo antes de contarnos la historia de esos ejemplares y la relación Carrington-Leduc. Antes de meterlo en la bolsa de tela que llevaba, de nuevo hiciste ese mohín y tus ojos se entristecieron un poco.

Nos fuimos a comer a una cafefonda que estaba cerca y que resultó que era favorita de ambos. A partir de ese momento y día empezamos a salir sin parar.

Admito que tardé en entender porqué tus ojos de tristeza cada vez que me visitabas y buscabas dicho ejemplar. Con las conversaciones de muchos libros y poca cama, con los viajes librogeológicos a otros territorios y con la música que muchas veces pusiste, por fin caí en cuenta.

Creo que podemos decir que marcamos un Récord Guinness al ser el primero que, en vez de ofrecer un anillo de compromiso, ofreció un ejemplar tan único y cuyo valor emocional supera cualquier precio. Lo mejor es que aceptaste mi propuesta y por eso estamos hoy aquí reunidos.

Si fuéramos chapados a la antigua diría que estoy orgulloso que hoy te hayas convertido en mi esposa, pero prefiero decir que estoy orgulloso que desde que nos conocimos super que eras mi compañera de vida, mi lovemate para siempre.

Agradezco a Doña Jacinta quien hizo de Celestina al poner ese Jenga del libro, de un ejemplar que los dos buscamos por meses y que supo que podríamos ser pareja. Además, para que quede registrado, de lo tres vino la idea del Hathaway como un mal juego de palabras de Sobrero Afuera. Lo que sí, se ubica en Avenida Cinco de Mayo y Juárez. Todo lo demás, ustedes lo inventaron.

¡Salud!









—Sabes, amor. Creo que nos hará bastante bien el fin de semana con los demás. —Luz, con su manera de siempre ver las cosas positivamente.

—Espero que sí. —Guardé una pausa de silencio mientras intentaba no perder la idea que trataba de escribir; al final me rasqué la cabeza frustrado. —De verdad que la necesito...

—¿Qué pasa, amor? —Luz me envolvió en sus brazos por la espalda, rematando mis malos humores, frotando sus manos en mi pecho y con un beso por la mejilla. —¿Aún estás bloqueado?

—Lo normal. Aunque ya llevo algo de tiempo; como dos semanas, no he podido avanzar más allá de tres páginas mal escritas; y, por lo que veo, terminaré borrando.

—Tranquilo, ya veras lo bien que nos hará ir el fin de semana con los demás. —Insistió Luz.

—Esperemos que sí...

—Solo espero que no te dé algún episodio de esos en que te levantas dormido a escribir a media noche; aunque nuestros amigos saben que eres raro, no creo que sepan que tanto.

—Eres demasiado mala cuando te lo propones... —Solté una risa cínica. —No me caería mal que sucediera, de verdad estoy muy bloqueado, y solo para cuando estoy demasiado inmerso en alguna novela extensa, por ahora solo estoy escribiendo cuentos.

—Como sea, sé qué nos la pasaremos más que bien...

Mi monotonía no era estresante; muchos pudieran enviarla. A grandes rasgos no pasaba más allá de salir temprano a la oficina; demasiado temprano para mi gusto. Del trabajo llegaba a casa y me hacía algo ligero de comer y algunas veces me distraía jugando videojuegos o viendo alguna película. Después de eso, me la pasaba trabajando en alguna novela o cuento que tuviera pendiente; pero dado que mi última novela había sido publicada hacía un año, no tenía muchas ganas de sumergirme en otra historia que me provocara estragos como soñar y solo pensar en ella; por lo tanto, desde hacía unos meses había estado escribiendo cuentos variados, algunos de terror, de suspenso, alguno que otro de “lo bello” que es la

vida; aunque no sea precisamente mi fuerte eso. Por las noches, cuando llegaba Luz, solo era el tiempo para ella después de hacer cualquier quehacer o pendiente que tuviera por su parte. Disfrutábamos mucho de ir a comer a restaurantes o a algún lugar a solo tirarnos sin hacer nada y comer allí. De no ser por ella, esta monotonía de verdad ya me hubiera hecho mierda.

Al final del día, como todo hombre, soy alguien que se aburre fácil. Por lo tanto, habíamos hecho planes con un par de amigos para ir a acampar y salir de la rutina. Karla y David eran pareja; Luz los había presentado y por ende, nos tenían mucho aprecio. David era amigo, casi hermano de Luis y por supuesto, de su esposa Sandra. Los seis constantemente convivíamos, ya sea en reuniones casuales para ver algún concierto, ir al cine, cenar, o ir a beber y todo lo referente a ello. Así que sin duda alguna, el fin de semana se veía prometedor.

Luz y yo habíamos empezado las compras de todo lo que llevaríamos desde el jueves por la noche; no queríamos quedarnos con que algo nos faltara. —Oye, recuérdame llevarme algunos de tus libros para el camino o para la noche, quiero tener en qué entretenerme por si hacen cosas de “hombres” y se les ocurre dejarnos solas.

—Mencionó Luz, que siempre había sido amante de mis escritos; casi tanto como yo de ella. La idea era ir a un bosque a no más de cuatro horas de la ciudad. El viernes por la noche llegaríamos a unas cabañas. El sábado por la mañana nos adentraríamos en el bosque hasta llegar a un claro cerca de una cascada en medio de puros pinos; en donde pasaríamos el resto del día. Por lo tanto, tendríamos que estar preparados con la iluminación, víveres para más de dos días por cualquier cosa, utensilios para hacer fuego y cocinar. A todos nos gustaba lo asado y la idea era preparar un bufete a escoger; cada quien haría su respectivo platillo y comentaríamos quien tiene la mejor sazón.

Para el viernes a las seis de la tarde, solo estábamos esperando a Luz y Karla, ambas estaban retrasadas por el trabajo. Como primero

llegaríamos a las cabañas, no había más necesidad de pasar por nada, ya ambas habían dejado lista la ropa que llevarían y llegarían a bañarse a donde pasaríamos la noche.

De camino, cada uno de los hombres manejó por una hora; íbamos en la camioneta de David. Entre la música alta, el chisme, las bromas y los muy pocos tragos que todos llevábamos; a poco menos de una hora y media de llegar a las cabañas, sin darse cuenta, Luis atropelló a un pobre zorro gris. Bajamos asustados al ver la manera tan salvaje en que el pobre animal golpeó el parachoques y pasó por debajo de la llanta. Karla se asustó tanto, no paraba de gritar, la intentábamos tranquilizar y le hacíamos ver que no había sido más que un accidente. —Cálmate, nadie venía distraído ni ebrio, ¡SOLO FUE UN ACCIDENTE! —Solo gritándole de esa manera, David pudo calmar esos nervios grotescos e irracionales que Karla tenía. Luis y yo buscamos un par de ramas para echar al pobre animal por un costado de la carretera mientras todos abordaban el vehículo. Luis solo lo tiro y se dio media vuelta, yo me quedé parado bebiendo mi cerveza, dedicándole unos minutos de silencio a la partida de esta triste vida perdida por un infeliz al volante. El zorro había quedado de lado casi boca arriba, y por alguna extraña razón algo llamó mi atención, sobre su barriga distinguí un trozo calvo, de primer instante creí que era la parte con poco pelo de sus genitales; pero al ver con más detenimiento, me dí cuenta que tenía una marca hecha de la misma manera como marcan a las vacas (fierros calientes al rojo vivo sobre la piel). Era como un tipo círculo que encerraba cuatro triángulos semicirculares, separados entre sí, formando una especie de cruz totalmente centrada. Me agaché para mirar el símbolo con más detenimiento, cuando de repente se escuchó:

—¡Leo... ya vámonos, sube al auto! —El grito de Luz me hizo regresar en mí, sin darme cuenta me había quedado ido mirando ese extraño símbolo. —¿Todo bien? —Luz al verme un poco distraído preguntó.

No quise decir nada sobre el animal, supuse que había escapado del cautiverio de algún enfermo que lo marcó de esa manera; pero, principalmente, preferí guardar silencio por no asustar a nadie.

—Aún no entramos en la parte boscosa y ya andamos atropellando animales. Chingón...

—Remató Luis con ironía, antes de seguir el camino.

El resto del viaje no pasó con menos euforia, aunque de igual manera tratamos de que las cosas funcionaran como en un principio. Luz se sentó sobre mis piernas y Karla hizo lo mismo con Daniel, en donde ambas desenfrenaron una pelea de fuerza de piernas juntando sus pies descalzos, mientras que Sandra servía de mediadora. Sin duda “Los machos” de la camioneta, éramos los que menos testosterona emanábamos durante el resto del trayecto; solo bebiendo y cantando.

Aún faltaban alrededor de 30 minutos cuando el cambio de territorio fue notorio y de golpe. De lejos podíamos divisar cómo aquella inmensidad de pinos se acercaba a nosotros con gran rapidez; se sentía cómo si la zona boscosa se abalanzara contra nosotros y nos fuera a tragar mientras más avanzábamos sin poder hacer nada, más que esperando la colisión inminente mientras más nos acerquemos a su garganta. Los llanos zacatales y alguno que otro sembradío, ya no circulaban por la vista de ninguno. Sin dudarlo, la civilización había muerto para nosotros seis pobres ciudadanos. En un abrir y cerrar de ojos, el aire frío y puro nos golpeó los pulmones a todos, fue tal la furia de esté, que al cruzar el primer pino, solo se escuchó la fuerte inhalación que todos hicimos al mismo tiempo; era inevitable no dar esa bocanada de aire. —¿Qué extraño verdad? Parece que nos pusimos de acuerdo... —Alguien en el auto mencionó eso y reímos. A los quince minutos de camino adentrados, la flora y fauna del bosque era absolutamente todo lo que nuestros ojos miraban. Solo los altos pinos de quince o veinte metros fácil cada uno por toda la orilla de la carretera y todo debajo de ellos, se podía ver un grueso colchón de su acícula y las pequeñas piñas por doquier, el moho formado en poco más de una cuarta parte de cada inicio de tronco.

De un momento a otro, ya estábamos en medio de las cabañas a donde pasaríamos la primera noche; con un poco de contratiempos y destrozos, pero habíamos llegado. En cuanto bajamos del auto, un señor nos interceptó.

—Jóvenes, espero que estén teniendo las mejores de las noches en su llegada a este nuestro

humilde nuestra querida reserva “Lekua”. Mi nombre es Oliver Martín; soy el dueño.

Era un hombre viejo, de unos 70 años, no parecía que le doliera nada a esa edad, pues aún se veía un hombre fornido, y su apretón de manos confirmaba que lo era. —Espero no molestarlos con mi presencia, pero por la hora, prefiero ser yo quien los lleve a sus cabañas, así solo molesto a mis socios más allegados y superviso que se les dé el mejor servicio como siempre. —La manera de expresarse de Don Oliver era demasiado cortés e imponente, tanto en lo culto que parecía como en el tamaño de poco más de 1.90 metros; sin mencionar el perfil caucásico extranjero que tenía.

No podíamos quejarnos del señor. Aseguraba saberse el lugar como la palma de su mano; y tomando en cuenta que la app. de mapas decían que eran casi 400 hectáreas, era una exageración. Todo el recorrido, de poco más de unos 80 metros hasta llegar a donde nos hospedaríamos, fue dándonos datos como el que sus padres emigraron de Europa hace poco más de 100 años. Aseguraba también, que ellos se habían encargado de plantar aproximadamente el 80 % de todos los pinos que hoy por hoy eran majestuosos.

Después de ayudarnos, él y sus empleados nos llevaron a una sección de cabañas un poco retiradas entre sí y del resto, para la privacidad y comodidad de cada huésped. Por lo tanto, a nosotros seis que veníamos en conjunto, nos llevó a una sección familiar. Era una cabaña relativamente enorme y hermosa, que estaban suspendidas en los pinos. Al centro, se encontraba el salón principal grande que servía como entrada para acceder a las recámaras, en donde había de todo; televisión, chimenea, terraza con asadores, mesa de billar, y demás comodidades. Las habitaciones de cada uno de nosotros, se encontraban rodeando “la sala” unidas por puentes colgantes de unos diez para cada cabaña, por donde solo se podía entrar por el salón. Las recámaras por dentro eran tan impresionantes como por fuera; los acabados de los muebles de madera torcida, al igual que la cama, los marcos de absolutamente todo, como una fachada rústica y preciosa. Sin duda eran sacadas todas de un cuento de hadas, duendes y demás creaturas del bosque. Pues todo el misticismo del bosque, lo tenían por igual las cabañas... pues todo era perfecto, a

excepción de un detalle, había símbolos que nunca había visto por toda la casa, y aunque de primer momento no pareció raro, cuando el Sr. Oliver pidió a un empleado que hiciera algo señalando, la manga de la camisa se le alzó, y pude darme cuenta de una pulsera la cual tenía el mismo símbolo que aquel zorro silvestre.

—Bueno, sino tienen ninguna duda o sugerencia, yo me retiro... —Oliver, dio la media vuelta hacia la puerta, haciendo que sus empleados salgan primero y se vayan adelantando.

—Buenas noches, y muchas gracias. —Dijimos todos de nuevo en un solo tono. —Un momento Sr. Oliver, por favor. —No podía dejar que sé fura sin preguntar por todos los símbolos, y el del zorro en especial.

—Dígame joven...

—Disculpe, todo está hermoso, no hay ni un solo rincón de estas cabañas que alguien pueda poner una sola queja a simple vista.

—¿Pero...?

—No me andaré con rodeos, señor. Hay algo que me inquieta y me inquieta mucho.

—Dígame sin preocuparse, le prometo que aclararé todas sus dudas de la mejor manera posible para su tranquilidad... —Su expresión sínica de cierto modo me decía que ya sabía lo que preguntaría.

—Tengo cierta inquietud por... —Una sonrisa aún más descarada nació en su rostro.

—Todos los símbolos que hay en... bueno, prácticamente todos lados.

—No tiene que preocuparse joven Leo...

—Sí, si tengo de que preocuparme. —Mi respuesta quizás fue rápida y exaltada, pero siento que fue la correcta. —Mi esposa se sugestiona con facilidad, y lo que menos quiero es hacer que ella pasa un fin de semana asustada. Ha estado muy atareada en su trabajo y necesita distraerse de todo por completo...

—Es bueno ver que aún hay hombres de casa que se preocupan por su familia. Esos son los verdaderos hombres del hogar... —Coloco su mano sobre mi hombro en señal de aprecio.

—Pero como le menciono, no tiene de que preocuparse. Como ya les he dicho, mi familia viene del oxidante de Europa. Allí nacen las civilizaciones religiosas más antiguas, desde el

tercer milenio antes de Cristo, existían poblaciones en esa parte de Europa en las que usaban todos estos símbolos que aquí ve. Hoy quizás no se dieron cuenta por la hora a la que llegaron, pero las cabañas a donde arribaron primero, son de mis socios, mis hermanos y hermanas que vivimos aquí en este país, las cabañas que se rentan, están retiradas de todos nosotros, tal es el caso de esta, y no porque seamos raros, es solo por mera privacidad de ustedes, nuestros huéspedes. Este símbolo, por ejemplo, es “Eguzki Gurutzea” o “La Cruz Solar” Es un símbolo celta, una religión muy pero muy antigua. El símbolo está relacionado con el sol, de ahí su nombre. Como te puedes dar cuenta, consta de una cruz de brazos iguales dentro de un círculo. Representa el calendario solar, los solsticios, equinoccios, así como las cuatro estaciones. Esta era muy utilizada para simbolizar la rueda de la vida, es decir, los cambios, los progresos y la evolución en sí misma. Solo somos un grupo de viejos y uno que otro joven muy fanático de una religión aún muchísimo más vieja que nosotros. No hay nada de que temer hijo...

—Vaya, sin duda, es un hombre que conoce de lo que habla entonces. —Solo me dejó sin palabras tanta explicación, aunque no por, eso más tranquilo... —¿En qué lengua me habla?

—No es una lengua, es un idioma. Es “Euskera”. —Sin más cruzó la puerta y antes de cerrarla solo dijo. —Bueno, con tu permiso hijo. Espero que pasen la mejor de las noches aquí.

—He marica, ya está tu trago, luego te despidas de beso, Luz está viendo tus homosexualidades... —Todos en sus gritos y desmadre cortaron el ambiente atónito que Sr. Oliver había dejado. No me quedo de otra más que regresar a conectarme con ellos.

Todos comenzamos a beber como se debía, la noche era joven, y aunque nosotros no, por la mañana no había absolutamente nada de qué preocuparse, Daniel era un buen campista, Luis era muy habilidoso con las manos y yo, pues... totalmente inútil no era; con salir antes de las doce del día bastaría, tendríamos buen margen para dormir “hasta tarde”. Por lo tanto, entre tragos, risas, música ochentera y la tan grata compañía, la noche no podía correr mejor. Aunque no lo negaré, la mentira de la autosugestión de Luz, pareciera

que me la provoque sin querer, ya que en medio del bosque, los animales no pueden faltar. Y pensé a las menciones de los trabajadores sobre los perros entrenados para que ningún animal salvaje se acerque que el lugar tenía, era inevitable no reaccionar extrañado ante ruidos y alguno que otro ladrido del perro guardián que nos asignaron; el cual jamás se movió de la entrada de, solo se echaba o se levantaba en posición de alerta, lo lograba ver por completo desde la ventana, pero las allá no había reacción alguna del canino.

Alrededor de las tres, casi cuatro de la mañana, ya todos borrachos con tequila y mezcal barato. A todos non vencía un poco el sueño, entre lo ebrio y los besos que cada quien les metía a nuestras respectivas esposas, era más que obvio donde terminaría esto. Los primeros en irse a la recámara extasiados de romanticismo fueron Luis y Sandra; tras el portazo de su habitación se escuchaba el brincoteo de las tablas de su cama.

—Bueno viejo, entenderás que esos brincos nada más dan hambre, así que con tu permiso...

—Dijo David, luego jaló a Karla, y ambos se fueron a la recámara entre besos, mordidas y nalgadas.

—Amor de mi vida... solo quedamos tú y yo.

—La mirada de deseo y morbo eran irresistibles de mi parte.

—¡No sé qué estás esperando...! —Luz se acomodó sobre el mueble y abrió las piernas subiéndose las mallas ajustadas que traía, los labios se podían ver sin dejar nada a la imaginación.

No lo pensé dos veces y me abalancé sobre el cuerpo de mi esposa, comencé lamiendo su cuello, pasando a morder la boca. Pero al momento de intentar levantarla para irnos al cuarto, ella insiste en quedarnos en el mueble, que nada pasaría. Solo se levantó para quitarse las mallas y montarse en mí como un animal. De la nada siento cómo el clímax del acto comienza a llegar demasiado pronto, mi corazón se comienza a agitar con cierto ritmo descontrolado, los gritos de Luz son exagerados, comienzo a escuchar pasos, los ojos comienzan a arderme y se vuelve insoportable el mantenerlos abiertos. Pero escucho fuerte y claro los gritos y la penetración de Luz, los pasos que claramente están a unos cuantos metros de nosotros. Al intentar abrir los ojos, me doy cuenta

de que son David y Karla cogiendo por un costado de nosotros totalmente desnudos, y del otro lado están Luis y Sandra por igual. Los gritos de las tres se acoplan, se hacen uno solo, el ritmo de los tres se une también. Cierro y abro los ojos de nuevo y ahora yo estoy cogiendo a Sandra, Luz está cogiendo con David y Karla con Luis, pero ahora ellas están a gatas mientras entre todos formamos un círculo, ellas con un beso de tres, mientras las penetramos de una manera salvaje. Vuelvo a cerrar los ojos y escucho más pasos en la puerta, intento abrir los ojos y voltear hacia las ventanas y veo que estamos rodeados por personas con una apariencia extraña, hombres y mujeres en pantalones negros con tirantes a los hombros, descalzos, todos sin camisa, con una especie de sombrero/mascara que el pico les llegaba hasta la cintura de color rojo carmesí, todos repiten lo mismo, unas palabras que no entiendo, pero todos repiten lo mismo pegados a la ventana mientras nos ven coger.

“Gure aita, gerraren aita, maitasunaren aita, bizitzaren aita, guztien aita, hiltzen duen aita, bizia ematen duen aita, babesten nauen aita, aita ez nazazu kendu, aita har ezazu eskaintza hau, aita zurea da orain, Aita, zein ordutan itzuli naiz zuregana, denok zure parte garelako...”

Todo es tan confuso, el ardor y la situación me obligan a frotarme los ojos con fuerza, y es entonces, cuando una mano en mi hombro me hace regresar en mí como un flash instantáneo de golpe...

—¡Amor... qué tienes! —Era Luz en mi auxilio.

—¡Qué madres está pasando...! —Mi grito alerta a todos los demás, los cuales sin pensar dos veces corrieron a la habitación donde estaba sentado en la cama.

—Leo, cálmate. Hace poco más de dos horas que te dormiste en el sillón, Luis y David te trajeron a recostarte. Estabas tan borracho que ni despertaste.

—¿Qué hora es? Todo, absolutamente todo es demasiado confuso, no sé qué está pasando, solo sé que desperté sentado frente al buró; el cual tenía el libro que Luz había traído, y con un lápiz y el labial rojo de mi esposa en mano. ¿Qué están haciendo en la sala?

—Viejo, solo seguimos tomando y platicando, nada malo, relájate. Ocupas tomar algo para tranquilizarte. —David corrió a la cocina por un vaso de agua.

—Son las 3:55 amor. —Luz me abrazó y quito las cosas de la mano, beso mi frente y me recargo sobre su pecho.

—Toma un poco de agua. —David me dio el vaso. —¿Dime que sientes?

—Nada, creo que solo tuve una pesadilla muy extraña. —Aunque yo lo clasificaría como terror nocturno, pues es la hora que el corazón no deja de estar acelerado. —Creo que solo fue eso. No hay que preocuparse.

—Me quedaré con él para que duerma, ustedes sigan la fiesta, amigos... —Luz besó mi frente y apretó fuerte mi mano.

—creo que todos nosotros nos iremos a dormir ya, mañana será otro día y será mucho mejor. —Luis tomo a Sandra y todos dieron media vuelta. —Si ocupan algo, por favor no duden en hablarnos, vendremos corriendo.

Luz solo se recostó conmigo y me abrazó fuertemente contra su pecho. —¿Estás bien?

—Sí, solo que no supe en qué momento me embriague tanto y me quede dormido.

—De hecho, sí, se te subió muy rápido.

—De verdad, disculpa, creo que les arruiné la noche. —Moría de vergüenza y miedo, pero no podía contarle absolutamente nada de esa absurda pesadilla. —Lo mejor será que intentemos dormir.

—Sí, por supuesto que sí. —Luz solo beso mi frente y no dijo más, dejándome en un atónito silencio sin poder conciliar el sueño como ella tan rápido.

—...

Por la mañana, desperté muy temprano; alrededor de las 8:20 de la mañana, antes que todos y preparé café en recompensa de lo sucedido. Luz fue la siguiente en despertar, levantándose cruda y extrañada. —¿Todo está bien amor? —Fue lo primero que dijo al verme sentado leyendo un viejo libro del estante de la sala. Pasadas las 9:30, comenzaron a llegar todos. Nadie menciono ni preguntaron absolutamente sobre lo sucedido anoche; un gesto sin duda grato, ya que me parecía más que incómodo tener que dar explicaciones sobre todo.

Después del café y un par de horas de grata charla, todos comenzamos a empacar todo lo que llevaríamos para pasar la noche al aire libre. Una vez con todo lo indispensable y demás, dimos el último regaderazo decente del día. Al salir, uno de los empleados del recinto estaba esperando mientras alimentaba al perro, para llevarlo por igual. Durante el trayecto nos hizo hincapié en no separarnos, no querer trepar a la punta de los árboles y demás recomendaciones típicas para estar en un sitio natural como este. Mencionaba también qué animales grandes como tal, casi no se avistaban por estas partes del bosque, pero que nunca está de más tomar nuestras precauciones con no dejar comida mal puesta y demás, aunque la idea de llevar al perro era para eso, para ahuyentar cualquier animal que pudiera acercarse.

Un recorrido de cuatro kilómetros bastó, para llegar a un lugar completamente majestuoso, un claro de pinos a la orilla de una cascada de unos seis metros de alto aproximadamente. Este lugar por donde sea que se le viese era algo increíble, algo incomparable con ningún otro sitio sobre la tierra; a la altura de un buen cuento de fantasía.

Lo primero que hicimos al llegar fue repartirnos en dos grupos, las mujeres se encargaron de poner las tiendas. Mientras que nosotros fuimos a recolectar agua, leña, algunas rocas para la fogata, las tiendas y demás. Para las dos de la tarde, el hambre era grande a estas alturas, así que comenzamos a cocinar cada quien nuestros respectivos platillos. Karla y David, prepararon un Salmón empaquetado exquisito. Sandra y Luis, hicieron unas brochetas de camarón y pollo a la barbiquiu muy ricas. Mientras que Luz y yo, nos lucimos con unos camarones tornado que se robaron la tarde.

Al llegar la obscuridad, después de muchos tragos, mucha comida y de estar inmersos todos durante tanto tiempo en aquella ennegrecida noche dentro del estómago de tantos pinos; en la cual apenas y la luna asomaba sus ojos brillantes. A todos nos entró la nostalgia, comenzando por la triste historia que contó Karla tras el fallecimiento de su mascota Jack, —Él estaría feliz de cuidarme en este bosque. Estoy segura... —Repitió varias veces mientras contaba detalles de su hermoso pastor belga rojizo, muerto tras ocho años de estar con ella.

—Ese maldito perro casi nunca me dejaba estar con Karla abrazados, siempre buscaba la manera de meterse en medio y quitarme de tenerla abrazada. —Argumento David, mientras abrazaba melosamente a Karla, tras un beso en la frente. —Como lo extraño...

—¡Oye sí! Cómo es posible que me olvidara de Jack. —Luis, al ser amigo de toda la vida de David, se enterneció sin mayor vergüenza. —También me acuerdo que Jack una vez se me colgó del tiro del pantalón cuando era un cachorro; parecía como si me hubiera mordido los testículos y me los fuera a destrozar, porque me levante y el maldito perro seguía colgado del tiro pantalón. —Todos reímos a carcajadas. —Pero si hablamos de cosas tristes, no puedo olvidar la manera en que me quitaron a mi hermoso "Señor gordo Kato".

—¡Oh mierda! Vaya y chingue a toda su reputa madre los putos que tuvieron el valor de hacerle eso al señor gordo Kato... —Alzó la voz David con gran desprecio en su mirada, rematando con un fuerte trago de alcohol.

—¿Tan feo estuvo? —Preguntó Luz.

—A Kato lo tuve solo un par de años, pero él era el pitbull más hermoso y noble que nunca tendré. Solo para ponerlos rápido en contexto. Él dormía conmigo en la cama, cuando lo sacaba toda la gente le tenía miedo, pero él ni los volteaba a ver; siempre fue muy mansito con las personas y también con los animales. Por lo tanto, yo amaba a ese perro muchísimo. Eso vivíamos, hasta que La maldita puta vieja y su perro puto hijo de a un lado me lo envenenaron. De buenas a primeras comenzó a orinar sangre, en la piel se le comenzaban a hacer llagas de la nada, al usar el collar o pechera, su piel sangraba, el pelo se le caía mucho. Hasta que un día, su temperatura baja y bajo, hasta que murió. —A todos nos dio rabia y tristeza por la historia. —Recuerdo que ese día, estaba como de película triste. Era un día lluvioso, yo había puesto "Hay muy poca gente de Enrique Bunbury" yo lloraba mientras sonaba la canción una y otra vez repitiéndose con la lluvia de fondo. Pero ¡Oh, sorpresa! A la vida eso no le es suficiente. Para acabar de rechingar mi maldita suerte, fui a pedir pico y pala con un vecino para hacer un oyó en el patio para enterrarlo. Cuando al pasar de una media hora, justo antes de enterrarlo, llega el maldito viejo y me dice de la nada: "Eso

que estás haciendo es pecado, de haber sabido mejor te presto una riata para que te lo lleves arrastrando y lo vayas a tirar al monte".

—Pobre de ti, ya me imagino ese sentimiento que te debió de haber dado por dentro; supongo que entre rabia y tristeza. —Solo un apapacho de Sandra logro calmar el recuerdo tan crudo.

La reacción de todos fue unánime, aunque solo yo dije —Pa la madre, maldito viejo asqueroso de mierda...

—Lo sé... —Luis bebió un fuerte trago y siguió. Les juro que no le quise contestar, no porque me hubiera prestado su herramienta. Yo siento que de haberle contestado hubiéramos terminado rompiéndole la madre.

—Y con justa razón... —Dijo Karla.

—Un perro es doloroso. Claro que es doloroso; lo entiendo por completo. Pero si vamos a hablar de sentimientos nunca sentidos y encontrados; sin duda alguna pongo sobre la mesa la muerte de mi abuelo Herón. —Hablé sin temor para llevarme la corona.

—Obviamente, jamás se va a comparar una mascota con un familiar tan cercano como un abuelito. —Todos le dieron la razón a Luis.

—Entiendo el punto, pero deja te cuento por qué. —Por alguna razón tenía que contar esa historia. —Cuando él murió hace cinco años, fue algo completamente conmovedor y extraño. Él ya tenía un par de años postrado en una cama; de cierto modo, aunque nunca lo dijo, todos sabemos que sufrió mucho durante ese tiempo. Cuando él falleció, fue como si solo estuviera esperando despedirse de todos antes de morir. De mis diez tíos, solo ocho estaban presentes con sus respectivas familias; esposa e hijos. Cuando pasamos, mis papás, mi hermano, Luz y yo, comenzó a decirnos infinidad de cosas; a mis padres que todo se solucionaría, "Cuida de tus hijos, mujer, que nunca te importe que tan grandes o cuál gran mujer tenga cada uno a un lado, siempre cuida de ellos". Fueron las palabras que le dijo a su nuera, mi madre. ¿Recuerdas ese día, Luz?

—¡Pero por supuesto! Recuerdo que en esas fechas teníamos muchos problemas, apenas llevábamos un año de novios antes de casarnos y no recuerdo exactamente por qué, pero ya estaba

pensando en terminar la relación. —Luz argumentó a mi historia. —Recuerdo claramente que Don Herón me pidió acercarme y me dijo. "Sé bien que ambos se aman, lo puedo ver en la mirada de los dos, aunque a ti no te conozco del todo, sé que no cualquiera viene a acompañar a su hombre, a perder su tiempo con un viejo que está a punto de morir como yo; pero a mi nieto, lo conozco perfectamente, y sé que te ama con todo su corazón y todas sus fuerzas. Lo sé por qué mira con mis ojos, y claramente te ve como yo miraba a su abuela cada amanecer y cada anocheecer. Y aunque muchas veces quise golpearla; porque era bien cabrona mi viejita, siempre la amé con toda mi alma. Así, de la misma forma, sé que ustedes harán una gran familia y les darán una mejor vida a sus futuros hijos. Ámense como si nunca más fueran a ser amados y verán como todo saldrá bien..." —Una lágrima corrió por la mejilla de Luz tras recordar la historia; la abraza con fuerza y la bese con tanto cariño sobre la frente, como cuando lo hice por primera vez.

—Para las 3:45 que él murió, mi mamá y otros tres tíos estaban presentes. —Proseguí con la historia. —Mamá dice que momentos antes empezó a agonizar, cómo si algo le doliera muy fuerte en el pecho, y fue entonces, de la nada, cuando se calmó y con su voz normal; ya no la de enfermo. Dicen que les hablo: "Los amo a todos, mil gracias..." solo cerró los ojos y murió con un semblante de tranquilidad... Sin duda fue algo que nunca pobre olvida.

—No inventes, qué historia. —El rostro de sorpresa de Sandra era inconfundible.

—Sí, nada de lo que dijo es mentira. —Luz acomodo mi brazo para que la abrazara. —Recuerdo que esa noche pasaron infinidad de cosas, pero dentro de las más extrañas fueron esas, la partida de don Herón.

—¿Alguien más escucha eso? —Pregunté.

—Vaya, si estuvo muy extraño entonces la partida del señor. —Luis replico lo mismo que Sandra, ignorando mi pregunta por completo.

—Ey, no me ignoren, pregunto en buena onda. —Insisto.

—¿Qué pasa amor? —Pregunta Luz extrañada. —No escuchoe nada, el perro ya hubiera ladrado y está de lo más tranquilo.

El perro solo estaba sentado sin más, escuchando nuestras historias a unos cuantos metros, como si fuera uno más de nosotros. Aunque me quede observándolo un momento, por más que quería ver si el perro reaccionaba a ese pequeñísimo y ligero cascabel que se escucha muy a lo lejos, no se inmuta para nada, solo de vez en cuando levanta sus orejas y vuelve a su posición de origen. No me quedo más que tratar de ignorarlo, supongo que será el alcohol, el cansancio, un poco de todo.

La charla se continuó alargando, hasta altas horas de la madrugada, Karla y Sandra prácticamente estaban dormidas en las piernas de sus respectivos maridos, Luz tenía un poco de miedo y no tanto sueño como para irse a meter a la tienda, así que solo fue por el libro que yo había escrito, y se recostó sobre mi hombro tapada con un cobertor y puso a leer mientras los hombres platicábamos acerca de los niños que llevamos dentro. Al cabo de media hora leyendo, Luz muy desconcertada, nos interrumpió y me empezó a hacer preguntas.

—¿Oye, hace cuento escribiste este libro?

—No sé ni qué libro es amor.

—Es el de “Historias para antes de dormir”.

—A no sé, no me acuerdo. Son cuentos de terror y suspenso, la mayoría de cuentos que vienen allí.

—Si lo sé, pero ¿Cuándo lo escribiste, o más bien cuándo lo terminaste?

—¿Por qué tanta insistencia?

—¡Solo responde chingada madre...!

—No lo sé, cuando tenía aproximadamente como 27 años.

—Hace 27 años tuviste un Deja Vú.

—¿Por qué lo dices amor?

—Esta historia en la que voy, prácticamente habla de un grupo de siete amigos que van a acampar, todos cocinan y están inmersos en un bosque profundo de sauces.

—¿Cuál es, perdón?

—La ofrenda.

—... —En mi rostro resaltó una sonrisa algo inquietante. —espero no sea un Deja Vú

—¿Por qué lo dices?

—Cuando termines de leer el cuento entenderás.

Luz guardó silencio y continuó leyendo en silencio sin rechistar nada. Los chicos, aunque extrañados, solo la ignoraron y continuamos la charla como si Luz no hubiese interrumpido. Tras alrededor de quince minutos más, totalmente inmerso en la plática, por un momento me quedo mirando fijo al perro, de la nada comienza a alzar las orejas de nuevo, acompañado de estar volteando solo los ojos de lado a lado, un tanto desconcertado. De la nada se levantó, dio media vuelta y se quedó mirando fijamente a la penumbra de la nada del bosque, con la cola tontamente parada y quieta en señal de alerta y las orejas por igual.

—Ahora ya sé por qué dices que no quieres que sea Deja Vú. —Luz interrumpió mi trance de estar mirando al perro.

—¿Como perdón?

—Ya terminé la historia...

—¿Perfecto, que te ha parecido?

—Muy buena, algunos detalles, pero, pues, como todo. Solo un detalle... —Luz me miro directo a los ojos y con cierta cara de extraños preguntó —¿Por qué dibujaste a este tipo al final?

—De que hablas, yo escribo, no dibujo.

Aparte, los libros que me quedo yo, ni siquiera los firmo, no me gusta que estén rallados para nada ¿De dónde sacas tú que yo los voy a rallar y peor aún, a hacerle un dibujo? Cuando claramente dibujar no sé.

—Mira...

Luz me enseñó el dibujo. Al verlo, la sangre se me puso helada, quedé atónito, la copa que tenía en la mano ni siquiera la pude sostener y cayó al piso. Por mi expresión de terror, los chicos preguntaron. —Puedo ver el dibujo. —La reacción de David fue casi parecida a la mía. Luis le quito el libro y también la reacciono igual.

—¿Qué les pasa? —Dijo luz extrañada.

—Ayer soñé con ese tipo... —Comento Luis con miedo.

—¿Lo dices en serio? —Pregunto David.

—Yo también lo soñé.

—Ya... me están jugando una broma, ¿Verdad? —Luz no supo cómo reaccionar ante la situación.

—¿Qué soñaron?

—No lo sé, fue algo muy extraño...

—Ambos chicos concordaron, es eso.

—¿Qué mierda soñaron...? —Grité insistente. Y ese mismo gripe despertó a las mujeres.

—No lo sé, fue muy confuso. —David fue el primero en hablar. —Después de que los dejamos solos en el cuarto cuando despertaste de la pesadilla, recuerdo que me fui al cuarto, cerré los ojos un poco y en eso Karla me despertó con más ganas de sexo. Pero por alguna extraña razón me pedía que fuéramos a coger a la sala de la cabaña, íbamos y mientras lo hacíamos, de la nada llegabas tú y Luz y se ponían a coger a lado de nosotros, y después se unía Luis y Sandra. Era entonces cuando aparecían varios tipos vestidos así, con ese estúpido sombrero con máscara color rojo por la ventana mientras nosotros estábamos en la orgía. Después desperté y me di cuenta de que solo había sido un mal sueño.

—A que adivino Luis. —Lo miré directo a los ojos y le dije sin temor a equivocarme. —Tú soñaste exactamente lo mismo, pero en vez de ser David el que inicia cogiendo en la sala, eran tú y Sandra, ¿Verdad?

—¿Cómo mierda sabes eso? —Luis temeroso, respondió.

—Fácil. Porque yo soñé exactamente lo mismo, pero era yo quien iniciaba cogiendo en la sala de... eso es, no estamos locos, ¡ES ESTE PUTO LUGAR DE MIERDA! —al terminar de gritar exaltado volteo a ver al perro, y está echado en el piso cubriéndose el rostro con las patas.

—¿Ustedes no soñaron nada de eso? —Pregunto Luis a las chicas.

—No, nada de eso, yo dormí bien... —Todas concordaron en lo mismo. En haber pasado una noche agradable. —Solo debo de admitir en que desperté muy húmeda de allá abajo, como si hubiera tenido un sueño húmedo, pero sin soñar absolutamente nada. —Agrego, Sandra, y tras su confesión, Luz y Karla afirmaron lo mismo.

—¡ME LLEVA LA PUTA MADRE! —Volví a gritar. —No lo ven, es este puto lugar. Todos estos putos símbolos que había en la cabaña.

—¿También los notaste? —Agrego, David. —Todos los empleados traían joyería con los mismos símbolos, tanto en muecas como en cuellos.

—No solo están en las cabañas y en los empleados. —Siguió David. —También los

árboles tienen esos símbolos. Miren hacia las puntas, unos metros abajo y se les alcanzan a distinguir.

Todos tomamos las lámparas y sin pensarlo dos veces apuntamos a las puntas de los árboles para corroborar lo dicho. Y lo que temíamos era cierto. Absolutamente todos los árboles están marcados por diferentes símbolos. Fue entonces cuando la pesadilla se volvió terror nocturno, pues el cascabel, que anteriormente había escuchado e ignorado, nuevamente volvió a sonar, pero esta vez se escuchaban muchos más cerca, y no solo eso, se escuchaban pisadas y una especie de canto o rezo que venía de todas partes y de lo más profundo y negro del bosque.

“Gure aita, gerraren aita, maitasunaren aita, bizitzaren aita, guztien aita, hiltzen duen aita, bizia ematen duen aita, babesten nauen aita, aita ez nazazu kendu, aita har ezazu eskaintza hau, aita zurea da orain, Aita, zein ordutan itzuli naiz zuregana, denok zure parte garelako...”

Ese retumbar de todo lo que sonaba en los oídos era agonizante, todo sonaba cada vez más y más cerca de nosotros. El no agitar la lámpara de un lado al otro de una manera incesante era inevitable, pero no lo gravamos ver nada, el miedo psicológico se apoderaba de nosotros y no había forma de que nadie se tranquilizara. Al estar frente a esta situación lo único sensato que hicimos fue cubrir nuestras espaldas, colocando a las mujeres en medio y nosotros por fuera, mirando hacia todos los ángulos para poder ver de dónde llegaría primero lo que sea que nos estuviera asechando. Daniel y Luis tomaron un cuchillo, mientras que yo corrí a la tienda por el arma de diabólos. Los instantes después y el grito de Sandra fue el primero que nos dio aviso que algo se aproximaba de la negrura de los pinos.

Era lo mismo que los tres habíamos soñado, una multitud de personas con una apariencia extraña que a primera vista no distingo que son con exactitud. Hombres y mujeres portan la misma vestimenta de nuevo, todos con pantalones negros, con tirantes a los hombros, descalzos, todos sin camisa, con una especie de sombrero/mascará que el pico les llegaba hasta la cintura de color rojo carmesí. Siento todos los ojos mirándonos, todos repitiendo el mismo cántico o especie de rezo, todos con una coordinación excepcional. Luz,

Sandra y Karla, se desmallan sin darnos cuenta ninguno de nosotros tres, solo podemos escuchar el azote de los cuerpos contra la tierra. —¡YA BASTA! ¿Qué mierda es lo que quieren de nosotros? —Mis gritos desgarradores mientras los apunto con el arma son totalmente ignorados sin interrumpir el cántico.

“Gure aita, gerraren aita, maitasunaren aita...”

Toda la multitud levantaron las manos sobre sus cabezas y se tomaron unos con otros, al bajarlas retiraron para formar un círculo perfecto. Nosotros tres, totalmente perplejos por el espectáculo siniestro que estábamos presenciando en primera fila. De pronto escucho el grito de Luis. —¡Amor, no por favor, tú no. Por favor despierta! —Las tres mujeres estaban perdidas en una especie de trance; se les podía notar en el rostro. Pupilas dilatadas, parpados entre cerrados, cuerpos más desganzados que otra cosa. Ellas comenzaron besándose al compás que se desnudaban una a la otra. No resistí más y jalé el gatillo hasta acertar con una puntería sobre humana sacada de flaqueza en la cabeza de uno de los tipos. Puedo ver como un par de diábolos entran en el ojo, reventándolo y haciendo que el tipo caiga muerto al piso. Nadie se inmutó, nadie perdió la coordinación en el rezo; solamente soltaron las manos del sujeto muerto, dieron un paso al frente para cerrar un poco el círculo y nuevamente se tomaron de las manos. Por alguna extraña razón, Luz, Karla y Sandra se desvanecieron al piso de nuevo, pero al cabo de unos minutos después de que habían vuelto a cerrar el círculo, de nuevo siguieron desnudándose, una vez que terminaron entre ellas, sentí las manos de Luz deslizándolas por mi cintura para desabrocharme el pantalón; intento romper de nuevo el círculo jalando del gatillo, pero los intentos son inútiles, me he quedado sin munición. Intento quitar las manos de Luz del pantalón, pero el cuerpo se me comienza a entumecer. Volteo a ver a mis dos amigos y ellos ya se encuentran besando a sus mujeres, ver eso provoca en mí una excitación irrazonable, misma que Luz aprovecha para darme sexo oral desenfrenado; por más que intento desapartarme no puedo, mi cuerpo no reacciona. Es entonces cuando logro ver que el círculo se abre, todos se

sueltan de las manos, pero nadie se mueve; todos aún nos ven fijamente. Todos toman una antorcha que traían en la espalda, la encienden y la clavan frente de ellos sin perder las estrofas del rezo. Es allí, donde se escucha esa voz familiar.

—Deja de resistirte, todo esfuerzo será inútil, el ritual está completo.

—... —Yo no podía decir palabra alguna; solo gemir y escuchar todo.

—Para la suerte de todos ustedes, la peor parte, la ofrenda que haríamos a nuestro “aita” ya está pagada. Lamentablemente, fue con uno de nuestros hermanos. Pero no somos quienes para arrebatar vidas innecesariamente.

—... —Mi situación era impotente, voltee a ver al sujeto, pero ese estúpido sombrero les cubría todo el rostro.

—Pero descuida, la mejor parte apenas viene... —Pareció que al tipo le estaba dando alguna especie de ataque con un dolor inmenso; pues abrazo su pecho y se tiró al suelo con un grito que pensé sería de dolor. Unos minutos después se escuchaban las risas de agonía y placer del tipo. Pues claramente podía escuchar como su cuerpo se está dislocando de una manera muy drástica, al par que parecía aumentar su tamaño. Todo el círculo de personas restantes, empezaron a caminar alrededor de todos nosotros; observando atentos como yo y todos mis amigos teníamos sexo desenfrenado.

—... —El horror era inconcebible. Pero no era lo único que llamaría mi atención en ese momento; pues el sujeto que había caído muerto al piso, logro ver con la luz de las antorchas, como claramente se comenzó a levantar muy despacio, y pese a todo pronóstico; por el ojo que claramente se veía un hueco que los diábolos habían llegado al cerebro. Tal parece que eso mataría a cualquiera, menos a estos tipos. Fue entonces cuando comenzó a agarrar camino en dirección a las cabañas.

Los gritos de placer y dolor pasaron a ser gruñidos cuando regrese la mirada al sujeto con el que hablaba. Pero ya no era más un sujeto definitivamente. Ahora tenía la cabeza de puma con una extraña cornamenta como de venado y un par de colmillos de jabalí saliéndole del hocico; medio torso lleno de pelo y sus respectivos pezones de ese mismo color que caracteriza al

mismo puma, ese color café grisáceo era inconfundible. Los brazos parecían tener unas manos humanas, pero eran diferentes, estabas algo amorfas, no eran manos humanas como tal, parecían como de coyote (por el lugar en que estábamos), pero tenía pulgares, con largas garras muy notorias. Las piernas parecían ser de algún tipo de felino, eran toscas, gruesas, musculosas; cerca de los tobillos se podía ver un pelo diferente, algo amarillento, con manchas muy leves, fácilmente podían ser comparadas con las de los jaguares; pero estas, en vez de pies o garras, tenían pesuñas como jabalí. Tener a esa bestia mirándome frente a mí provocaba el más peor de todos los terrores que nunca había conocido en mi vida. Una bestia de estas proporciones físicas de una altura fácil de dos metros, caminando erguido en dos patas hacia mí, me mato en más de un sentido. Solo cerré mis ojos y esperé lo peor. Escuché el su aliento y el rugir en el lugar que estaban mis amigos, pero afortunadamente siempre seguí escuchándolos a ellos, quejándose de placer y dolor. Primero Fue David y Karla los que escuche quejarse, después siguió con Luis y Sandra. Sus gritos eran de alguna forma extraños para la situación en la que estábamos; hasta que fue el tuno de Luz y mío, y fue allí donde entendí todo. Cuando sentí sus garras en mis hombros, abrí un poco los ojos y las cosas “atroces” les había hecho a mis amigos eran desconcertantes, pude ver todo lo que le comenzaba a hacer a Luz mientras yo seguía dentro de ella; solo pude volver a cerrar los ojos con más fuerza, pues sabía que el siguiente era yo...

“Gure aita, gerraren aita, maitasunaren aita, bizitzaren aita, guztien aita, hiltzen duen aita, bizia ematen duen aita, babesten nauen aita, aita ez nazazu kendu, aita har ezazu eskaintza hau, aita zurea da orain, Aita, zein ordutan itzuli naiz zuregana, denok zure parte garelako...”

Cuando pude abrir los ojos, ya era de día, el sol me daba en la cara con fuerza, no le había puesto el toldo a la casa de acampar. Luz se encontraba acostada, abrigada a lado mío, al salir, la fogata estaba apagada y todos los demás en sus respectivas casas de acampar sin el toldo también. Sentía como todo el cuerpo me dolía, pero por más que me revisaba no encontraba ninguna herida en mi cuerpo.

Todos los demás fueron saliendo de uno por uno. —¿Que paso, aún no tienes listo el café? —Todos mencionando lo mismo, el maldito café. No sé si era una broma de mal gusto, si solo de nuevo nada más yo había soñado absolutamente todo, si de verdad fue un sueño colectivo o que putas estaba pasando; pero nadie parecía saber nada, ni quería decía nada, es como si nada hubiera pasado, como si nada de esto fuera real. Un trabajador se avisaba a lo lejos entre los pinos, era el guía que nos había traído ayer por la tarde; solo hizo preguntas tontas como si fueran de rutina. Una vez que terminamos de guardar todo, regresamos a las cabañas, y aunque mis ganas eran inmensas por quererles preguntar sobre lo sucedido, por alguna extraña razón no podía, solo no lo dejaba de pensar. Cuando llevamos las maletas a la camioneta, algo me inquieto demasiado; todos en el pequeño pueblo, en donde Oliver había dicho que vivían puros trabajadores, estaban reunidos en una pequeña choza.

—Buenos días, espero que tengan un buen viaje... —Dijo Sr. Oliver al pasar por un costado de la camioneta como invocado.

—Buenos días. Muchísimas gracias, hasta pronto. —Todos nos despedimos de él sin más.

—Sr. Oliver... esperé un momento. —Lo alcancé sin más nuevamente. —Disculpe, pero ¿Qué está pasando?

—Anoche uno de mis trabajadores tuvo un accidente, salió de rondín como es costumbre, y al tratar de escapar de un animal trepo a un árbol, en un descuido piso mal y se enterró una vara y murió. —Ambos comenzamos a caminar para no quitarle el tiempo.

—¿Es verdad? —Pregunté.

—Sí, es verdad. Espero entienda mi prisa. Con su permiso... —Dio la media vuelta y se adelantó.

—... —No podía quitarme todo lo sucedido de la cabeza, y la única alternativa era preguntar sin más rodeo que era todo lo que había pasado.

—Sr. Oliver... —Logré alcanzarlo justo cuando estaba abriendo la puerta de la cabaña, fue allí entonces, cuando entendí lo sucedido.

El tipo tendido tenía un agujero exactamente igual al provocado por la pistola de diábolos. Todos me miraron fijamente y sus miradas se sentían como aquellas que no se apartaban de mí a

noche. —Dime... —Contesto Oliver, tratando de entre cerrar la puerta o más posible. Guardé silencio unos instantes, y el rezo que se escuchaba al velar el cuerpo, no era otro más que el mismo que ya había escuchado por la noche. —Mi más sentido pésame... — Solo respondí y di la vuelta a prisa a la camioneta. Ya estaban todas las cosas arriba; le quité las llaves a David y conduje lo más a prisa posible.

En el rostro de Luz y de todos se veía claramente que algo querían preguntar, pero nadie se atrevía. Lo único que tenía seguro en la cabeza, es que deseaba dejar atrás aquella maldita garganta de pinos...

“Gure aita, gerraren aita, maitasunaren aita, bizitzaren aita, guztien aita, hiltzen duen aita, bizia ematen duen aita, babesten nauen aita, aita ez nazazu kendu, aita har ezazu eskaintza hau, aita zurea da orain, Aita, zein ordutan itzuli naiz zuregana, denok zure parte garelako...”

“Padre nuestro, padre de guerra, padre de amor, padre de vida, padre de todos, padre que mata, padre que da vida, padre que me protege, padre no me quites, padre toma esta ofrenda, padre es tuyo ahora, Padre, a qué hora vuelvo a ti, porque todos somos parte de ti...”





Una lluvia torrencial caía a media noche, quizá eso acentuaba el clima de penitencia de ese viernes. Todas las monjas estaban dispuestas de rodillas con la espalda y el dorso desnudo esperando que la superiora pasara a cantar el miserere (salmo del perdón), en latín se escucha tremendamente portentoso, los corredores conventuales en forma rectangular permiten recorrer todas las celdas, ninguna podía escapar al flagelo, la salmodia era pausada y melódica, lo que hacía que durara más, la escena se tornaba con cada verso más dramática, los gritos de las monjas eran aterradores, sobre todo los de Luisa, la más joven y bella de todas, la flagelación era una de las formas que tenían para liberar sus culpas y las del mundo. Al terminar el salmo, como era costumbre se guardó silencio, las antorchas y veladoras se apagaron, cada una debía tratar sus heridas, se creía que entre más riguroso el autocastigo más mérito frente a Dios se ganaban.

Como cada mañana todas se reunían en la capilla para orar, se veían rostros dolorosos y cuerpos caminando a paso corto, todo ello daba cuenta de que eran mujeres piadosas y que efectivamente habían lastimado sus cuerpos por amor a Cristo, especialmente Luisa, que hacía pocos meses había llegado anémica al convento y quien por su especial deferencia con sus hermanas se había ganado el cariño de todas, además tenía un gusto particular por la cocina, trataba de no desperdiciar nada, aprovechar al máximo todos los víveres, tal cual lo pedía su voto de pobreza. La superiora la veía complacida, alguna vez se enteró de que había rechazado para sí un donativo de una de las señoras que iban a rezar con ellas 'por las tardes, y le pidió el favor de que se lo entregará a la ecónoma del convento. Aunque era una mujer muy agraciada físicamente, buscaba la manera de disimular sus formas dentro del hábito, a menudo agachaba la cabeza y procuraba no mirar de frente pretendiendo esconder su tierna mirada.

La madre de Luisa había muerto cuando apenas era una niña; Elizabeth, su tía materna se

hizo cargo de ella, el padre era médico, viajaba constantemente y la veía poco, sin embargo, mes con mes enviaba dinero suficiente para que su hija fuese educada minuciosamente, su tía estaba al pendiente de que la educación de Luisa fuera integral, así que le brindó además de clases en distintos niveles una formación cristiana profunda.

Desde que llegó al convento, se esmeraba en los oficios que le encomendaban, los sitios que le tocaba limpiar eran los más relucientes, generalmente andaba a prisa, algunas de sus hermanas le pedían ayuda y ella felizmente les colaboraba, por eso en muchas ocasiones llegaba tarde a la oración, su peor defecto. La superiora no la amonestaba pues sabía que alguna buena razón tenía para llegar tarde. Su mayor responsabilidad era la granja conventual, lo cual le daba un espacio especial para estar pendiente de cuidar los cultivos y los animales. Algunas tardes iba a la enfermería a ayudar a la hermana encargada y dedicaba su tiempo libre (realmente pocas horas a la semana) para encerrarse en la biblioteca.

Después de la oración se dirigieron al comedor, ellas tomaban un ligero desayuno, también era parte de la vida acética que debían seguir, aunque no siempre era así para evitar que pudieran generarse padecimientos graves. De vez en cuando comían pollo o carne, algún pan de dulce, muy rara vez podían disfrutar de los dulces que preparaban para la venta. Al desayuno le seguían sus tareas particulares.

Martina era más la amargada de todas, tal parecía que no había entrado al convento por vocación, sino por seguir a una de sus amigas que al final había decidido dejar el convento y casarse. Siempre trataba de espiar a sus hermanas para descubrir sus secretos "malignos" y acusarlas con la superiora, de esa manera había logrado tener favores y dispensas para sí, eso le daba cierto placer, se sentía útil. Le tenía envidia a Luisa, porque la superiora comenzaba a mostrar predilección por ella. Así que en lugar de ir a hacer sus labores, se escabulló hacia las celdas, hasta

llegar a la de Luisa, entro rápidamente y comenzó a husmear, se sorprendió al encontrar su camión ensangrentado y lo soltó inmediatamente, sintió vergüenza de sí misma porque el castigo que ella se aplicaba no era tan severo. Salió sollozando directo a la capilla para pedir misericordia por su mezquindad para con Dios. Quiso rezar el rosario, pero se dio cuenta que no lo llevaba al cinto, así que fue hacia su celda por él, y mientras buscaba vio en el piso unas gotas de sangre, de pronto un pensamiento la sacudió, como era posible que ella sin haber tenido un castigo tan fuerte hubiese dejado sangre en el piso y en la celda de Luisa solo el camión estaba manchado. Algo no cuadraba.

Volvió a la celda de Luisa y corroboró lo que había descubierto. Fue a donde ella y le insinuó que había algo raro con su celda y su camión. Luisa le lanzó una mirada iracunda, rápidamente le dijo que en las noches antes de dormir, entre la oscuridad ella limpiaba todo pues no le gustaba dormir en medio de ese olor sangriento, y le dijo que no tenía por qué entrometerse en su celda, que eso estaba prohibido que se lo haría saber a la superiora pero Martina le suplicó que no lo hiciera pues la mandarían al sótano por días. Así que hicieron un acuerdo, ninguna de las dos abriría la boca, pero Martina, hábil indagadora, estaba atenta de las acciones de Luisa.

Un día tocaba comer pollo, Luisa se dirigió a la granja tomó uno para matarlo y prepararlo, al degollarlo reservó la sangre en una bolsa y la guardó entre sus hábitos. Martina que contemplaba la escena por un agujero, estaba perpleja, salió despavorida en busca de la superiora, ya no temía ser castigada pues había descubierto una falla terrible en Luisa con la que dejarían de quererle, ahora sabía de dónde salía la sangre con la que manchaba sus fondos sin tener que castigarse.

La superiora al saberlo se llenó de ira, no podía creer que esa hermana que tenía tantas cualidades, era una mentirosa, la había oído gritar despavoridamente, mientras el miserere, en la capilla mostraba un rostro doliente, sus camiones siempre los mostraba cubiertos de sangre, ahora entendía porque nunca se dejaba curar las heridas. Mando llamar a las seis consejeras y desde luego a Luisa para juzgarle, todo el convento estaba sabido de sus acciones, Martina se había encargado de vociferarlo.

A puerta cerrada la interrogaron y ella no respondió nada, solo lloraba con profunda tristeza, el castigo sería severo, cada una de las consejeras y la superiora le darían 11 azotes con cadenas de púas hasta completar los 77, en ese tiempo pediría la misericordia de Dios, y pasaría 7 días con sus noches en el sótano. Luisa se arrodilló, y otra hermana le descubrió la espalda, todas se quedaron atónitas pues la espalda de Luisa estaba completamente llena de heridas y llagas muchas de ellas abiertas e infectadas. Todo era una confusión, cómo podía ser posible tal cosa, porque entonces había guardado la sangre del pollo. Una de las consejeras le abrazó con profundo amor y le pidió que por favor explicara todo: entre lágrimas dijo que reservaba la sangre para cocinarla y dársela a los gatos que tenía en la granja para asustar a las ratas. La superiora y las consejeras la miraron con piedad.

El destino de Martina estaba echado.

Por las mañanas salgo a tomar mi café sentada en la banca de madera que está a un lado de la puerta, hace mucho que está ahí, creo que desde que yo era chamaca. Me gusta escuchar el mar, es como si me gritara algo que lleva dentro, trato de que no me duela su rumor, pero no puedo. El café entra por mi boca y algo se templó dentro, como si algo se asentara en mi cuerpo. Mis ojos están clavados allá en el horizonte, allá donde nada más se ve una raya que pega con el cielo. De pronto veo una gaviota que pica la arena, una pluma queda ahí tirada y dejo la taza a un lado, camino hasta donde llega el agua, mis pies se mojan, pero la recojo, creo que nunca había tocado una, es de un blanco parduzco. Imagino que algo quería decirme esa ave, cierro un poco los ojos y el sol me pega en la espalda. La soledad es mala consejera, regreso con paso lerdo, aún mi taza humea.

Mi aporte lírico

En la piel ella tenía escrita toda su vida.
Solo faltaba que yo redactara el amor en sus
labios.

Poder discursivo

—Atrapa mis sueños —me dijiste.
Acepté. Los convertí en literatura.
Los lectores ahora sueñan contigo.

Vita libro

Tú sabes, Camila, que después de ti lo que más amo en el mundo son los libros. Adoro las obras policiales de Giorgio Scerbanenco, los relatos de ciencia ficción de Robert Silverberg, las novelas realistas de Françoise Sagan, los cuentos fantásticos de Adolfo Bioy Casares. También sabes que el día que nos casamos fue el más feliz de mi vida. Sabes además que cuando nos anunciaron que no podríamos tener hijos, porque yo era estéril, me deprimí mucho, me sentí derrotado, poco hombre, aunque gracias a ti logré escapar de ese abismo donde me había sumido, por ti logré salvarme. Lo que no sabes, Camila, es que ha ocurrido un hecho maravilloso: un libro de mi colección ha cobrado vida. No es un texto ficcional, sino una enciclopedia tamaño cuaderno y de tapa dura, de esas que coleccionaba en mi niñez y hoy han quedado desactualizadas. El libro empezó a moverse y balbucear, como un infante, pronto comenzó a correr y saltar por todo mi estudio. Le enseñé a decir palabras, de momento no puede hablar. Es fascinante, ha borrado todo lo que tenía redactado antes de vivir y ahora tiene sus hojas vacías, excepto por unas pocas frases que me ha dedicado. Sí, puede escribir dentro de él. Aquí está, Camila, se llama Víctor, y desea acompañarnos, estar con nosotros, ser como un hijo. Gracias por aceptarlo. Es momento de contarle una historia, de aventura, de terror, de romance. Asimismo, Víctor nos narrará un sinfín de ficciones, las escribirá dentro de sí, y podremos leerlas cuando queramos. Víctor crecerá, engordará un poco más, podrá decir palabras, podrá llenar con ellas nuestra casa y los sitios donde vayamos. En sus páginas quedará escrita nuestra historia de amor, Camila. Nuestra historia familiar. Aquella unión indestructible, como el arte, como la literatura.

Recuerdo el día que te conocí, tu mirada inocente me decía que eras la indicada. Ganarme tu confianza no fue difícil, te compré flores, decía “te amo” vacíos y cumplidos que llenaban tu corazón, aunque tu nunca te percastaste de toda esta farsa, claro, solo eras una ingenua que cree en todo lo que le digo.

Cada día despertamos juntos, tu rizado y rubio cabello sobre mi cara, mi mano alrededor de tu cintura, gestos de “cariño” que demostraba para poder tener control sobre ti, me encanta poder hacerte sentir insuficiente, para que así vengas corriendo a mis brazos, caminando en un círculo vicioso que jamás termina, pero no cambies. Así sigue, bonita. Has que tu vida gire en torno a mí.

Otra vez tomé la misma rutina de víctima cuando tú llegaste llorando, exclamabas que debía de cambiar, dándote una respuesta clara de que lo haría, sin embargo, ambos sabíamos que mi conducta iba a ser la misma, aun así tu nunca te marchaste, buena niña, siempre supiste que me perteneces. Siempre creíste en mí y sinceramente te lo agradezco, pude demostrar que manipularme fue muy fácil.

Algunas veces me preguntaste que si había buscado ayuda, claro que he ido al psicólogo, múltiples veces, solo para darme cuenta que esos incompetentes no podrán jamás comprender el sentimiento que surge cada vez que te veo mostrar lo capaz que eres de abandonar todo lo que alguna vez has tenido, alimentando el amor propio que siento a través de ti.

Aunque todo cambió la tarde que regresaste de la escuela, me explicabas que comenzaste a ver a una psicóloga, no me preocupé, tú eras demasiado tonta para darte cuenta de la realidad en la que estabas, el amor que sentía por ti era suficiente para no ver que detrás de él solo había engaños y desilusiones. Después de todo, ya no tienes voz propia, lo que a mí me gusta a ti te encanta, jamás sospecharías de mí.

A pesar de lo que yo creía, todo cambio. No podía soportar que tu veneración ya no era toda para mí, la doctora quería que abrieras los ojos, aquellos que tanto me esforcé por mantenerlos

cerrados, volviendo cada día una pelea recurrente por pequeños problemas que terminaban lastimándote únicamente a ti, ¿no lo entiendes?, yo solo quiero ver el fracaso en tu cara, ese que me mantiene a tu lado. Llenando tus expectativas para mantenerte conmigo, pues son cosas que tú nunca conseguirás.

Esa noche fue mi perdición, había tomado mucho, tu irresponsabilidad sobre mi tuvo sus consecuencias, tuvimos nuestra pelea diaria, yo sabía que ya no eras feliz a mi lado, y yo ya no podía sentir el mismo respeto que antes me mostrabas. No pude percatarme de cuando llegamos a la cocina, nuestra pelea nos cautivó tanto que para cuando tome noción del tiempo, todo era ya muy tarde, jamás pensé que yo era capaz de hacer tal atrocidad, deje caer el objeto que ocasionó todo, ¿esto es mi culpa?, fue lo único que pude pensar, pues a mi mente solo venían recuerdos de cómo me descuidaste.

Me apresuré al ver lo que había hecho, no puedo creer que después de todo, el miedo que sentías por mí, aquel que fue cegado por la forma en la que me amabas, dio frutos. Han pasado pocos días desde que me mostré con los ojos llorosos frente a la puerta de tus padre preguntando por ti, sabiendo muy bien donde estabas, todos confiaron en mí, de la forma en la que tú lo hacías.

Engañar a tus papás fue fácil, más aun fue mostrar falsas grabaciones de las cámaras de seguridad que había por toda la casa a policías, ellos nunca sabrán que estas eran para saber donde estabas en cada momento del día. Tus amigas si que fueron problema, nada que yo no pueda resolver, terminaron cayendo en mis mentiras al verme llorar de forma tan desgarradora.

Ahora viendo cómo tu cuerpo es cubierto por tierra, me recuerdo que siempre te amé, amé la forma en la que te controlaba, como hacías todo para complacerme cuando yo solo te hacía sentir insuficiente, logrando así mi cometido, y cumpliendo tu promesa, solo amarme a mí. Dejando a los árboles del bosque en el que te encuentras como único testigo de lo que sucedió, puedo decirte: Te amo.





Juan despertó la mañana de un lunes con gran desasosiego pensando darle de una buena vez fin a su romance con Clarita.

Ya que su reina, como cariñosamente llama a la dueña de su corazón, lo había bateado como dicen los chicos de hoy en día.

La Rancherita, estación de radio con la programación y las melodías más populares del momento estaba en su mejor auge en ese tiempo, a las 10 de la mañana siempre sonaba esa canción de Pedro Infante el ídolo del pueblo.

Juan siempre dejaba la radio encendida para que le anunciará el nuevo amanecer a las 5:00 a.m. empezaba la programación.

Ese día se quedó profundamente dormido hasta casi las 10:00; al escuchar su canción preferida abrió los ojos estos se le llenaron de lágrimas porque con esa melodía un día le llevó serenata a Clarita.

La melodía de 100 años, suena en la radio, suspira y silba armoniosamente al mismo tiempo se endereza del colchón hace algunos ejercicios pues hoy esta dispuesto a reconquistar el amor de la joven pueblerina quién ahora vive en la ciudad.

Sube el volumen de la radio se dirige al baño a ducharse apresurado sale se pone el pantalón levis y la camisa blanca, momentos después está frente al espejo levanta los brazos y se ve así mismo cómo un galán.

Se peina y va directo a la hornilla saca la olla de peltre vacía un poco de leche para preparar un chocolate en su mente visualiza a su chaparrita, al servir la bebida a punto de ebullición en la taza de porcelana fina que un día sus padres compraron en los globos y en la cuál le encanta tomarse sus bebidas. Era tan pequeño cuando sus padres emigraron a Ensenada desde Durango y recuerda sus primeros años en la ciudad recorriendo los pasillos llenos de frutas y artesanías en los globos.

Destapa la bandeja del pan esta llena de los picones que tanto le gustan. Y siempre su madre la sobre la mesa del comedor. Toma su merienda para irse al trabajo. Juan es taxista, lo bueno porque de lo contrario hoy hubiera perdido el trabajo al levantarse tan tarde.

Toma las llaves de la unidad que están detrás de la puerta colgadas en el clavo, sale enciende el motor y limpia el vidrio delantero, checa las llantas y al parecer todo está en orden cierra la puerta de la casa voltea al cerro de las peñitas allá vive la chica por la que suspira.

En fin se va entusiasmado en el taxi escuchando la radio con la esperanza de que ese día, le toque un cliente para ese rumbo, enfila su auto al centro y con suerte la verá. Y le pedirá platicar haber si hoy cede un poquito.

Llega Juan a la calle Ruiz en busca de pasaje pero no hay nada; estaciona un momento el auto, se baja y en la esquina hay un teléfono público. Marca a la radio y le pide al locutor un saludo para Clarita.

- En la línea tenemos a Juan Nieto con un saludo para su bella pretendiente Clarita.

Regresaba Juan entusiasmado cuando de pronto escucha con voz suave pidiendo un taxi y ahí estaba María la hermana mayor de Clarita, Pidiendo un taxi.

- María, sube

Sin saberlo cargaban algunas bolsas de las compras de hilos y mantas para bordar los cojines con las iniciales J y C. Que aún después de muchas primaveras esos mismos los cojines decoran la sala de los octogenarios que siguen disfrutando de su compañía como esa primavera en que decidieron estar por siempre juntos y ahora siguen disfrutando de las risas, las ocurrencias de los bisnietos que rondan por la casa de los abuelos Clarita y Juan mientras ellos toman un chocolate en las tazas de porcelana regalo de la mamá de Juan que siguen decorando la vitrina del comedor, la canción sigue sonando pero ahora lo hace en la calle Sexta y Riverol donde la estación de radio ha colocado un gran mural con los rostros de Juan y Clarita, los primeros fans que día con día se dedicaban canciones y saludos en el inicio de la apertura de la radio.

Habían pasado los meses, y los mensajes de Fernando eran historia para la dulce Rebeca, quién en su habitación releía aquél estúpido libro que había comprado para que Fernando la viera como la intelectual que ella se sentía. Sus lentes guardados en su bolso de mano, la televisión encendida para no sentirse sola en su casa de dos aguas, los grandes ventanales en donde el puerto se enseñoreaba. Desde ahí miraba la gran bandera mecida por el viento, y el caserío, el mar a punto de tornarse grisáceo por las lluvias que traían bienestar o alguna inundación.

Rebeca empezó sentir una necesidad de recordar el día en que él le habló desde el aeropuerto de Tijuana.

Muchas veces estuvo a punto de dejar atrás todo lo que tenía en su vida, tan llena de comodidades, y hacer las maletas, empacar sus libros, dejárselos a su única sobrina, que era su adoración y que le seguía los pasos; pero le faltó valor para construir una vida junto a ese hombre al que sólo conocía por algunas escenas.

Tal vez hubieran sido tan felices juntos, viajando de ciudad en ciudad, leyendo libros, enredándose en abrazos, haciendo el amor por las noches, disfrutando del paisaje de las diversas plazoletas dónde él estuvo en sus diversos viajes, o caminando por el puente de Laredo a Piedras Negras, que la compañía donde Fernando trabajaba había construido el verano en que dejó de contestarle los mensajes de cada domingo.

Quizás aquel hombre lo hizo para olvidarla y seguir su vida, cerrar un capítulo tan doloroso del cuál quería desterrar su recuerdo. Pero en el puerto, cercana a la ventana, Fernando había inoculado amor dentro del corazón de Rebeca, y lo había hecho para siempre.

Mientras la tempestad se hacía presente, ella sentía su corazón romperse en mil pedazos.

—A diferencia de ti, yo sí me enamoré.

Fueron sus últimas palabras antes de alejarse de aquel que había considerado el amor de su vida; sus ojos no lloraban, aunque por dentro estaba comprimiendo todos y cada uno de sus sentimientos para evitar estallar en lágrimas.

Él no negó su partida, es más, no le importaba perderla puesto que no se había dado cuenta de que ella reflejaba un gran amor hacia su persona.

Después de ese día las noches pasaban lentas, ella lloraba una que otra vez pero nunca se mostró débil ni vulnerable, se escondía detrás de una gran sonrisa cada día, cada mañana despertaba fingiendo que no había derramado sus lágrimas por él en la noche.

Un día, mientras trabajaba encontró una de sus fotos dentro de un cajón, habían pasado algunos meses después de su despedida pero esta vez, ver la fotografía solo le causó melancolía, la aplastó contra su pecho para después suspirar y prometerse que de ahora en adelante dejaría atrás ese capítulo en su vida.

Los meses siguieron transcurriendo y una mañana, mientras se preparaba para ir al trabajo, una notificación le llegó al celular, era él, después de tanto tiempo se había vuelto a hacer presente en su vida.

Después de cerrar los ojos y tomar un poco de aire se dispuso a sonreír, ya no iba a caer de nuevo, a pesar de que había días en que extrañarlo era inevitable se había dado cuenta que cuando un capítulo se cierra siempre hay espacio para escribir uno nuevo. No contestó, se arregló más radiante que nunca sabiendo que después de un largo proceso se sentía más fuerte que nunca; cuando llegó a su oficina había un ramo de rosas de su nuevo pretendiente y entonces terminó por sentirse aún más satisfecha de su logro, al dejar atrás su ruptura con el que había creído sería el hombre de su vida había llegado alguien maravilloso a hacerle ver que no todo era malo, permitió que las puertas del amor se abrieran de nuevo y esto le hacía feliz porque la puerta más grande la esperaba con esperanza de nunca volver a cerrarse; la puerta del amor propio brillaba prometedora, y ella sabía que una vez que la abriera jamás volvería a dejar ciclos inconclusos ni relaciones hirientes que le hicieran sentirse de papel.

Táshkin vivía en un concepto

Mario de la Cruz Arreola

Táshkin vivía en un concepto, que no era muy amplio, pero sí cómodo. Un día hubo una tormenta de conocimientos feroces. El concepto de Táshkin fue arrasado y Táshkin perdió su significado. Táshkin se convirtió en un “¿Qué soy?” para todos y todos se convirtieron para él en unos estúpidos.

Wanda vivía en un concepto y un día salió a tomar el sol. Ese día nuestro amigo sin concepto la vió y se preguntó ¿Qué es?, entonces él solito se llamó estúpido. Se dirigió a ella y la cuestionó: ¿Qué eres? y ella le dijo que era una “¿Qué soy?”, y lo llevó a vivir a su concepto con ella.

Wanda y Táshkin viven ahora juntos en un concepto. Ese concepto es el concepto de Wanda y Táshkin; un filósofo lo definió como “Unión W-T”. El otro día, Wanda y Táshkin oyeron por el radio la definición del filósofo y ambos terminaron preguntándose: ¿Qué será eso?.

La Playa de las Brujas es una bahía de sueños y ensueños. Allí las brujas aman profundamente cada noche, cada día.

En el Aquelarre de Zugarramurdi sus antepasadas hicieron el amor como si fuera espacio de lo sagrado, que sí lo es; como imagen de la poesía que también lo es. Para ellas el amor era el lugar de la vida donde se juntan lo sagrado y lo profano hasta la muerte. Y quién puede contradecirlas. Siglos de aprender el amor, desde los cuerpos bajo un claro de luna, desde la caricia, desde el aroma, desde el sabor... El sabor del chocolate derritiéndose cuerpo adentro, poesía adentro...

En Tierra Negra ya todos saben que saborear el chocolate de a pedacitos, lentamente frente al mar, es un remedio que alivia cualquier dolor de amores. Tomarlo frente a la luna llena trago a trago es un bálsamo contra los males del corazón. Repartir una barra entre amigas o amigos es como repartir el amor. Compartirlo en pareja es un estimulante para el arte de amar. Solo no es posible saber, de dónde surgió su sabor, de qué lugar o rincón o momento o mandorla o pensamiento surgió ese placer.

Unos podrían decir que viene de xocolātl del náhuatl. Otros podrían explicar que salió del cacao y que el cacao tiene distintos orígenes en la América del Sur o México. También se puede contar que hay chocolate dulce o amargo, con gusto a frutas o a hierbas, y muchas cosas más. Pero nadie, nadie sabrá explicar su sabor en el cuerpo de las brujas haciendo el amor. Su sabor en la boca, en la lengua, recorriendo las huellas de los cuerpos haciendo el amor. Entonces, se podría repetir una y muchas veces, que el amor de las brujas en Tierra Negra es la epifanía: ese lugar donde se tocan la vida y la muerte hasta el llanto, hasta la risa, hasta el grito, hasta el canto, hasta la poesía, hasta el sabor del chocolate.

Los ruiseñores, que vienen cantando desde lejos, también vienen amando desde hace tiempo, desde el amor con sus amantes cantoras y poetas. Migrando para hacer el amor en algún lugar del futuro, cantando en la noche, subiendo y bajando tonos en el canto, en el amor, en la poesía.

Los vuelos poéticos del ruiseñor, como los vuelos amorosos de las brujas llegarán hasta la muerte sintiendo que llegaron a la cima de la existencia.

El amor vive cuando sobrevive al amor. El poeta vive cuando su poesía sobrevive a él mismo. Solo en ese momento el poeta puede alcanzar la cima y tal vez llegue a ser un ruiseñor. En ese momento y en ese lugar de la vida y la muerte, bastan pocas palabras para resumir la poesía o el amor, y resumirse a sí mismo. Así, el arte de amar y la poesía vuelven a ser un espacio de lo sagrado como creación humana.

Entonces, el mar llega sobre las rocas, la sombra de la luna se esconde tras el sol en el Cabo de los Ruiseñores, y el Monstruo del Agua acaricia el cuerpo de la Bruja más Sabia, flecha de fuego en una cabaña o cueva o máscara, junto a la playa. Las hogueras calientan la noche y la luna se queda ciega de estrellas,

mientras el mar lame la arena, antes que vuelva el amor...

Las Brujas del Chocolate, fue publicado en COMO EN AQUELARRE, Editorial Tintají, febrero 2019.

El juego del hombre gris

José Núñez del Arco de la Cuadra

Al llegar a la casa al final de un pequeño bosque el hombre de gris hizo que la niña lo esperara un momento, él le diría cuando podría ingresar. El lugar se veía descuidado y abandonado, con la pintura cayéndose y un fuerte olor a humedad en los alrededores, pero eso no era lo que perturbaba a la pequeña Graciela, lo que la asustaba realmente era que no había ningún sonido, a pesar de ser aun de día y estar cerca de la ciudad no había ningún tipo de ruido en los alrededores, como si todo estuviera despojado de vida.

—Ya puedes entrar pequeña Gracie – dijo el hombre de gris desde lo más profundo de la casa – debes encontrarnos, estamos escondidos.

Al escuchar al hombre de cenizo cantarrear la llamada todas las preocupaciones que estaba acumulando Graciela en su interior se disiparon haciendo que sus delgadas piernas corrieran al interior de la casa.

—¿Dónde están? – grito la pequeña Graciela observando el interior de la casa descuidada y sucia.

—Búscanos, tenemos una sorpresa – grito el hombre color ceniza con una voz que parecía fluir de todos los rincones de la casa.

La niña Graciela empezó a correr por los pasillos buscando detrás de las puertas apolilladas, bajo los muebles descoloridos y detrás de las cortinas rasgadas, con cada segundo que pasaba parecía que el lugar se presentaba como una tumba vacía y fría, algo en lo más profundo de la mente de la niña le gritaba que algo estaba terriblemente mal con el lugar donde el hombre gris la había llevado pero cuando empezaba a dudar sobre la situación la dulce voz del hombre resonaba fantasmagóricamente en cada rincón de la vieja casona a que los buscara, que estaba cada vez más cerca.

—¿Están en el segundo piso? – grito la niña riendo sin prestar atención a las señales de peligro a su alrededor.

—Descúbrela tú misma pequeña Gracie – respondió el hombre.

Al ingresar a la primera habitación la encontró con muebles viejos y llena de una gruesa

capa de polvo y telarañas, la segunda habitación estaba vacía, pero en el piso de tablas se encontraba dos enormes tanques llenos de huesos y alrededor enormes manchas rojo oscuro.

La sonrisa de Graciela se silenció.

—¿Qué es este lugar señor? – pregunto con algo de temor en su voz.

—Es la casa donde jugamos todos pequeña Gracie, ven y encuéntranos – respondió el hombre gris.

Todas las señales de peligro empezaron a encenderse en la cabeza de la pequeña pero su madre confiaba en ese extraño señor y lo había enviado con él a esa casa, no había razón para desconfiar, ¿Cierto?

—¿Estoy cerca? – pregunto Graciela – estoy algo asustada.

—Tranquila, pequeña Gracie, estás bastante cerca.

Al ingresar al tercer y último cuarto del segundo piso se encontró con un grupo de niños observando por la única ventana de la última habitación en silencio, no entendía que sucedía, ¿era parte del juego? Se fue acercando lentamente escuchando únicamente su respiración y el crujido del piso de madera bajo sus pies hasta que toco el hombro de uno de los niños haciendo caer a todo el grupo al piso, estaban atados de pies y manos formando un solo grupo, sus ropas rasgadas y llenas de sangre, con dedos, narices y mejillas cercenadas como si hubieran sido consumidos por una bestia. Graciela retrocedió al ver aquella escena mientras un par de ellos murmuraba que corriera y pidiera ayuda mientras que los demás no paraban de temblar y llorar.

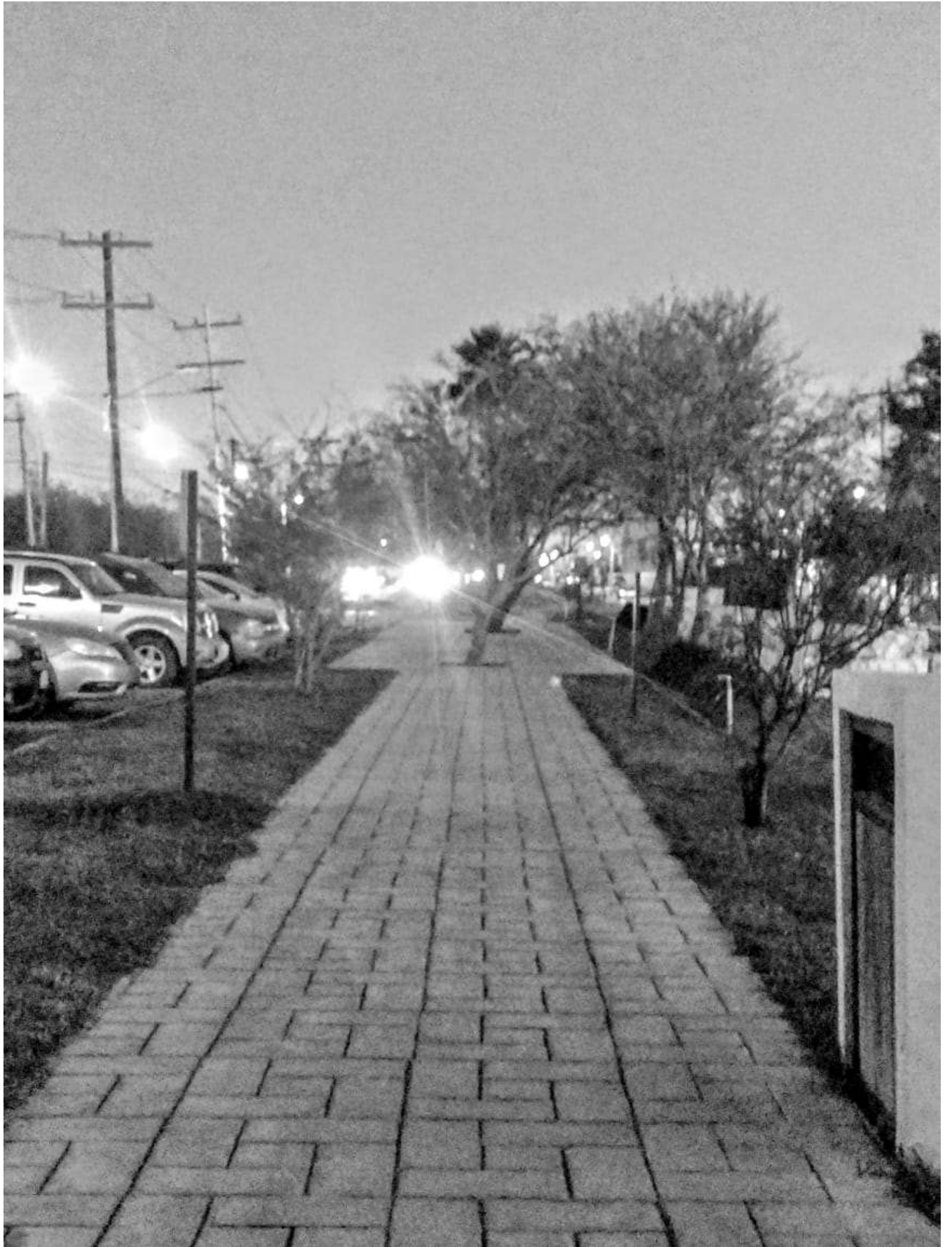
—Qué bien mi pequeña, nos has encontrado – dijo una voz a sus espaldas – no te preocupes por ellos, harán compañía a los demás, su sabor ya no es el mismo, pero tú eres diferente.

Al voltearse los ojos de Graciela se abrieron como platos al observar que la persona frente a ella ya no era gris sino un ser pálido como un cadáver con una mano en forma de cuchillos y otra en forma de martillo esgrimiendo una enorme sonrisa mientras susurraba:

—Contemos hasta diez pequeña Gracie y sigamos jugando – le dijo acercándose rápidamente y tomándola del cuello y apretando con lentitud mientras observaba como su vida se desvanecía.

La sangre, viseras y gritos de la niña inundaron toda la casona abandonada pero ningún ser humano la escucho, solo el hombre gris y sus víctimas que ahora descansan bajo tierra.





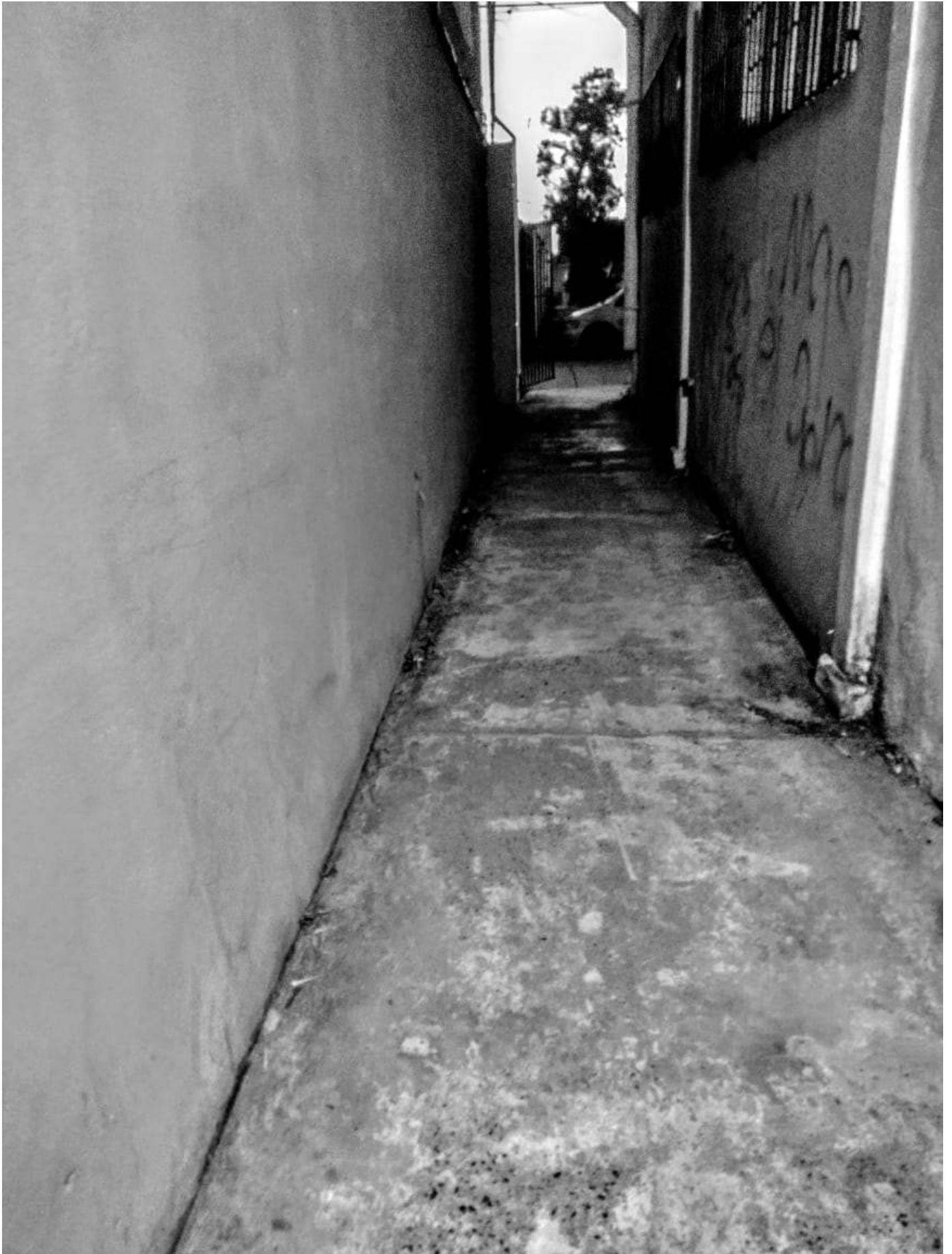


















Al cumplirse el primer mes del sensible fallecimiento de quien en vida fue...

— ¡No puede ser! — exclamó horrorizado, mientras arrugaba el periódico y lo colocaba sobre la mesa.

— ¡No!, ¿mi maestra de Literatura... muerta? ¿Cómo pudo pasar?

Apoyó los codos en la mesa y hundió su cabeza en medio de ellos. Sus dedos halaban con fuerza sus cabellos y la respiración se agitaba al recordar su nombre: ¡Elena!

Se levantó torpemente de la silla y miró por la ventana la espesa selva de edificios que abrazaban la capital.

— Su café señor.

— ¡Colóquelo sobre la mesa y retírese por favor!

Mi maestra...

Como de costumbre llegaba tarde a la primera hora clase, aun en el último año de colegio. Mi melena revuelta, los zapatos sucios y la camisa a medio abotonar. Los cuadernos pretendían escapar de la mochila, hastiados de los rayones y las figuras obscenas que dibujaba en sus páginas, para colmo tocaba soportar el carácter acre de mis maestros que se asían de los pocos cabellos que todavía les quedaban cuando no comprendíamos sus aburridas clases.

Cuando intentaba atravesar el umbral de la puerta de mi aula me detuve al contemplar la silueta de la nueva profesora de Lengua y Literatura que había venido en reemplazo del anterior maestro que se jubiló.

Era pelirroja, su cabellera se recogía en finos bucles que danzaban ligeramente en sus hombros. En sus ojos zarcos se reflejaban los primeros destellos de la mañana, sus labios gruesos y jugosos incitaban morder una manzana. Vestía un traje azul con saco y minifalda y una blusa celeste que combinaban con sus zapatillas. Sus piernas torneadas apenas estaban cubiertas por unas medias de nylon negras.

Toda su figura parecía esculpida por un artista de italiano con corazón de poeta. Además, llevaba un arete en su ceja izquierda.

— ¿No va a entrar? — inquirió con una voz que erizó mis sienes—. ¿Y qué son esas fachas de venir al colegio? — me volvió a recriminar.

Rápidamente sujeté mi cabello con un lazo negro y metí la camisa por debajo del pantalón, no pude evitar tropezar con las sillas de mis compañeros y caer estrepitosamente al suelo soportando las carcajadas del resto de la clase.

Así pasaron ineluctables los días entre Neruda y Shakespeare, entre Rubén Darío y Medardo Ángel Silva. Siempre era el más puntual de la clase y me sentaba en primera fila para mirar de cerca como cruzaba las piernas mi linda y sensual maestra. Solía sonrojarme cuando me sorprendía espiando entre los botones de su blusa mientras revisaba alguna de mis tareas.

Fue una mañana de mayo, cuando los pájaros leían sus elegías entre las buganvillas, que nuestras miradas se encontraron entre las rimas de Bécquer y el fantasma de Canterville de Oscar Wilde. Cuando faltaban cinco minutos para terminar la hora de clase, la maestra iba retirando los trabajos y al pasar por mi pupitre, en medio de las hojas del cuaderno, dejaba una pequeña nota en un papel rosado doblado en tantas partes:

“Te espero esta tarde en mi departamento para revisar tu tarea. La dirección es...”.

Estuve ahí cinco minutos después de la hora fijada, lidiando con mis nervios y el palpitante incontenible de todas mis venas queriendo explotar.

— ¡Hola!, ¡pensé que no ibas a venir! — susurró cerca de mi oído, mientras me invitaba a pasar. Traía el cabello mojado y una bata fucsia que llegaba hasta sus tobillos, además, unas sandalias de felpa en forma de corazón.

Me brindó helado de fresa con trocitos de galleta invitándome a tomar asiento en el sofá de la sala.

— He notado que me miras con lascivia — profirió, rompiendo el largo instante de silencio entre los dos.

Apenas pude hilvanar palabra. Ella lamía sensualmente el helado que se derramaba en sus labios, guiñó su ojo izquierdo y colocó sobre una mesa de velador mi helado y el suyo... Temblaba.

—A mi edad aún soy virgen igual que tú—musitó y colocó en mi boca su dedo anular que había mojado en su lengua. Apoyó su cuerpo sobre el mío hasta tumbarme por completo sobre el mueble, desabotonó con violencia mi camisa y vistió con caricias mi piel que empezaba a florecer.

Sacó debajo del sofá una pequeña caja de plástico con una tarántula café y la colocó sobre mi pecho.

—¡No temas!, solo te hará daño si percibe tu ansiedad— masculló y sonrió con malicia. Apenas pude sentir sus patas peludas deslizándose sobre mi tórax.

Se puso de pie y dejó caer su bata sobre el piso de mármol rojo. Llevaba puesto un ligero blanco transparente con encajes de flores. Sus senos eran pequeños y sus caderas prominentes, era irresistible ver como mordía sus labios mientras apretaba sus pechos.

Terminó de quitarme la ropa y se acomodó sobre mi pelvis, como quien va a cabalgar sobre una bestia indomable, al tiempo que el arácnido daba vueltas sobre mi abdomen.

—¡Está furioso! —exclamó, envolviendo mi sexo con su mano y despojándose lentamente de su ropa interior.

Y volvió a cabalgar, pero esta vez penetraba su cuerpo, poco a poco llenaba su vacío, sentía mi piel amordazada en su húmedo refugio.

Entre el vaivén de su cintura, la tarántula empezó a saltar sobre mi pecho hasta que cayó al suelo y huyó despavorida para no escuchar sus delirios, sus gemidos. Logré girar mi cuerpo en un veloz movimiento y colocarme sobre el de ella. Tomé una de sus piernas y la ubiqué sobre mi cintura, mientras la otra se apoyaba en el sofá.

—¡Eres un depravado! —masculló con picardía y hurgué otra vez el equinoccio de su pubis. La máscara de niño se quebró en sus gemidos, en su sudor, en sus labios y mi alma se asiló en la catedral de sus caderas, donde lo mágico converge entre la lujuria y la falta de cordura.

Era nuestra primera vez, perdí la memoria de cuantas veces lo volvimos a repetir.

—¡Su café se enfría señor!—, aquellas palabras del mayordomo interrumpieron sus recuerdos. Se había quedado petrificado, apoyado en la pared.

Tomó la taza de café, apenas dio un sorbo volvió a leer el periódico que había estrujado y miró varias veces la foto que aparecía en el parte mortuario... Palideció.

—¡No, no es cierto! — trastabilló angustiado.

Carmen y el Doble Rostro

Tributo a Nahui Olin

Manuel Chatelain

Con asombro me observo desde una de las esquinas superiores de estudio, estoy hechizado por un retrato entre ocre y verde que se despliega en el monitor:

¿Eres tú? De la nada la fotografiada me lanzó la escalofriante pregunta.

Se trata de la captura de una antigua imagen. Una mujer bellísima revelada en tonos, verde, ocre y grandes ojos.

Ahora comienza a gesticular.

Me sorprende y a mi imagen frente al computador también, eso me aterroriza pues puedo ver a mi otro yo en perspectiva. Intento hablar, mi semblante de allá y este el de la esquina se sincronizan con exquisita perfección. Somos dos personas, tres rostros, rarísima esquizofrenia, bizarra imagen.

¡La botella de tequila esta intacta, no puede ser una borrachera! Recapacito.

Estoy helado frente a la pantalla, aquella foto desplegada comienza a mover sus delicados labios y arranca a hablarme con toda naturalidad, me recita poemas y me enamora:

“Para mí, para ti, ya no habrá ayer ni mañana –para nosotros dos sólo hay un solo día: la eternidad del amor y un solo cambio: más amor –amor que se transforma en más amor, donde no hay ayer ni mañana, sólo un espacio infinito –un día donde la noche no existirá sino para amarnos –una noche que será más luminosa que el día mismo cuando nuestras carnes se junten- es nuestro destino”.

¿Eres tú, Carmen? ¿Nahui? Pregunta mi rostro que estupefacto continúa adherido al computador y hace gesticular a este que está en perspectiva.

¡Estás reventando la línea del tiempo si me hablas! Reclama decidida pero enamorada.

Mi humanidad, que está sentada allá no soporta, abre la botella y sirve un tequila que raspa la garganta y hace sentir ardor en el esófago y me expulsa:

Quiero que sepas que odio leer de ti, saber que fuiste capaz de relacionarte con ese “pintorcito” de quinta categoría que se atrevió hasta a substituir tú nombre, eres Carmen Mondragón no Nahui Olin, aunque amo ese nombre, desde el fondo de mi corazón mestizo, pues refleja tu personalidad: “el cuarto movimiento del sol”.

Gran afrenta atreverse a enamorarte y lanzarte a los pasillos de un mercado a buscar sexo. Hacerte vivir en un cuarto de azotea con factura al arte, detesto tu sufrimiento, pero amo, con todo el corazón todo lo que eres, lo que fuiste, hubiera muerto por tu amor.

La imagen ocre y verde, me ilumina con sus hermosos ojos verdes, desde el interior del computador, extiende las manos que ahora rozan mis mejillas y sus labios me besan, cierro los ojos y todo se extingue, se apaga, se funde.

¡Estás reventando la línea del espacio, si me tocas! Balbucea mientras sus lágrimas se confunden con la saliva.

Jamás desperté, pero cuenta mi hermano que, días después me hallaron frente al computador, con una botella de tequila en mano y ya sin vida.

En el imperio japonés una vez existió una bella chica llamada Xiang. Su belleza era como el sol naciente de oriente, inmaculada y sin mancha. Xiang era el deseo de muchos hombres, todos quedaban prendados de su angelical presencia y su celestial encanto.

Pero Xiang solo tenía un gran amor y una pasión desbordada por su amado Koto. Pasaba horas acariciando sus cuerdas, esbozando bellos sonidos que hipnotizaban a cualquiera. Nadie podía escapar de su hechizante talento y su belleza sin igual.

A oídos del emperador llegó la noticia de la prodigiosa y hermosa Xiang, quien, fascinado por las historias sobre ella, mando que se la trajeran para conocerla en persona. Fue así como un día primaveral Xiang fue llevada ante el todo poderoso.

Al verla, el emperador quedó prendado de su gran belleza y hechizado por tan angelical mujer. Ella presenta sus respetos a su majestad, tocándole una bella melodía con su Koto. Esto fue lo último para quedar totalmente loco por ella.

Al término del concierto, el emperador exige a Xiang que sea su mujer y que gobierne con él, su gran imperio. La chica no sabía que decir mientras el temor la invadía. La propuesta no le gustaba. Ella solo vivía para su Koto, su único amor.

Ante la negativa de Xiang para ser su mujer, el emperador la mandó encerrar en una prisión hecha solo para ella. Cautiva quedará hasta que acepte su propuesta. Pasaron los días y los meses. Xiang lloraba ríos de lágrimas mientras tocaba dolorosas melodías con su Koto.

Pedía al cielo que pueda ser liberada de ese sufrimiento, sentía que sus alas habían sido arrancadas y ahora era desdichada; pero aún tenía a su gran amor que le deba consuelo en sus tristezas y amarguras.

Llegaron los años y el emperador perdía la paciencia, ella tenía que ser suya y de nadie más. Es así que pidió la vida de Xiang; aceptaba ser su mujer o sufrirá la muerte. Al día siguiente mientras el sol de tantas primaveras surcaba los cielos, mando llamar a Xiang para saber la respuesta de lo propuesto.

Ella se sostuvo en su negativa a lo que el emperador no tuvo más remedio que mandarla ejecutar. Xiang acepto su destino; pero pidió un solo deseo antes de morir, tocar su Koto por última vez y despedirse de su gran amor en la tierra.

Aquella tarde en donde el sol iba directo al ocaso, Xiang empezó a tocar la más bella y melancólica melodía en su Koto. Sus bellos dedos se paseaban ágiles por las cuerdas, dándole las últimas caricias a su único amante, de tantas noches y días felices.

Mientras tocaba la última nota en el cielo apareció un majestuoso dragón dorado. Era su Koto que a venía a rescatarla de su mal destino. Bajó a la tierra y envolvió a Xiang en un caluroso abrazo de amor. Ella feliz lo tomó, disfrutando de ese gran amor que había guardado durante todo este tiempo.

El dragón dorado la llevó al cielo y desaparecieron en una gran explosión de luces coloridas, bañando el imperio con el gran amor de Xiang por su Koto. Todo terminó, ahora ella volaba feliz y libre por el firmamento junto a su gran amor. En tanto, el cuerpo de Xiang lucía sin vida atravesado por la espada del verdugo en el centro de su corazón.

Mi mamá me lo dijo hace como un año. Era Noche Vieja. Papá llegó muy borracho. Comenzó a tirar adornos, sillas y todo lo que encontraba a su paso. Antes de alcanzar la cama cayó al suelo. Mamá le echó un balde de agua fría y él, como si nada, se dio media vuelta y siguió durmiendo. Ella se quedó mirándolo un rato, como si no supiera quién era él. Me tomó del brazo y me llevó al baño, que quedaba afuera de la casa, en el solar. «Es un secreto, Santiaguito, nadie puede saber. ¿Me juras que nunca se lo dirás a nadie?». «Sí, mamita, te lo juro. Nunca le diré nada a nadie». Y entonces me dijo toda la verdad, susurrando, para que ni el viento la escuchara. Me dijo que mi papá, ese que estaba en el piso dentro de la casa, no era mi papá.

Al verdadero lo habían secuestrado los extraterrestres. «Los malos, porque también hay buenos, Santiaguito, también hay extraterrestres buenos. Por eso tenemos que irnos lejos, Santiaguito, adonde no puedan encontrarnos. Pero si nos encuentran, tú tienes que ser fuerte y sacar tus poderes. Recuerda que tú eres un superhéroe, como esos de los dibujos animados que tanto te gustan, Santiaguito. Eso sí, solo los podrás utilizar en caso de mucho peligro». Esa noche nos fuimos con una pequeña maleta. Caminamos hasta la estación de autobuses y partimos cuando todavía no había amanecido.

Mamá supo que debíamos huir de allí unos días antes. Yo me había quedado solito en la casa. Hacía mi tarea en la mesa del comedor. Papá llegó temprano. Estaba rojo, sudado. Se metió en la cocina y sacó una cerveza. Vino al comedor. «¿Dónde está la puta de tu mamá?», me preguntó. Así hablaba él siempre. Le dije que estaba en el médico y que llegaría más tarde. Tomó su cerveza y volvió a preguntar: «¿Y tú qué mierda estás haciendo?». Le dije que mi tarea. Me tomó del brazo y me llevó a rastras hasta el cuarto del fondo, ese que está antes de salir hacia el solar. Papá se sentó en el viejo colchón que estaba sobre el piso. Yo me quedé de pie, mirándolo. Me dijo que me quitara la ropa. Lo hice tan rápido como pude, no fuera a enojarse y pegarme. Me

observaba mientras él también se quitaba la ropa. Me dijo que me acercara y comenzó a tocarme con una mano, mientras se tocaba a sí mismo con la otra. No sé cómo, pero mi mamá entró y empezó a gritar como una loca, traía un tubo de fierro en la mano. Mi papá salió corriendo, y mi mamá detrás de él. Alcanzó a darle en la cabeza. Mi papá chorreaba sangre. Mi mamá lo sacó de la casa, cerró la puerta con una tranca y vino a abrazarme. Me vistió rápido. Lloraba mucho. Me dijo que no me olvidara que yo era un superhéroe, que si papá regresaba yo debía subir al techo y correr, correr, correr.

Ha pasado un año. Vivimos en un departamento en el décimo piso de un edificio viejo. Pero el extraterrestre que habita el cuerpo de papá hoy nos ha encontrado. Mamá me ha dejado en este cuarto. La escucho gritar. Sé que debo ser valiente. Esta ventana es grande. La gente se ve chiquita allá abajo. Mamá sigue gritando. El extraterrestre está golpeando la puerta. Debo correr. Voy a correr.

*CORRE, SANTIAGO, CORRE, fue publicado en el libro
Húmedos, sucios y violentos, Estruendomudo 2020.*

Adrián mira dormir a su esposa, Carmen. Piensa en todo lo que quisiera contarle sobre el incendio, pero que aún no ha tenido el valor de confesar.

En realidad, Adrián tampoco recuerda mucho del siniestro. Lo que sí rememora de forma vívida es al perpetrador, a quien lo ¿planeó? y a quien lo produjo: un antiguo refrigerador Kelvinator de 1940 que provocó un cortocircuito. Cuando el hombre vio por primera vez aquel objeto antiguo quedó fascinado. Era parte del decorado de una cabaña que rentaron Carmen y él durante las vacaciones de verano. Le dijo a su mujer que compraría el refrigerador a toda costa, que intentaría convencer a la dueña de la cabaña para que se lo vendiera. Carmen le dijo que no había lugar en el departamento para otra antigüedad, pero Adrián estaba ya obsesionado. Lo que más le llamó la atención del refrigerador fue el color azul cielo que aún conservaba muy bien, además, las manijas y el logo plateado todavía brillaban con magnificencia. Así son algunos asesinos, primero encantan a las personas y luego las atacan a cuchilladas. Aquel psicópata tenía el disfraz perfecto para un incendiario: su afán incansable por generar frío y escarcha. Al verlo, las personas pensaban que el fuego o el calor eran algo por completo ajeno al aparato. Parecía, por lo tanto, que el refrigerador contaba con la coartada perfecta. A pesar de todo, los bomberos pudieron seguir los rastros del plan. Adrián nunca le contó a Carmen el verdadero origen del incendio en el que murió su hijo.

Al hombre le resulta asombroso que cuando piensa en el refrigerador, de nuevo le parece un objeto bellísimo. Esta apreciación estética es algo similar al perdón, es como cuando alguien evoca a la persona que asesinó a un ser entrañable, y no aparece el usual estremecimiento causado por la ira; entonces, el doliente se da cuenta de que el desdén hacia el asesino ha terminado, o al menos ya no le congela las entrañas.

Adrián abraza a Carmen y cierra los ojos. Se queda dormido en unos cuantos segundos.

Sueña que su corazón es azul cielo y que cada diez o quince minutos da un vuelco, un salto que va acompañado de un ruido similar al de un refrigerador que arranca súbitamente. Uno de los brincos hace que Adrián se despierte.

Sin pensarlo dos veces mueve y llama por su nombre a Carmen. En cuanto la mira abrir los ojos, asegura:

—Yo tuve la culpa de que nuestro Ismael muriera calcinado.

Adrián se turba al comprender que ha encubierto al verdadero asesino.

Nieve pesada primero, esa que derriba árboles, nieve imposible de someter. No aquella seca y hasta poética que cae como ceniza y es suerte de polvo en el piso. No, esta va dramática, viene después de horas con buen tiempo, cuando comienza a enfriar, se vuelve lluvia y de ahí pasa a guiso turbulento que paraliza todo.

Días después, con la persistencia del frío, la masa ya congelada va deritiéndose a migajas, convirtiendo cada noche siguiente en una peor. Forma rocas, hace agujeros en el pavimento, montículos sólidos que parecen concreto. Conducir sobre ella rompe la armonía del silencio invernal; las llantas de los autos sufren, a veces explotan o son perforadas por cuchillas heladas. El vehículo se mece de un lado a otro, revienta los trozos más frágiles con explosiones de bala, es un manejar sobre cristales, sobre vasijas rotas, noche tras noche sin visos de mejorar. Hielos que persisten por meses, los remanentes de una nevada tal en diciembre suelen permanecer hasta marzo, mayo incluso, con la chirriante cantaleta de vasos quebrados. Ni el pico penetra los túmulos que se forman en las bocacalles. Dulce naturaleza convertida en ogro, excavando boquetes en el alquitrán a manera de ácido. No hay arena ni sal para domeñarla, es tanta que solo paciencia verá disolverla.

Estoy acostumbrado. Por encima del fragor de guerra de este tipo de nieve siguen los sonidos animales. El ulular de búhos, lechuzas que cruzan las luces del automóvil y te miran con ojos de máscaras punu del África Ecuatorial. Piel de gallina por las amantes muertas.

Estallan fragmentos de hielo, suenan como las rodillas de mi amor. El lamento de las zorras entre lo agreste semeja el espantoso grito de la Banshee. Habrá que releer a Yeats.

Ropas tiradas a tramos. Alguien ha ido desnudándose mientras caminaba. Modestos abrigos pobres. En la calle Syracuse un barbado joven sin pantalones, linga y culo a la intemperie, habla en su celular. Prosigo, no puedo detenerme

ante cada miseria, ni recordar cada alegría. No amo el calor y odio la tumultuosa Miami, pero no me vendrían mal eucaliptos semidesérticos con lobos marsupiales, o acacias y embarazados baobabs. Habrá que releer a Agostinho Neto. El Zambeze truena, el rocío que esparce su explosión, llamado “splash”, al caer en las cataratas Victoria se mira como nube desde la distancia en Zimbabwe. Enfrente está Zambia y debajo gordos mutiladores hipopótamos. Hay que releer a Richard Burton, la búsqueda del Nilo Blanco en las Montañas de la Luna. África y hielo, aves níveas que flotan en el aire con máscaras gabonesas.

En medio de la zozobra, de los obuses que estallan con las ruedas, uno piensa en el amor, aunque no exista. Lo asocia con la muerte. Grita la Banshee y su otra prima demonio, la Lennanshee, calla y seduce a los poetas para matarlos. Decía el gran Yeats:

“The Leanhaun Shee (fairy mistress) seeks the love of mortals. If they refuse, she must be their slave; if they consent, they are hers and can only escape by finding another to take their place. The fairy lives on their life, and they waste away. Death is no escape from her. She is the Gaelic muse, for she gives inspiration to those she persecutes. The Gaelic poets die young, for she is restless, and will not let them remain long on earth.”

No viven mucho los poetas porque los besa un vampiro. He derivado de la nieve pesada a fábulas irlandesas: Quién sabe, quizá porque temo que, en esta oscuridad, en donde moriría en minutos sin calefacción, haya decidido errado el camino del sur. Pero aquí o allá demonios hembras cuelgan del árbol como peramotas. Y son fruta jugosa.

Mi abuelo siempre tenía en la mesilla de noche caramelos Pictolín. Con ellos creía calmar aquella tos que, a veces, le atacaba con su látigo impio en mitad de la madrugada. Escribía así terribles notas distorsionadas sobre el pentagrama del silencio, que a esas horas extendía su dictadura. Mi abuela le ofrecía entonces un vaso de agua, pero él insistía en su sencilla receta para aliviarse del castigo. Detrás de aquella contrariedad doméstica se escondía el cáncer con sus tentáculos de podredumbre clavados en sus pulmones.

Murió en la mañana de la lotería de Navidad, en el Hospital Provincial. Dicen que estuvo escuchando el sorteo en su inseparable transistor y después, como si le hubiera tocado el premio gordo, se quedó dormido con una sonrisa sobre los brazos helados de la nada.

El día antes mis padres me llevaron a visitarle. Estaba de buen humor y me pareció que tenía un aspecto magnífico. Su rostro, enrojecido tal vez por la propia enfermedad, era el mismo que lucía en aquellas mañanas de verano cuando le acompañaba a recoger las sandías a la huerta. Mis ojos infantiles me endulzaban las aristas que cortaban las horas de aquella tarde de principios del invierno.

Quizás él no sabía que le habían desahuciado. Entonces aquellas malas noticias se envolvían entre susurros y al condenado se le evitaba el trago amargo de la verdad, igual que a los niños. Así que él en su papel y yo en el mío, desconocíamos que el desenlace estaba ya escrito en su historial médico, al modo que lo hacían los antiguos oráculos que vaticinaban lo terrible.

Recuerdo que antes de marcharme de la mano de mi padre me ofreció uno de aquellos caramelos de eucalipto que le acompañaron hasta el final. A mí no me gustaban demasiado, pero nunca se lo dije.

Eran las fiestas de un pueblo pequeño de las montañas de la provincia de León.

Son días de fiesta donde acuden al pueblo antiguos vecinos que habían emigrado a otros lugares en busca de un porvenir mejor, y que viviendo en el pueblo no iban a tener. Pero el día de la fiesta retornaban y el pueblo se llenaba de forasteros, gentes que traían alegría y diversión.

La juventud del pueblo eran los encargados de hacer los distintos eventos de la fiesta. Solían poner un bar para que con la recaudación diera para los gastos ocasionados por la fiesta.

El día de la fiesta una pequeña banda, creada en el pueblo, iba recorriendo todas las calles a primera hora, anunciando la fiesta. Tocaban la misma canción, que se repetía y tenían la costumbre de salir a la puerta principal de la casa y darle una propina. Un dinero que iba directamente a la caja de la juventud para pagar la fiesta. Abecés después de darles la propina se les obsequiaba con una copa de orujo a los componentes de la banda.

Al medio día, a las 12 de la mañana era la santa misa, dicha en la pequeña iglesia que había en el pueblo. Ese día estaba abarrotada de fieles, con los vecinos y los forasteros que no se querían perder la procesión y sobre todo los hombres que sacaban el patrón del pueblo en procesión.

Se hacía una pequeña subasta y los 4 vecinos que diesen más dinero eran los encargados de llevar el santo en la procesión. Se disputaban cuatro porteadores y los que más dinero ofrecían eran los encargados de llevarlo por las principales calles del pueblo. El dinero era para realizar obras de mantenimiento de la iglesia y lo admiraba el sacerdote de la parroquia.

Muchos que pujaban por sacar el santo eran promesas que habían hecho al santo por enfermedades de sus familiares y que le habían pedido su intercesión para que los sanara.

El sacerdote era el encargado de organizar la subasta y una vez resuelta se procedía a sacar el santo por las principales calles del pueblo a hombros de los afortunados.

Después de la misa y antes de comer en la plaza del pueblo el baile-vermut. Un baile mientras se tomaba el aperitivo, amenizado por una pequeña orquesta para luego ir a comer. Cada vecino en su casa con los invitados de los que habían venido de afuera para asistir a la fiesta.

Una comida copiosa, con base de cordero, que se había matado en los días anteriores y postres populares de la tierra.

Luego una vez comido se reunían otra vez los vecinos en la plaza para empezar con varios juegos populares, donde la risa y la diversión eran la tónica dominante. Juegos como el tiro de sogas, carreras de cintas, carrera de sacos, etc.

Luego al anochecer la gran verbena donde acudían los jóvenes de los pueblos de alrededor, sobre todo los que eran de otros pueblos y tenían novia en este. Aprovechaban para pasar la noche junto a su novia y divertirse los dos.

Sobre las diez de la noche se hacía un alto para hacer una rifa de un gallo o cordero. Se vendían papeletas y luego se sacaba el número del afortunado ganador.

Para luego continuar con baile hasta media noche que se paraba hora y media, para ir a cenar. Se invitaban a los mozos forasteros a cenar, por los conocidos o allegados de la familia. Una cena copiosa con base del cordero, regados con vino del Bierzo, café y varios licores. Una cena muy especial.

Luego se continuaba hasta altas horas de la madrugada que ya se iban retirando las personas, unas a sus casas del pueblo y los forasteros a sus respectivos pueblos.

La imaginación es al sexo lo que el viento al saxo, susurró el chico, quien era músico; no solo tocaba el saxofón, también componía canciones.

Hay que tener la armonía y ritmo adecuados en esta danza, mencionó la joven bailarina.

Desde el bar que solían frecuentar, desde que se conocieron hacía seis meses, las frases subieron de tono de a pocos hasta hacerse intensas.

Ya era de dar el siguiente paso y cumplir con lo pactado cuando se comentaron mediante el celular (en mensajes de texto) que se extrañaban, que se deseaban, que debían verse hoy.

No se mostraron tan afectivos en público, sino recatado, no podían resistir la espera, a fin de cumplir con el bello ritual que los uniría aún más.

Llegaron en taxi a su sitio preferido: limpio, en orden.

En la habitación de aquel hostel se desnudaron mientras se besaban y se mordisqueaban.

Él se recostó sobre su enamorada y la penetró.

Lo hicieron bien. Llegaron juntos al orgasmo.

Pasó algo raro: del centro de la cama emergió una luminosidad esférica y colorida, que flotó y se dividió en dos. Los veinteañeros no lograron verla, porque se hallaban agotados, mas retomarían las artes amatorias dentro de pocos minutos. Estaban calmos, contentos, ojos cerrados como en un sueño profundo, acariciador.

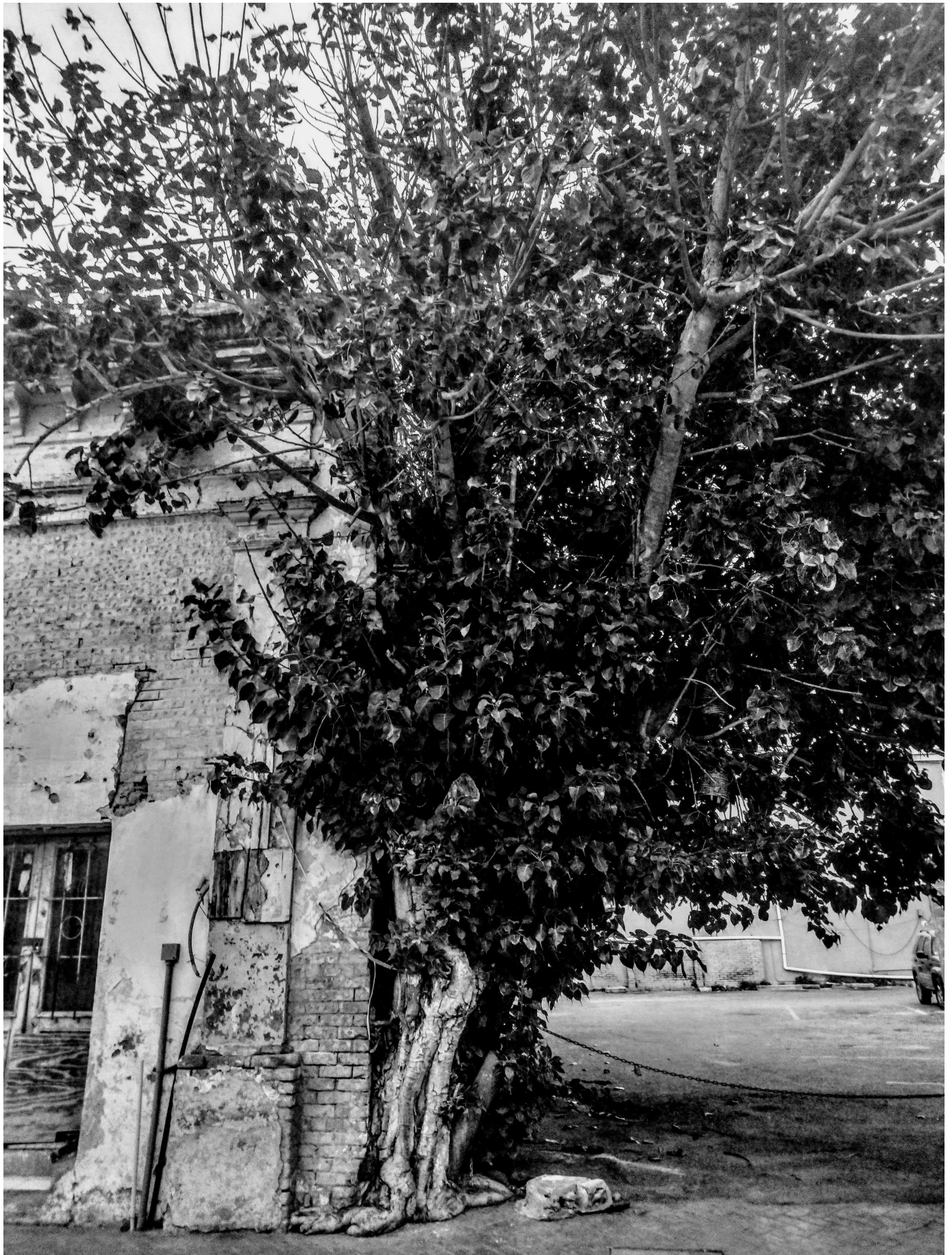
La luz iba a introducirse en los cuerpos desnudos sobre la cama, pero se apagó en el aire.

Habían hecho el amor, fue casi perfecto, mas todavía era débil.

Tendrían que intimar varias veces más para que esa forma brillante creciera, la vieses y se fortaleciese. Y, al mirarla, la aceptaran como natural.

No estaban apurados, dejaron la adolescencia hacía poco, se conocieron en las redes sociales, en un grupo dedicado al arte, eran afines, y poseían el tiempo de sus bonitas vidas.

Lo cierto es que un día cercano ese hermoso resplandor que crearon sería indestructible.



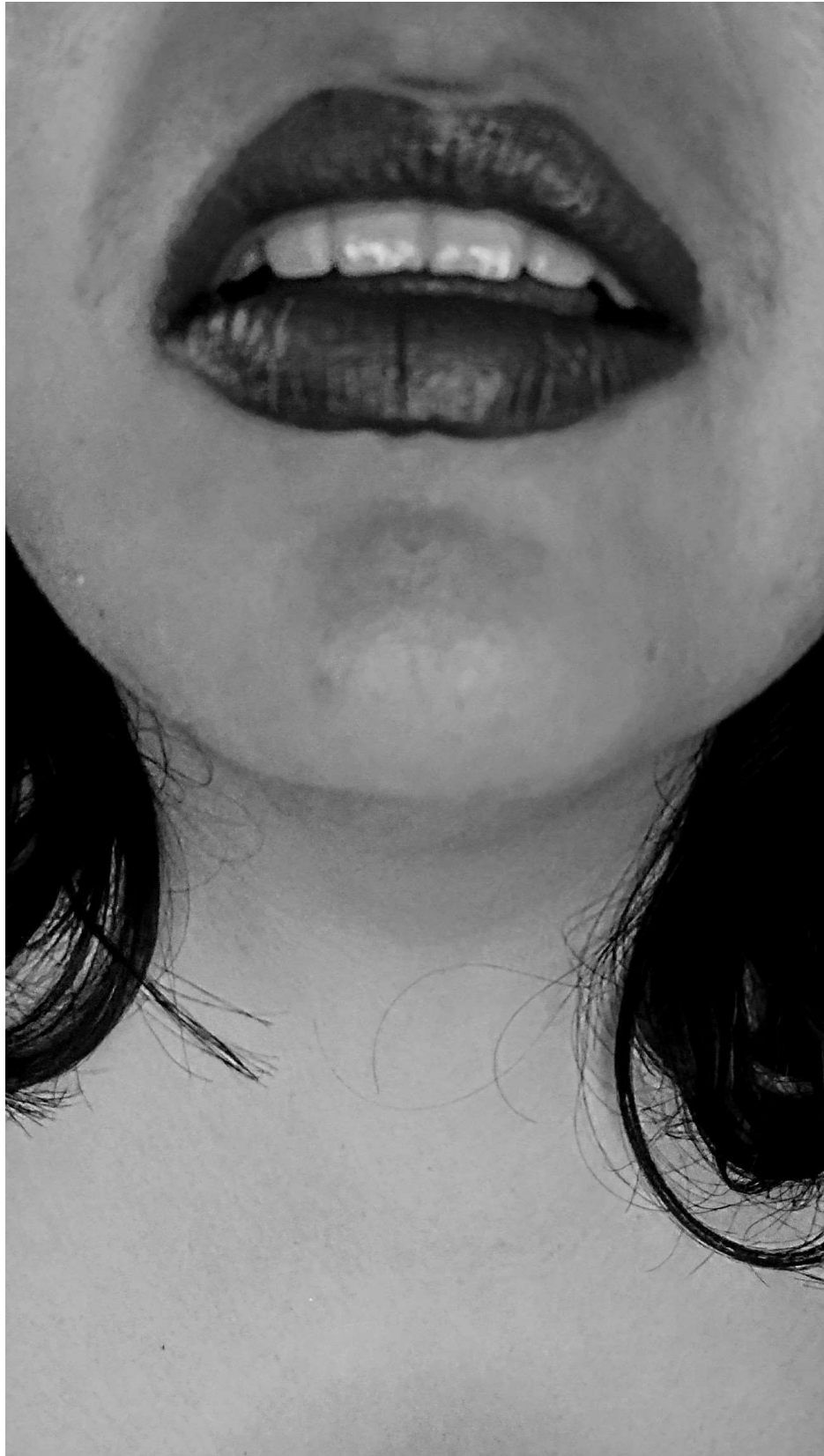


















¿Puedes liberarte de la prisión de tu mente?

Francia Elena Valencia

En los años 80 los colombianos fuimos víctimas directa o indirectamente de la llamada “guerra de los carteles”. Aquella generación creció en medio de la incertidumbre y el temor por los actos violentos de aquel tiempo.

Nos hizo una generación temerosa e insegura con sentimientos negativos sostenidos debido a la pérdida de un ser querido, o nuestra propia seguridad. Esto nos desencadenó cierta agresividad, rencor, resentimiento, ansiedad y nos enfermó de “ira”. Robándonos la paz mental, la salud, y algunas relaciones. Esta, como otras enfermedades, se expresa externamente cuando ya nos ha enfermado internamente e incluso ha enfermado a algunos a nuestro alrededor.

El panorama de la actualidad en nuestro país, no es muy distinto a aquella época. Vemos algunos actos lamentables de todo tipo y muchos colombianos hoy siguen viviendo presos de esos temores y es porque la mente nos obliga a poner una barrera que nos impide movernos. Esa barrera normalmente es conocida con los nombres; ansiedad, temor, y en algunos casos agresividad. El trabajo que se le asignó a nuestra mente es mantenernos vivos y a salvo. Esto es totalmente comprensible ahora que sabemos que la mente solo hace su trabajo. Hoy gracias al estudio de la mente, la programación neurolingüística (PNL) y la inteligencia emocional, hemos aprendido que estamos al mando, somos cada uno el capitán que dirige nuestra vida.

Podemos saber dónde están los comandos de manejo de nuestra mente y podemos dirigirla antes que ella nos dirija. Hoy sabemos que somos el amo. Es nuestra mente la que nos obedece y trabaja en beneficio nuestro. Este conocimiento nos permite atacar de raíz todos estos sentimientos negativos, darle un nuevo significado al pasado y comenzar a disfrutar de nuestro valioso PRESENTE.

Ahora sabemos que no hay lugar permanente para ningún pensamiento negativo, pues nuestra mente solo puede concentrarse en un pensamiento a la vez, así que tenemos la capacidad de reemplazar un pensamiento negativo por uno positivo. Depende de nosotros cuánto tiempo nos acompañaran estos visitantes indeseados que podamos eliminar al entender de dónde vinieron y cuáles fueron los factores que desencadenaron el desarrollo de estas emociones.

Hace unos quinientos años, exactamente en el año 1503, el doctor Pedro Francisco Torres De Huerta emprendió un viaje a Oriente y pasó un tiempo en la India. El relato de este viaje está incluido en un libro que apareció en España en el siglo XVII bajo el título: Crónicas médicas de un viaje a Oriente. Acerca de esta crónica que voy a contarles existió, entre los círculos científicos europeos, una idea de mito o leyenda. Con el tiempo, la ciencia se encargaría de resolver el dilema de una manera seria y muy científica.

Nadie supo jamás por qué Torres De Huerta viajó a Oriente y se detuvo en la India, pero lo que se intuye es que era un gran aventurero. En el viaje recolectó un gran número de experiencias que luego fueron reunidas en las crónicas citadas. Sobre las historias que allí se relatan, me interesa profundamente la de la serpiente de vientre.

Esta historia cuenta que Moria Sahib Appa era una princesa de Bombay, la más hermosa y sabía que jamás había existido, pero una enfermedad terrible le estaba robando el sueño y su belleza empezaba a deteriorarse poco a poco: las ojeras le cubrían el rostro, el dolor de estómago la hacía estar todo el día encorvada; ya no tenía un momento de paz, ni siquiera para peinarse su hermoso y brillante cabello negro.

Cuando el doctor Torres De Huerta llegó a Bombay se encontró con un pueblo realmente preocupado por el estado de salud de la princesa, que se moría sin saber por qué. Rápidamente se interiorizó en el tema, ya que se encontró en una taberna con un parroquiano que le contó, en un castellano rudimentario, las penurias de la joven. Este parroquiano era un paria y sabía mucho al respecto porque servía en el palacio.

El doctor escuchó atento el parlamento del paria. Cuando éste terminó, lo miró extrañado y le dijo que él venía de una tierra muy lejana donde ejercía el arte de curar, y agregó: “Yo quiero ver y ayudar a tu Señora”. Así fue que el paria le prometió conseguir una audiencia para que Torres De Huerta pudiera ir al palacio a ver a su alteza, la princesa Moria.

Una vez que ingresaron en los aposentos del palacio y estuvieron delante de la guardia real, el paria hizo una venia protocolar para pedir permiso y explicar que el doctor Torres De Huerta podía aliviar los dolores que sufría su alteza. Después de un rato de estudiar la situación, los guardias concedieron el permiso.

El doctor se presentó ante la princesa con una reverencia y luego la observó. En verdad se encontraba en un estado calamitoso: el vientre parecía que iba a reventarle, los dolores de estómago la hacían retorcerse y las náuseas estaban dejándola pálida como un papel.

Entonces el médico sacó de su maletín algunos instrumentos, entre los que se encontraban frascos, escalpelos, pinzas y otras cosas para examinar a la paciente. Pasado un largo rato de examinarla y de pensar qué podía estar afectando su salud, recordó que algunos años antes los cerdos de su estancia de Toledo presentaban un caso similar.

Torres De Huerta llamó al paria que lo había conducido hasta allí para pedirle que consiguiera limones, leche y ajos. Al rato regresó el sirviente con los ingredientes que había solicitado el doctor. Una vez mezclados obtuvo una bebida muy agria y repugnante que la princesa debía ingerir para acabar con su malestar.

Y sucedió que al beber la medicina la enferma comenzó a revolcarse por el suelo y a sacudirse en convulsiones descompasadas, hasta que todos los presentes vieron, realmente sorprendidos, que la princesa paría de su trasero una larga y gruesa serpiente negra. En ese momento, señalando a la pobre princesa, el paria exclamó dirigiéndose a Torres De Huerta en una extraña mezcla de lenguas: “¡Doctor, la agría la saco, tenía a kala nag, la tenía a kala nag!”. El doctor empezó a reír, seguro de que la princesa Moria Sahib Appa iba a mejorar.

Luego, se celebró una gran fiesta en el palacio. En dicho festejo, Torres De Huerta fue nombrado extranjero amigo y recibió, como agradecimiento, una buena cantidad de monedas

de oro. A los pocos días y viendo que la princesa ya estaba bien; continuó su viaje hacia el Oriente, donde pudo recolectar muchas otras historias como esta.

Varios años después, la ciencia pudo comprobar la existencia de estos parásitos. Finalmente, en el año 1835, un científico italiano llamado Cesare Colenttini (que seguramente conocía muy bien las crónicas de Huerta) llamaría “tenia” a un gusano platelmino intestinal que vive en el tubo digestivo de los vertebrados y llega a medir varios metros de largo.



¿Quién si yo gritara llegaría a oírme desde los coros
de los ángeles? Y si uno de ellos acabara incluso
por tomarme en su corazón, me fulminaría entonces
su existencia más potente, pues lo bello no es sino
el comienzo de lo terrible, casi insoportable para nosotros,
que tanto lo admiramos porque impasible desdeña
aniquilarnos. Qué terribles son todos los ángeles.

Así comienza la 'Elegía Primera' en la nueva traducción de Adan Kovacsis y Andreu Jaume de las Elegías de Duino, que edita Lumen cuando se cumple un siglo de su publicación.

“Rilke fue en cierto sentido el poeta más religioso desde Novalis, pero no estoy seguro en absoluto de que tuviera ninguna religión. Él veía de otra manera. De una manera nueva e íntima”, escribió Musil en un texto que se recoge en este volumen para abrir el magnífico prólogo titulado 'El tiempo de lo decible' que comienza así: “Cuando, en enero de 1912, Rilke, mientras bajaba por el acantilado de Duino hacia la playa Sistiana, oyó la voz que le dictó el verso inicial de lo que acabaría siendo la «Elegía primera», se estaba adentrando en el último periodo creativo de su vida, una década en la que iba a eclosionar todo lo que había perseguido en su obra anterior aun sin acertar a concretarlo.”

Así arrancaba el proceso creativo de unos textos escritos en un prolongado periodo de tiempo, a lo largo de una década, entre enero de 1912 y febrero de 1922, entre dos castillos: el de Duino en la costa de Trieste y el de Muzot en Suiza, diez años de búsqueda de un camino de perfección entre la belleza y el espanto, dos constantes rilkeanas de las que habló memorablemente Antonio Pau en una obra imprescindible sobre el poeta. Diez años en los que Rilke, como Mahler, como Kafka, como Zweig, como Musil, vio hundirse una civilización y una idea de Europa.

Con las Elegías de Duino, no sólo su cima poética, sino también una cumbre de la poesía europea, escribió un poema esencial del siglo XX, semejante en potencia visionaria y en ambición verbal a Espacio de Juan Ramón Jiménez y a los Cuatro cuartetos de Eliot. Un poema único articulado en diez partes que mantienen entre sí una serie de líneas de comunicación y que adquieren su verdadera dimensión en el conjunto.

En el irrepetible tono oracular de palabra inspirada con que arranca la 'Elegía Primera' ya están fijadas la tonalidad poética y la voz lírica que van a recorrer toda la obra:

Decido pues contenerme y reprimo la llamada
de un oscuro llanto. Ay, ¿a quién seremos capaces
de recurrir? No a los ángeles ni a los hombres
—y los sagaces animales empiezan a darse cuenta
de que ya no estamos demasiado seguros
en el mundo interpretado—. Tal vez nos quede algún
árbol allá en la ladera para poder verlo
todos los días. Y nos queda la calle de ayer
y esta caprichosa lealtad de una costumbre
que se sintió a gusto entre nosotros y ya no se fue.

Pero además a lo largo de esa primera composición, se anuncian, como en una obertura, los temas que van a ir desarrollándose en el conjunto de las Elegías: el ángel y ese animal de fondo que prefigura la última poesía juanramoniana, el viento de la noche, el amor y la muerte, la misión del poeta y su palabra salvadora, la relación entre los vivos y los muertos en el marco de una meditación existencial sobre el sentido de la vida, sobre la soledad y el vacío del hombre, sobre el abismo entre lo humano y lo permanente.

Entre dos impulsos, el cósmico y el visionario, las Elegías de Duino son una exploración en los límites, una indagación en lo invisible a partir de la relación entre la naturaleza y la conciencia, entre la mirada exterior y la mirada interior, entre el mundo visible y el mundo invisible.

Ese ámbito abierto y ascendente es el del ángel que simboliza el espacio de la transición quebrada entre esos dos mundos, entre la realidad y el misterio, entre los vivos y los muertos, entre la fugacidad y lo infinito. Es el espacio propio de esos ángeles que vio Rilke en los cuadros del Greco en su visita a Toledo, “ciudad del cielo y de la tierra”, que unifica en una sola visión, como la del pintor, “las miradas de los muertos, de los vivos y de los ángeles.”

Rilke se instala así al filo del abismo con una ambición poética que le permite moverse entre el cielo y la tierra, indagar en lo cósmico y a la vez en lo telúrico, elevarse y abismarse con una mirada que va de lo exterior a lo interior buscando el espíritu de las cosas en un proceso de transformación espiritual que le lleva de la percepción a la conciencia, de lo negativo a lo positivo. Como esos ángeles

Afortunados al alba, mimados de la creación,
altas cordilleras, largas cumbres aurorales
de todo lo generado; polen de la deidad floreciente,
articulaciones de la luz, pasillos, escaleras, tronos,
espacios de esencia, escudos de dicha, conmoción
de tormentosos entusiasmos y, de pronto, único,
el espejo que devuelve la propia belleza emanada
alumbrándose de nuevo en el propio semblante.

Es un viaje himnico y meditativo hacia lo íntimo, hacia el interior de una conciencia proyectada ya en el mundo exterior:

Sí, las primaveras te necesitaban. Algunas estrellas
te creían capaz de sentirlas. Una ola
se levantó hacia ti en el pasado o es que al pasar
por delante de una ventana abierta
se te ofreció un violín. Era toda una misión.
Pero ¿llegaste a cumplirla?

Porque “la transformación -afirman Adan Kovacsics y Andreu Jaume en su prólogo- es probablemente el término clave de las Elegías de Duino, como lo es de los Sonetos a Orfeo, las dos obras que conforman el testamento de un poeta para una cultura en crisis.”

En ese proceso de transformación, en este “ciclo de la mutación”, la despedida y la ausencia, el silencio y el trayecto de lo visible a lo invisible, de lo cotidiano a lo trascendente, de lo contingente a lo intemporal, de lo cerrado a lo abierto, se convierten en los núcleos de sentido de las Elegías, eje de una lírica de la finitud anclada en la conciencia de que la misión del poeta es hacer decible lo indecible y convertir lo terrenal en invisible, porque, escribe Rilke al comienzo de la 'Elegía Tercera':

Una cosa es cantar a la amada y otra, ay,
al oculto y culpable dios fluvial de la sangre.

Es en las cuatro últimas elegías donde se produce ese salto ontológico y poético de transformación y afirmación que salva el abismo en el que las seis primeras habían situado al hombre y reclama la plenitud de la existencia desde la cercanía conseguida con el ángel y la afirmación de la condición humana,

porque estar aquí es tanto; y porque todo
lo que hay aquí, tan efímero, nos requiere, se diría
y extrañamente nos incumbe, a nosotros, los más efímeros,
pero solo una vez cada cosa, una vez y nunca más.
Y nosotros también una sola vez y ya nunca más,
pero este haber sido una vez, aunque haya sido único,
este haber sido en la tierra, parece irrevocable.

Porque las Elegías de Duino, explican los editores,
“constituyen también el intento de revertir esa separación entre el decir poético y la verdad, devolviendo la belleza a su lugar originario.”

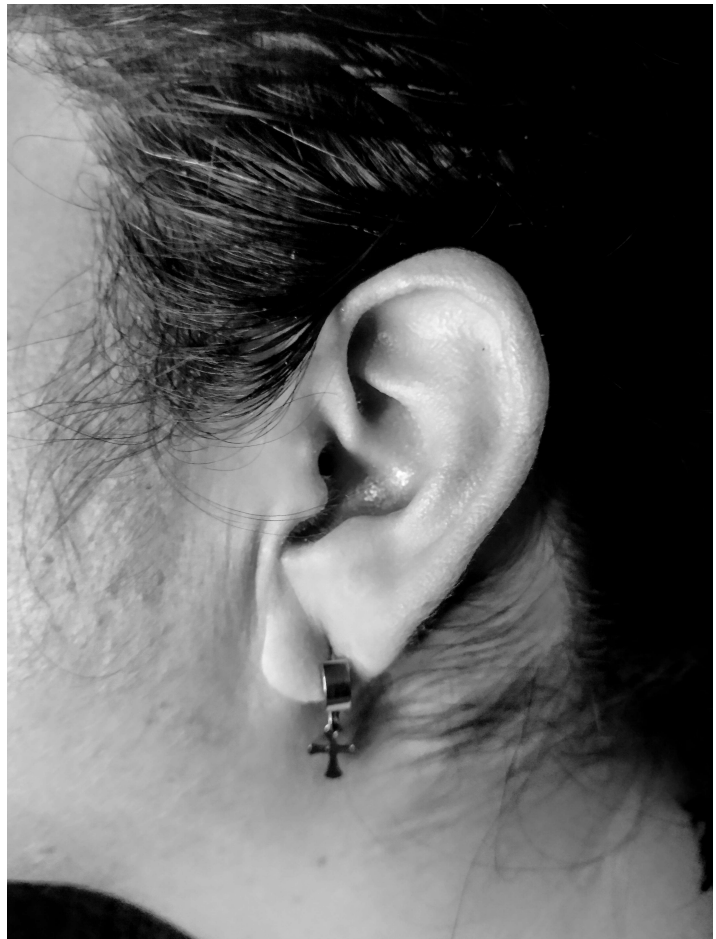
Esta nueva edición, que presenta el texto exento para facilitar una lectura fluida del conjunto, añade en páginas sucesivas un conjunto de notas aclaratorias sobre las diez elegías; incorpora un abundante repertorio de poemas del ámbito creativo de las Elegías,

como la magnífica 'Trilogía española' que escribió en Ronda en enero de 1913, y un buen número de cartas coetáneas a la composición de los poemas, “en las que el poeta comenta experiencias, lecturas y cuestiones que resultan muy iluminadoras para entender los poemas.”

Cierran la edición un facsímil del manuscrito de la 'Elegía Cuarta'; el texto completo de la versión original alemana de las Elegías y una cronología de la vida del poeta. Así termina el texto relativo a 1926:

“En diciembre vuelve al sanatorio de Val-Mont. El 29 de diciembre muere de leucemia en Val-Mont. Es enterrado el 2 de enero de 1927 en el cementerio de Raron, en el Valais. En su lápida se graban unos versos suyos que él mismo había elegido como epitafio: «Rosa, oh contradicción pura, deleite / de ser sueño de nadie bajo tantos párpados».”

Hay que volver a Musil para cerrar esta reseña y recordar que Rilke “no fue una cumbre de esta época, fue una de esas alturas en las que el destino del espíritu hace pie para pasar sobre las épocas.”



Nota sobre el libro “El australiano y yo” de Alfredo Noriega

Galo Galarza Dávila

Alfredo Noriega (Quito, 1962) es uno de los escritores más destacados y prolíficos de aquellos que surgieron en torno a los talleres literarios que se constituyeron en el Ecuador a finales de los años setenta del siglo pasado. Él mismo se considera un discípulo de Miguel Donoso Pareja, el principal animador e impulsor de aquellos talleres. Alfredo se radicó desde muy joven en Francia y se movió, por razones de trabajo o amor, por otros países europeos. Nunca regresó a vivir en su país de origen. Eso le dio una dimensión más amplia para mirar y enjuiciar las cosas desde lejos. Recuerdo con mucha gratitud y afecto las largas conversaciones que tuvimos en su casa de París o en alguno de aquellos pintorescos cafés del barrio XV, mientras coincidimos en esa ciudad luz (o tragaluz). Incluso, recuerdo, nos atrevimos a impulsar un festival de cine ecuatoriano. Autor de varias novelas, teatro y poesía. Una de sus novelas: *De que nada se sabe*, fue llevada al cine, en el año 2008, en una película que dirigió Víctor Arregui, bajo el título de *Cuando me toque a mí*, en la cual Alfredo también participó como guionista.

Bajo el sello editorial *Cactus Pink*, donde antes aparecieron sus novelas *Guápulo* (2019) y *Bruselas* (2021), publicó a fines del año 2022 la novela “El australiano y yo/una novela sobre Julian Assange”, la misma que se presentó en la Feria de Libro de Quito. Su autor tuvo la generosidad de enviármela y pedirme un comentario. Le escribí una carta que ahora reproduzco, con ligeras variantes:

Querido Alfredo:

Acabo de leer tu novela. No tengo mucho que agregar a las impresiones que me dejó la lectura de su primera parte y que te las hice conocer. Lo que sí puedo concluir es que no escribiste una novela mitad rosa-mitad thriller, como has declarado en alguna parte, sino una novela tremenda sobre los diplomáticos, un poco a la manera de lo que hizo Roger Peyrefitte, con su saga novelística. La mayoría de los personajes que

desfilan por tu novela desempeñan, de una u otra forma, esa profesión o ese oficio o esa condena (en la que estuve inmerso por cuarenta y cinco años). Unos en cumplimiento de su disciplinada carrera (pero lamentablemente contagiados del oportunismo, la ambición y la maledicencia de los políticos), otros llevados por los lodos políticos (pero contagiados de las poses y las farsas de ciertos diplomáticos). Los Acosta (padre e hijo), los embajadores y embajadoras, las primeras secretarías, los agregados militares, comerciales y culturales, Jennifer (la despabilada asesora del presidente), el canciller (que quiere aprovecharse de la circunstancia para ganar réditos publicitarios), su poderosa secretaria, entre otros. Todos son diplomáticos o diplomáticas.

Pero, además, es una novela en la que enjuicias con singular ironía, un momento rocambolesco (mencionas varias veces esa palabra) y yo diría que también tragicómico de nuestra historia (diplomática): el asilo diplomático que tuvo en la Embajada del Ecuador en Londres, por el lapso de siete años, el ciudadano australiano Julian Assange. Me toca muy de cerca porque el final de tu novela coincide precisamente con un texto que escribí hace algún tiempo y que está incluido en mi libro *Breviarios*, de reciente aparición, publicado por editorial Eskeletra. Me refiero al caso Snowden. Lo grave es que el mío no está escrito como cuento o ficción sino como agrio testimonio de un momento que, por cosas de la Maldita Sea, me tocó vivir y afrontar. Cuando lo leas, sabrás a lo que me refiero. De tal manera que si ampliabas un poco más tu novela (en el tiempo del relato) entraba yo también como personaje y, dentro de la óptica de Acosta Jr., estaría, ahora mismo, lleno de mil epítetos por haber impedido que el ex espía gringo (ahora ciudadano ruso) venga al Ecuador, en lo que habría sido otro episodio, talvez más grave y trágico, de lo que fue el de Assange dentro de nuestra embajada en Londres. Pero, volvamos a tu novela.

Como te dije, algunos pasajes y

circunstancias del relato repartido en veinte capítulos y más de 390 páginas, me hicieron reír a carcajadas (usas un humor agudo, casi como el que utilizaba Bryce Echenique en sus mejores épocas), siguiendo las aventuras y desventuras, los tórridos romances y las acciones intrépidas del segundo secretario Acosta, quien de obscuro funcionario deviene en una especie de James Bond criollo, pero sin licencia para matar. Los episodios (ficticios, claro) en los cuales saca a Assange de la embajada del Ecuador en Londres y se lo lleva al País de Gales son más que memorables. Pero también enjuicias, ya como autor del libro, con una dureza tremenda la época que nos tocó vivir, en el gobierno que concedió el asilo a Assange y que al comienzo despertó tantas expectativas y entusiastas adhesiones. Pero no solo enjuicias a ese gobierno sino a todo el entramado de los poderes fácticos que rigen en el mundo en que vivimos. Le pintas al Ecuador como un país de farsas y enredos, a sus habitantes (particularmente a los quiteños) como una sarta de hipócritas y mal nacidos. No queda títere con cabeza. De una u otra forma nadie escapa de los juicios irónicos del joven segundo secretario Acosta, ni las grandes capitales europeas, ni los pequeños pueblos por donde transita, ni el amor ni la familia, ni la pasión ni la cobardía. Hay una suerte de nihilismo que, lo peor, comparto en cierta medida después de haber visto de cerca episodios parecidos a los descritos en tu novela.

Muchos exquisitos y “doctos profesionales de la diplomacia” verán tu novela como un ataque al Servicio Exterior ecuatoriano, algunos se tomarán a pecho los mil insultos (otra característica singular de la novela) que pronuncia (siempre en voz baja, claro) el segundo secretario Acosta contra el embajador en Londres. Otros querrán, enseguida, buscar comparaciones y dirán: el embajador es tal o cual persona, el segundo secretario es el sutanito, la primer secretaria es la julanita, el agregado comercial es el tal por cual. Las novelas que escribió Peyrefitte le llevaron por eso a prisión, cuando muchos personajes por él retratados le siguieron juicios por injurias. No creo que te depare igual destino, pero algunos sí querrán quemar tu novela en los patios centrales de la Cancillería (del encuentro), conocida también como Palacio Najas. Yo me he tomado tu

novela como una inmensa broma y una enorme maldición a la mentira, el embuste y la torpeza.

En esta novela demuestras, una vez más, un gran oficio de escritor dotado de singular talento y valentía para escribir todo lo que allí escribes. Te adelantaste, te decía en otro mensaje, al embajador-novelistista que entregó al australiano a las autoridades policiales londinenses en aquel episodio que ya no cuentas en tu libro y que bien merecería un acápite adicional o un post-scriptum.

Te mando un gran abrazo y te agradezco que me hayas hecho llegar tu novela que me atrapó, por obvias razones, desde un primer momento y la leí casi de corrido (a momentos temblando de risa y otros de ira).

¿Para qué sirve Pedro Gil?

Freddy Solórzano

Pedro fracasó como sepulturero, luego estuvo en la redacción de un periódico que destilaba sangre. Quiso estudiar derecho, pero solo fue una mala idea eso de convertirse en abogado de los tribunales de la República de Ecuador. Pasó por la Facultad de Ciencias de la Educación, pero no llegó a ser nunca el licenciado Gil.

Lo de marido ejemplar le duró poco. Lo de terapeuta de adictos lo agota. Lo de director de talleres de literatura le iba bien, pero le falta disciplina.

Sonó, solo sonó, con ser asaltante de bancos, para robar a los ricos y ayudar a los pobres, una mezcla entre Robin Hood y Chucho el Roto. Después de tanto caminar, tropezar y desistir, la pregunta del millón es para qué sirve Pedro Celestino Gil Flores. Si no sabe la respuesta se la digo: para poeta.

"Gran pendejada ser poeta", diría alguien. La poesía no proporciona ningún servicio práctico en la vida. Oscar Wilde ya lo dijo: todo arte es inútil. A Borges le preguntaron para qué servía la poesía. Contestó la pregunta con más preguntas: "¿Para qué sirve un amanecer? ¿Para qué sirven las caricias? ¿Para qué sirve el olor del café?" Al final dijo que "la poesía sirve para el placer, para la emoción, para vivir".

Eso ha hecho Pedro, pero antes de empezar a disparar con sus versos, cuando era niño, tenía otro sueño: no quería ser triste. En casa había una madre que lloraba por su pobreza y un padre bueno, pero borracho. Ser triste y pobre es tristísimo.

A los 11 años empezó a decidir parte de su destino imitando el ejemplo paterno. Pasó una noche que estaba jugando pelota en la calle de su barrio, junto al cementerio de Tarqui. Esa primera borrachera fue con Cristal pecho amarillo, ese aguardiente que va raspando la garganta y te retuerce las tripas si no estás acostumbrado a tomarlo.

Se tomó casi la mitad de la botella y jugó tambaleándose. El fútbol tampoco era lo suyo. Cuando llegó a su casa nadie se dio cuenta de que estaba borracho. Por suerte para él, se salvó de la paliza de su madre.

La vida ha apaleado a Pedro, pero al mal tiempo le ha puesto buena cara. Hemos los que sostenemos, de verdad, no como una frase hecha, que tiene más vidas que un gato. Y no se trata solo por su existencia física, sino también por su poesía.

Pedro ha sobrevivido a 17 puñaladas, a varios intentos de suicidios, a internamientos en clínicas para drogadictos y centros psiquiátricos, a la cárcel, a infartos. Con menos que eso, hasta con una gripe mal curada, muchos estaríamos bajo tierra. Pedro ha sido un mal suicida. No tomó la dosis correcta del veneno para ratas y la cuerda se rompió antes de apretar su cuello, afortunadamente.

Hay quienes creen que ya no tienen nada más que darle a la literatura. Dicen ellos que su gran libro fue el primero, Paren la guerra que yo no juego, allá por 1988, y después nada ha sido extraordinario. Que se ha hundido lentamente como el Titanic.

Pero con cada nuevo libro les responde que están equivocados, que sigue vigente, como Messi, cuando pasa 89 minutos desaparecido de la cancha y, de pronto, al final hace un gol de antología, calla a la afición rival y festeja el resto del mundo futbolero. Así pasa con Pedro. Pudo haber pasado fumando noches enteras, muertas algunas neuronas, desaparecido por meses, por años del mapa, pero el genio creativo resucita después de cada recaída. Con cada libro.

Si usted quiere conocer la vida del hombre y poeta, lea sus libros donde está de cuerpo entero. Se escandalizará, se asustará, se asombrará. Sus versos no dejan indiferente a nadie. Son crudos y directos. Son ganchos al hígado, al mentón. Al final podemos decir que nos libramos de tener a Pedro el abogado y ganamos un abogado.

Eso de que tiene más vida que un gato, funciona hasta en las bromas. Una madrugada, hace 20 años, llamaron por teléfono a mi casa para decir que lo habían matado. Cuando me pasaron el teléfono ya no había nadie al otro lado de la línea. Me volví a dormir sin preocuparme. Sabía que era una broma. ¿De quién? nunca lo supe.

Otra madrugada, años después, me volvieron a llamar. Esta vez la cosa iba en serio. Pedro estaba desangrándose en el hospital por las 17 puñaladas que había recibido, en uno de esos callejones en los que suele perderse y de donde solo sale cuando alguien lo lleva, a las buenas o las malas, a descansar a una clínica de rehabilitación.

Esa vez a donde lo llevaron fue al hospital. Lo vi desde la puerta de la sala de emergencia mientras lo curaban un par de enfermeras. Él me hizo con la mano. No se estaba despidiendo. Supe ese día que Pedro no iba a morir, aún no.

Esa historia de las 17 puñaladas ya es parte de las anécdotas de la literatura, como lo es el corte de la oreja de Van Gogh, el disparo de Verlaine a Rimbaud o la bala que mató a Medardo Ángel Silva.

Una vez me hizo una confesión:

—Por qué aún sigo vivo es una pregunta que siempre me hago. He tenido sobredosis, me dieron 17 puñaladas. En total son 18, porque cuando era jovencito, por andar alcoholizado, me dieron la primera. Los adictos me han querido matar en peleas.

Pedro sigue vivo, enfermo, pero dando guerra, y tiene una confesión más que hacer: no es un buen peleador. En las calles, dice que todos son más fuertes que él. Pero, si ha logrado sobrevivir es por la seguridad que demuestra allí donde las papas queman.

—Así como los perros y los gatos marcan su territorio orinando, aprendí a marcar el mío. Si he tenido que coger piedras y partir cabezas, lo he hecho.

Cuando llegue su hora, quiere que su epitafio diga: "Da pena morir".

A finales del año pasado fuimos una mañana a caminar a la playa El Murciélagu. Hablamos de libros, de su vida. Yo hablé de un poema en particular que escribió y había leído una y otra vez. Un poema demoledor y al mismo tiempo tierno. No cursi, tierno. Se llama "Lucky El Indomable" y está dedicado a su padre, Víctor Gil.

Dice en una parte: "Mi padre se sentó a beber y no se levantó hasta la muerte. Hasta la mañana que a empujones lo llevaron al especialista quien le diagnosticó cáncer al esófago y los días contados. —Prohibida la bebida, Don Gil ¿Para

qué? Sí en la tumba no se come ni se bebe".

Ya quisiéramos algunos escribir algo así. Ya quisiéramos. Es su libro Bukowski, te están jodiendo, en el poema "Mi hermano se parecía al mar", escribe:

Las mujeres de la familia me desnudaron me
bañaron, me vistieron,
los más pequeños me afeitaron
mi hijo me llevó en su auto directo a una funeraria
privada
a recibir el cadáver en la madrugada
llegué elegante con ropa del difunto
entré en el cuarto donde lo estaban maquillando
y ahí estaba Ubaldo Enrique desnudo, hermoso y
varón
las manos cruzadas en el pecho sonriendo
un muerto feliz
mi hermano amado
el que me sentaba en sus piernas para nutrirme
con proféticas coladas de avena,
sabiendo que duro iba a ser el camino
dura la guerra en este mundo asqueroso.

Dos ejemplos. Pueden ser más. Muchos más. Dos cerezas del pastel para decirles a quienes creen que Pedro debe colgar los guantes, jubilarse de la poesía, que hay Pedro para rato.

Siempre está de vuelta el poeta para contarnos su vida en los bajos fondos, donde fumó, durmió, se emborrachó con personajes que no saldrán nunca en las páginas sociales de los periódicos, sino en la crónica roja.

Está de regreso y escribe: "Porque no tengo plata y me la gasto, porque no necesito mujer para ser marido, porque no necesito amor para ser amado, porque prefiero quedarme sin trabajo antes que quedarme sin talento".

En una entrevista recuerda a Dostoyevski, quien decía que en la pobreza se conserva la dignidad, pero en la indigencia se pierde todo. Y se confiesa: "Y he vivido el último año en la indigencia, bajo el puente de Tarqui o el mercado Central. Ese es mi miedo, morir en la indigencia, esa es mi lucha diaria".

Han existido, existen, manos generosas como las de María Isabel que lo han rescatado. A ella le escribe: "Marisabel, tú no eres culpable de mi culpa, tu amor solo quiso protegerme de los enemigos que me habitan".

Nadie sabe qué tiempo durará su vida en sobriedad. Ha recaído tantas veces. Quienes lo conocemos queremos que siga recayendo Pedro Gil una y otra vez, pero en la poesía.

Escrito en el epílogo del libro *Los poetas duros no lloran – Poesía Reunida 1988-2009*, autor Pedro Gil, fue publicado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, en la Colección LETRAS CLAVES



La influencia de los cambios hormonales presentes en la menstruación y cómo estos habitan con los procesos cognitivos y sociales de la mujer.

Maite Bravo Vidal

El ser humano sufre una serie de transformaciones a lo largo de su vida, y a lo largo de la historia. De hecho, esto aplica en el estudio de la evolución del mismo. Recordemos a nuestro ancestro común, a *Australopithecus*, a *Homo habilis*, a *Homo erectus*; los cuales alcanzaron capacidad de bipedestación efectiva después de miles de años, para un día iniciar a instrumentarse (hablando de *Homo neanderthalensis* hace 300,000 años), y después comenzar a ser analíticos frente las situaciones en las que se encontraban (*Homo sapiens*). Crear no solo el arma, si no, crear un plan que hiciera posible el beneficio potencial de esas armas, utensilios, etc. Por lo tanto comenzamos a pensar, y entonces, comenzamos a sentir. Cómo percibimos nuestro entorno? ¿Qué sentimos? Y más importante aún; cómo canalizamos nuestros sentimientos con el exterior? Hay un punto diana en el que me centraré en este texto. La mujer.

Y hablando propiamente, desde mi vivencia personal, cuando habita en nosotros el espíritu de la niñez, experimentamos una clase de apego emocional hacia la madre, mayormente. De hecho se ha estudiado durante mucho tiempo el efecto de la lactancia materna en en la relación madre e hijo y/o hija, ya que, con base en múltiples estudios de cohorte, en los cuales se analizaron dichas relaciones entre niñas que recibieron lactancia materna exclusiva, y aquellas que fueron alimentadas en mayor parte con fórmula, o que simplemente no recibieron lactancia materna, resultaron tener mayor apego con la madre en el primer grupo en comparación con el segundo. Posteriormente, cuando la mujer pasa a la adolescencia, realmente, está trascendiendo a una etapa completamente diferente a la precedente.

¿Por qué esto? Porque vivimos cosas diferentes, ya no jugamos con muñecas como antes, ahora queremos ser las muñecas de nuestras vidas, no las muñecas de alguien más, NO. Las muñecas de nuestra propia historia. Experimentamos también, cierta añoranza por la individualidad, la independencia.

Se sabe que la adolescencia es el proceso, y el puente de una etapa de inmadurez hacia otra en la que se espera, alcancemos ser maduros y tener la capacidad de tomar decisiones conscientes. Sin embargo, en ese proceso, pueden existir cambios, desbalances, desviaciones, y todo lo que nos lleve a otro punto totalmente diferente al objetivo "natural" del desarrollo humano. De ahí que haga referencia a uno de los cambios más importantes en la esfera biopsicosocial de la mujer; La menarquia.

El primer sangrado de la mujer, es la primera fase de 3 que conllevan el ciclo menstrual. Se entiende que dentro de estas fases existen alteraciones en el eje hipotálamo-hipófisis, mismos órganos que regulan la activación gonadal mediante la estimulación y producción de hormonas. Un ciclo menstrual normal puede tener una duración de 21 a 35 días. Esto dependerá de cada organismo femenino. Y según nuestras generaciones pasadas, es el proceso que nos hace culminar como "fértil", como la tierra de la que nace nuestro sustento.

Ya se expuso un poco de la fisiología orgánica de esto. Sin embargo, ¿qué pasa con la mujer cuando ésta mora en ella? De entrada, en la menarquia, muchas veces, el primer sentimiento que experimentamos es el temor. Es un sangrado, y desafortunadamente, en el 2022 sigue siendo en algunos países en vías de desarrollo, así como bien desarrollados, un tema tabú, que no se habla en casa.

Hay que imaginar un escenario en el que una niña de 10 u 11 años, el día que precede a su primer sangrado, se encuentra tranquila, quizá haciendo algún deber escolar o incluso jugando con sus amigos. Despierta y mira su cama sucia. Ahora imaginemos, peor aún, estar caminando en el pasillo de la primaria o la secundaria, y escuchar a un grupo de compañeros reírse porque le han visto una mancha en la parte posterior de la falda escolar. La verdad es que el problema no son esas risas, el problema es la incomodidad que morará

en la niña, siendo que esa mancha es parte de su proceso natural como ser humano. Aún así, ella tiene que soportarlo, tomar su incomodidad, y aprender a superarlo. Por lo tanto hablamos de la fuerza que este día icónico, le aporta a la mujer.

Viajemos ahora a observar otro escenario; es el día 15 del ciclo menstrual de una mujer de 26 años, también se conoce a este día como el más fértil, ya que se lleva a cabo la ovulación. Sin meternos en temas fisiológicos más detallados, las hormonas femeninas están en todo lo alto. Esta mujer puede estar enojada a la mínima provocación, en 5 minutos más, puede llorar porque le ha pasado una mosca por delante, puede sentirse la más eufórica por el simple hecho de haber conseguido llegar temprano a su trabajo, y ¿por qué no? también puede, quizá, ser erótica solo porque rozó su entrepierna.

Sin embargo, se debe recalcar que estos procesos naturales por los que pasamos las mujeres, no son razón para que se nos minimice en cuestión de lo sentimental. Son eventos que realmente se viven. Es totalmente inválido normalizar y estigmatizar decir “estás menstruando, y por eso actúa hoy así”. Nuestras acciones tienen validez en cualquier etapa de nuestro ciclo, y es sumamente importante recordar que muchas veces reaccionamos ante terceras personas.

La verdad es que nuestro cuerpo cambia de múltiples formas. Desde generaciones atrás nos han vendido la idea de que la mujer únicamente tiene como función vital procrear, dar vida, y llevar en su vientre al producto del “amor”. Sin embargo, pocos hablan de la madurez mental, moral que nos aporta este proceso “hormonal”. Ahora esta mujer debe ser más valiente y fuerte para enfrentar el entorno en el que vive, deberá aceptar los cambios físicos que se le presenten, procesarlos en la corteza cerebral, e interpretarlos en la psique de forma serena.

La menstruación nos da un escudo, nos da protección, duele, sí, pero nos recuerda justamente el propósito que tenemos, y que para nada se limita a solo procrear. Descubrirse mujer, saberse valiente, sentirse imponente, recordar sus derechos, reconocer que no debe sentirse incómoda por ser mujer, por sangrar.

Ahora, este altercado de hormonas y sentires,

también guarda estrecha relación con la manera en la que emitimos nuestra energía cuando percibimos el entorno en el que vivimos. Pensemos en la manera en la que nos relacionamos en la niñez con nuestra familia. Nos agrada estar con ella, nos entusiasma ver a nuestra madre, y nos abraza la llegada de nuestro padre. Pero, ¿qué pasa cuando entramos en la adolescencia? y que en las mujeres mucho se ve inmiscuida la menarquia.

La mujer puede comenzar a experimentar sentimientos de individualidad. Ya no desea ser abrazada por su madre, tampoco le motiva salir cada viernes a la casa de la abuela con su familia. Por otro lado, en la medida en la que la mujer avanza hacia la adultez, con todas esas hormonas disparando cada mes, aterriza un día en el sentir de la añoranza de nueva cuenta. Otra vez está en el mismo punto en el que empezó. En muchas ocasiones, nos percibimos esperando ese viernes para llegar a casa, para compartir con nuestra familia una taza de café, té, una taza de amor.

Al igual que la evolución del hombre durante toda su historia, la mujer cambia de sentir durante 21-35 días, relacionado el ciclo menstrual con el entorno que vive día con día. Estos cambios moran en ella, según el entorno en el que se desarrolla.

Nuestro ciclo sentimental va de la mano con nuestro ciclo menstrual, y cambia también, con el paso de nuestros años. Un día descubrimos que nos agrada estar en el punto en el que vivimos cuando todo comenzó. Todo este tema cíclico, también puede funcionar a la inversa, y ser morador en la mujer, lo importante es la fuerza que tenga esta para vivirlo, para sentirlo, y para enfrentarlo.

Bibliografía consultada:

- Harari, Y. N. (2022). SAPIENS - Edición en Español (Pasta Blanda) (1.a ed.). Penguin Random House Grupo Editorial.
- Conde, C. C. J. & Ayala, F. J. (2014). Evolución humana: El camino hacia nuestra especie (El libro universitario - Manuales) (1.a ed.). Alianza Editorial.
- Sofía Cardozo (2015). Ciclo menstrual. Una perspectiva sociológica. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires
- SciELO - Scientific Electronic Library Online (s. f.). https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext





Lectores somos

por Estrella Gracia González

La presencia del mal

Todo inicia con “Collier’s weekly”, una revista ilustrada dedicada a la difusión de noticias, ficción, humor e ingenio, que se fundó en 1888 en Estados Unidos por el irlandés Peter Fenelon Collier. Con los años y siendo la revista de mayor demanda en aquel país, el editor decide anunciar novedades en la revista para ofrecer algo más a sus lectores. Es así, cuando a finales de 1897 un escritor es contratado para escribir una historia de fantasmas; y el 27 de enero de 1898, la revista publica por primera la entrega de una novela serializada que terminó de publicarse el 16 de abril del mismo año. Esta novela constó de 12 entregas quincenales, su nombre: “Otra Vuelta de Tuerca” del escritor estadounidense, Henry James.

Frente a la chimenea, los troncos arden calentando el salón de una casona donde varias personas comparten cuentos de terror, pero un hombre, asegura tener el diario de una mujer que en verdad vivió una experiencia paranormal con un espectro. La morbosidad alienta a aquellos invitados que desean conocer la historia y el diario, que se encuentra resguardado bajo llave en casa del hombre, es traído.

La lectura nos lleva a la voz de la protagonista de la cual nunca se menciona el nombre. Es una historia narrada en primera persona por la institutriz que es contratada por el tío de dos niños huérfanos, para que esta, se haga cargo de ellos: Flora y Miles; pero el tío es tajante en decir que no quiere por ningún motivo ser molestado, así que, a cambio de una buena paga, la joven quien es flechada a primera vista por el apuesto y joven patrón, acepta tener todo bajo su cargo.

En los primeros días todo pareciera ocurrir en la normalidad con la pequeña Flora, solo ha pasado un avistamiento que inquieta a la institutriz, y todo cambia tras la llegada del pequeño Miles. Una serie de sucesos sobreviene



entorno a esa casona ubicada en Bly Essex, una casa de campo alejada de la ciudad. La muerte de la antigua institutriz y de su amante irrumpen en la mente de la joven que constantemente asegura ser presa de las apariciones con los entes e incluso asegura que sus pequeños pupilos, también son manipulados y a toda costa trata de protegerlos.

Esta novela es el mayor ejemplo de ambigüedad, ya que el autor da libertad de imaginar si los sucesos en verdad sobrevinieron a la institutriz o fue producto del cautiverio, la represión sexual o histeria en la joven mujer, como mencionó el crítico literario Edmund Wilson, en 1934.

En la película “Presencias del mal” (2020) protagonizada por la actriz Mackenzie Davis y dirigida por la directora Floria Sigismondi, se intenta manejar la ambigüedad en la trama con todos esos toques oscuros y de terror que en algunos momentos son buenos y en otros casos, predecibles y excesivos, pero a lo largo de los 94 minutos, nos muestra en un segundo plano a una joven que tiene antecedentes familiares con problemas mentales, dándose a entender que la institutriz padeciera el mismo mal que su madre y entonces los fantasmas y sucesos vendrían siendo meras alucinaciones.

En esta adaptación, la novela de Henry James, es destrozada dejando un mal y amargo sabor. Sin embargo, la insistencia de la locura no deja descansar a la protagonista, ya que en la serie “La maldición de Bly Mainor” (2020) creada por Mike Flanagan y protagonizada por Victoria Pedretti, se proyecta a una institutriz que carga con ciertos remordimientos de su pasado, pero es

dentro de Bly Mainor, donde conoce el terror que la lleva a un trágico final.

Y así como existen estas dos adaptaciones, existen treinta más alrededor del mundo, entre obras de teatro, películas y series, donde cada una siempre correrá el riesgo de llevar a la pantalla una adaptación que será bien o mal recibida por la crítica y los lectores, que conocen fielmente la novela gótica de Henry James.

¿Qué decir en México? Pues bien, en 1969 Carlos Enrique Taboada dirigió la película “El libro de piedra”. En esta versión, protagonizada por Marga López como la institutriz, su personaje queda libre de daños psicológicos, siendo ella, quien alienta al padre de la menor a rescatar a su pequeña hija de los sucesos paranormales que acontecen en la casa de campo, y cuando deciden poner fin a la situación, la pequeña Silvia ha quedado convertida en piedra.

Y con esto ¿Qué sucedió con Miles? ¿Fue en verdad el espíritu de Quint quien le dio muerte al presentarse frente a él, o fue la institutriz quien lo hizo?

He ahí la duda del final de esta gran novela que después de 125 años de su publicación, aun nos hace pensar.

Otra vuelta de tuerca, sin lugar a dudas una de las mejores novelas góticas de todos los tiempos y la mejor novela de Henry James.

Un amor declarado

*Conservé intacto en la memoria el medio en que vivía.
La atmósfera en que se desarrolló mi infancia, el aire,
la luz, el color del cielo, el sabor de la tierra, eso yo mantuve.
Lo que la memoria me devuelve son esas sensaciones.*

Juan Rulfo



Hace veinticuatro años fui a pedir información a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del estado de Guerrero, deseaba estudiar Literatura o Historia, las dos áreas apasionantes, recuerdo que quienes me acompañaban sugerían historia porque su programa era de cuatro años y Literatura de cinco, opté por la última. En ese lugar adquirí muchas herramientas académicas y muchas más de vida. Nunca olvidaré las recomendaciones de la Mtra. Ada Elvir en Didáctica de la Literatura, quien me enseñó a respetar a mis compañeros docentes y a pensar en el estudiantado como un todo y al mismo tiempo de manera individual. Hoy que hago un recuento de mi historia a la par de la historia de la facultad, pienso que en esos 60 años, hombres y mujeres hemos egresado para enfrentarnos a nuestros propios retos y vicisitudes.

En el patio de la escuela comprendí que el saber no estaba en los títulos, sino en las dudas que se sembraban en cada clase concluida, en la urgencia por devorar libros prestados de la Biblioteca Pública Central porque no tenía la oportunidad de adquirirlos, pero los soñaba, deseaba leerlos, porque así podría participar con mis profesores que hoy son mis compañeros de trabajo. Sentía que el camino a mis sueños podían concretarse, por eso no dejé de imaginar cómo es que sería estar allá afuera impartiendo clase. Y no, no fue fácil.

*¿Sabe cuál es mi enfermedad? La utopía.
¿Sabe cuál es la suya? La rutina. La utopía es
el porvenir que se esfuerza en nacer. La rutina*

es el pasado que se obstina en seguir, escribía Víctor Hugo, y con sus palabras comprendí que tenía que arriesgarme y salir a pedir empleo, que por tan escaso se volvía inalcanzable. No importaba que hubiese obtenido un excelente promedio, veían mi currículo y lo dejaban de lado. Visité diversas instituciones públicas y privadas, intuí que no sería sencillo, pero seguí tocando puertas. Una mañana, una nueva escuela, el Instituto Universitario del Sur me abrió un espacio para dar clases, ahí me hice profesora, y ahí me imaginaba lo que sería compartir en mi Alma Mater. En esa institución fui profesora por horas, Coordinadora de Bachillerato y más tarde Coordinadora universitaria, ahí crecí durante doce años. A la par seguía creyendo que la Universidad era mi objetivo, hice examen de oposición en las instalaciones de las canchas de la Universidad, y fue extraordinario darme cuenta que tenía las herramientas y la calidad para aspirar a un espacio. No, no todo fue así de rápido, porque la política está antes que las aptitudes y actitudes, quedé en la fila por no pertenecer a ningún grupo político.

Hace 19 años que soy egresada de FFyL, y me dejé claro que siempre pondría en alto mi Alma Mater ¿Cómo lo haría? Preparándome más allá de lo que se me había enseñado en clase, siguiendo el ejemplo de mujeres y hombres que me formaron, porque soy parte de ellos, de una escuela que no debería abonar a la envidia o al desprestigio, al contrario, formar cuadros, es crear escuela, es pasar la estafeta sabiendo que el que viene en generaciones

futuras estará en nuestro espacio. Porque nada es eterno, porque todo es efímero y ahí es donde me afiancé. Un día me invitaron a cubrir un curso y me di cuenta que ese amor sólo se siente aquí, en los salones donde alguna vez fui estudiante y donde ahora soy profesora.

Sé que no todos tienen este privilegio, realizar un trabajo que ames y te apasione; Ser egresada de esta Facultad de Filosofía y Letras me ha forjado y me ha hecho tener fe para continuar en el aula.

Comprendo que no todo concluyó cuando egresé en aquel 2004. Aquello era solo el comienzo de mi continua preparación, porque si no, con qué podría cooperar hoy con las nuevas generaciones. He trabajado por esto que amo, y por ello he impartido conferencias en Chicago, invitada por la Universidad de North Western, en Seattle gracias a la Fundación WAGRO en Edmonds Community College, en Everett Community College, en Casa Latina y en el Centro de Convenciones de Lynnwood, siempre compartiendo la literatura y la palabra a comunidades latinas.

He escrito seis libros de poesía y participado en libros de divulgación científica, he colaborado con los programas de Conacyt gracias a la Dirección de Investigación de la universidad, con mujeres de pueblos originarios y con jóvenes con discapacidad. Colaboro en revistas electrónicas y he acudido a distintos foros a brindar conferencias en torno a la promoción lectora, la cultura y el género.

He visto reconstruirse este espacio físico, anhelo que así se reconstituyan las venas y cimientos de la FFyL. Que las áreas que aquí se imparten se sepan parte medular de la educación en nuestro estado, y por ende aprender a andar juntas a sabiendas de que el camino es azaroso, pero no imposible.

Estoy orgullosa de formar parte de la historia de esta Facultad, porque todos los días llego a ella con el interés de despertar pasión por el conocimiento; no porque yo les enseñe, sino para que esas generaciones sientan que tenemos una responsabilidad humana y social, porque formar parte del profesorado de este estado nos impulsa a replantearnos la vocación y decisión de estar en el aula.

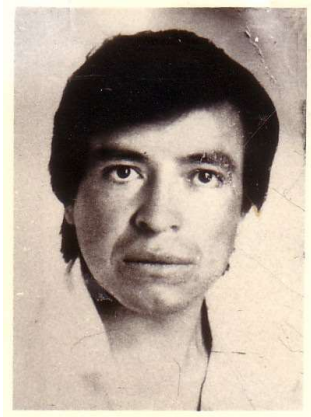
Sin pasión, el ser humano sólo es una fuerza latente que espera una posibilidad, como la piedra espera el choque del hierro, para lanzar chispas de luz. Seamos esa posibilidad, hagamos de esta Facultad un espacio donde la palabra respete la opinión y la diferencia, donde se procure el saber, para que quien egrese de esta casa se sienta pleno cada vez que regresa a ella, y para abonar por los nuevos espacios académicos como la Maestría en Docencia de las Ciencias Sociales.

Sí, así vamos construyendo, respetando nuestro pasado, viviendo nuestro presente con dignidad y entusiasmo por esto que hoy somos; y forjando un futuro para quienes han confiado en nuestros programas de estudio, haciéndoles ver que el concluir una carrera es importante, pero lo es aún más el saber ser, ser humano y aprender a compartir el conocimiento. Sé que todo lo demás llega por añadidura. Felicidades por estos 60 años Facultad de Filosofía y Letras, sigamos asentando la historia, desentrañando la sociedad, filosofando la existencia y escribiendo la literatura para los tiempos que vienen.

Brutal como el rasgar de un fósforo

por Gustavo Garzón

Mentira General



Sintió la comodidad de los escalones, no cansaban; el constructor los había hecho casi perfectos, pero no concordaban con el pasillo: paredes desnudas, altas, frías, sumergidas en la agonizante luz que luchaba por trepar y fracasaba en su intento. Paredes como de catacumba.

No tenía conciencia de sus pensamientos, estaban cubiertos por la determinación de llegar hasta ella y decirle, ¿decirle qué?, lo que iba a suceder. No podía saber cómo reaccionaría, podría tomarlo calmada o fríamente y esto sería desastroso, aunque, en realidad, todo era ya desastroso.

Timbró; a través del vidrio catedral se dibujó una imagen negra y estrecha; la muerte, pensó.

Vestía con despreocupación, el desordenado cabello se desparramaba por los hombros. Asombrada dijo: ¡qué sorpresa verte, pasa! Por unos segundos no supo qué responder y, además, en el interior había otras voces; no podría decírselo, nadie más tenía por qué saberlo. No gracias, aquí nomás. Lo miró extrañada, comprendió que sucedía algo, frunció



el ceño. ¿Qué pasa? Nada, respondió avergonzado por la contradicción que implicarían sus siguientes palabras: solamente venía a avisarte que me muero mañana. Ella le tomó de un brazo, no para confrontarlo sino para sostenerse a sí misma. ¿Cómo?, ¿tan pronto?

Sus manos, apretando las de él, le hicieron pensar que en realidad lo sentía. Ahora ella estaba triste, confundida, no sabía qué decir, tenía ganas de echarse a llorar, de abrazarlo, de dejar que él llorase también: era lo que él creía sentir de ella.

Se desprendió para acercarse al balconcito que, al final de la grada, daba a la calle. El viento soplaba ruidosamente, lo despeinó por completo. Ella se aproximó sin atreverse a tocarlos. ¿Qué piensas hacer? No respondió, no quería responder. Se sentía atormentado por la multitud de pensamientos que azotaban su cerebro, sin permitirle analizarlos. Además, ya no tenía tiempo y lo más importante era el sentimiento que le decía: sin herirla, sin insultarla y, sobre todo, sin compasión.

La miró, estaba distante, perdida en luces lejanas. ¿Está Marco adentro? Negó con la cabeza, todo su rostro se llenó de ternura. Se abrazaron con fuerza. Ella se acurrucó en su hombro. Solo quiero pedirte una cosa, dijo él, le levantó la cabeza para ver la respuesta en sus ojos, quiero que esta noche seas mía. Sabes que no puedo, dijo en un susurro. ¿Estás segura? Lo besó con toda la fuerza que su traición le obligaba, él se dejó hacer porque sabía que esa era la última respuesta.

No pudo soportar más su compañía, era como estar en medio de una tragicomedia o ser el objeto de una mentira general. Ni siquiera se despidió, la dejó allí, olvidada, haciendo que llegase a ser parte del pasado lo más rápido posible.

Todo era una equivocación, desde un principio sabía que todo resultaría tal como había sido. Sabía también que ella era demasiado egoísta como para poder aceptar que él la amara. Sin embargo, tuvo que intentarlo, tal vez para tranquilizar su conciencia, sabiendo que había tratado hasta el límite máximo; ahora, plenamente convencido de que en realidad no había objeción alguna, podría morir mañana.

En: Garzón, Gustavo. *Del virus humano y su circunstancia*, 1era ed., Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, núcleo del Guayas, 21 a 33.



Gustavo Garzón, “Tavo” para sus familiares y amigos, nació en Quito, Ecuador, el 8 de junio de 1958. Estudió en la escuela fiscal “Simón Bolívar”, el Colegio Nacional “Montúfar” y la Universidad Central del Ecuador. Se licenció en estadística y banca, profesión que nunca ejerció pues se especializó en Aviónica, electrónica de los aviones, vinculado a la empresa ecuatoriana de aviación.

Toda su vida la dedicó a la literatura; sus escritos más antiguos datan de su época colegial hasta su egreso del ciclo doctoral en literatura en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en 1990, cuando fue desaparecido por el estado ecuatoriano con presunción de participación de sus fuerzas represivas.

Noveno Piso

por Sandra Galarza Chacón

El pañuelo



Salomé vio marcas en el cuello de su madre. Se acercó y la rozó con los dedos.

—¿Mamá no le da vergüenza?

—¿De qué voy a tener vergüenza?

—¿Quién le mordió? —rió Salomé.

—Usted me está faltando al respeto.

—Mire Mamita, usted ya no es una chiquilla.

—Basta de tonterías. Siga con la tarea —dijo Leonor.

La madre temblaba, Salomé no comprendía su nerviosismo. Desde aquel día la jovenzuela empezó a prestar atención, inclusive, escuchaba detrás de las paredes. Se quedaba hasta altas horas de la noche para sentir lo que hacían sus padres.

Un jueves de mayo, la adolescente estaba sentada mirando por la ventana hacia la calle. Observaba al carnicero cuchichear con los vecinos. Vio a su padre jugando solo a los naipes en la mesita de caoba, para ella era normal lo había visto jugar y conversar con los espíritus desde la niñez.

Ella miró venir a una mujer exuberante. La figura femenina, antes de entrar, se cubrió el cuello con un pañuelo, se limpió el rostro con una servilleta y la lanzó lejos. La vio acomodarse el vestido y retirarse los zapatos de taco. La que entró a la casa ya no era la bella mujer. Era su madre. Le llamó la atención que no entrara por la puerta principal sino por el porche.

Salomé bajó lentamente por las gradas a la planta baja, tomó unas zapatillas y salió al jardín con rumbo a la calle. Fue a buscar la servilleta que había observado que su madre tiró. La recogió y comprobó, llevándosela a la nariz, que no tenía olor. Regresó a la casa. Al

momento de pasar por la cocina escuchó un murmullo: pegó su oído a la pared.

—Ay... Delio. Mi Delio. Eres un santo y un demonio. —Escuchó decir a su madre.

La chica titubeó con el nombre: en su pensamiento no se le hacía familiar. Entonces decidió entrar en la cocina. Su madre se cubrió rápidamente el cuello con un pañuelo rojo.

—Mamita. ¿Mi taita le regaló el pañuelo? —preguntó Salomé.

—¿Qué pañuelo, hija?

—Mamá: ¿Usted piensa que yo soy ciega?

—Hija yo no tengo nada.

—¿Usted esconde algo!

—Qué voy a esconder. Tú y tus ideas —respondió Leonor, tomando el mantel para controlar el sudor de las manos.

Salomé también tomó el mantel y dijo: —Mamita. Cuente... cuente ¿Quién es Delio?

Leonor estaba por confesarse con su hija. No sintieron que llegaba el Comandante.

—¿Qué cuchichean? ¿No hay nada para comer? —preguntó Julio Alberto.

Las dos soltaron el mantel.

—Taita cómo nos asusta —dijo Salomé.

—¿Por qué están asustadas? ¿Andan haciendo algo malo? —preguntó Julio Alberto.

—No, estamos conversando de mi juventud —respondió Leonor

—Puros cuentos de viejas.

—Taita no sea así... mamá está conversando... bueno de una persona —agregó Salomé.

Leonor sentía que en su interior iba a explotar un volcán liberador. Tomaría a su hija de la mano y la llevaría a otra vida, a otra calle, a otro pueblo y a otro mundo.

¿Cómo sobreviviría?

Decidió por lo más fácil: quedarse.

—A usted no le interesa —dijo con voz seca Leonor.

El Comandante calló.

Salomé vio en las dos miradas una misma rabia, entendió que su madre guardaba un secreto. Y se sintió como un centinela en un campo minado. Ya tendría la oportunidad de descubrir la verdad. Y de algún modo intuyó que de ello dependía su supervivencia.

Fue ella misma quien puso la paz:

—Taita, Papito ¿Quiere un cafecito de chuspa?

—Gracias hija, sólo usted me entiende.

Leonor fue hasta el jardín y trató de tranquilizarse. Al volver a la cocina vio a su esposo e hija abrazados viendo el álbum familiar. Su mente se nubló con una ilusión fantasiosa de cómo sería estar con los dos. El veneno que le había inyectado el ofidio en su cuerpo empezaba a germinar. Un pequeño huevo había nacido en su vientre.



“Nómadas” novela de Imanol Caneyada

En estos tiempos donde si yo me considero “ser”, es mi derecho de expresarlo y casi una obligación políticamente correcta que los demás me vean como yo me percibo. Tonces, yo nací en Culiacán Sinaloa, o sea, soy Sinaloense de nacimiento. Pero, hay un detalle, no conozco Sinaloa y mi acento es bronco como para arriar reses a gritos de rancho, ya que desde los 6 años vivo en San Luis Río Colorado, Sonora. Por lo tanto, soy Sonorense. El autor Imanol Caneyada nació en San Sebastián, España, y ya anda rondando las tres décadas viviendo en México, asentándose primeramente en el aquel entonces llamado Distrito Federal (DF), para después radicar aquí en mi ciudad en los años 90's donde trabajó como periodista en *La Prensa*.

Como autor, hizo algunas colaboraciones para la revista literaria local *Papel*, de la cual yo era super fan de adolescente, mientras que Imanol andaba en sus veintes; fue en tal revista donde lo conocí, mas no en persona. Luego, la editorial del mismo, le publicó un poemario. Y en esos años me enteré que había ganado el concurso del Libro Sonorense; de allí despegó su carrera como escritor. Si Stephen King sitúa sus novelas en Maine, Imanol Caneyada las coloca en el desértico y sierroso estado de Sonora. Si lo escuchas en alguna entrevista en un video en YouTube, notarás su acento Sonorense. Por lo tanto, mi colega y yo semos Sonorenses, porque los Sonorenses *nacemos donde nos da nuestra regalada gana*.

Y no nada más ha ganado el concurso del Libro Sonorense, también el Gerardo Cornejo (2008), Efrén Hernández (2011), el José Fuentes Mares (2015) y el reciente Premio Bellas Artes de Novela José Rubén Romero (2020) que lo obtuvo con la novela: *Nómadas*, con la cual hago la presente reseña. Hay una novela que me quiero conseguir llamada “49 cruces blancas”, que tata sobre la tragedia de la guardería ABC, publicada por Planeta, pero luego se los cuento cuando la lea.

Pero bien, mea culpa, hasta yo mismo me he preguntado: cómo es posible que siendo un autor sonorense casi san luisino, no me hubiera leído alguna de sus novelas. Ya sabía de su obra, había leído una reseña sobre su libro: *Tardarás tiempo en morir*, y, cuando tomé un taller literario con el maestro Manuel Cuen Gamboa, entre 2015-2017, nos leímos en voz alta los cuentos del libro: *Los Confines de la Arena*, los cuales la neta están bien chingones. Me había tardado en leer una de sus novelas. Y esto se dio de forma casual, reburujando libros usados en la librería de viejo del profe Chamery, La Cafeleeria, di con un librito del fondo de cultura económica, vi su portada y me atrajo el título: NÓMADAS.

¡Ah chirrión y ese pinchi monito sonrisón qué! La “o” con acento tenían una happy face amarilla, con sus ojitos sin pupilas y su sonrisa de media luna muy misteriosa. Luego leí el nombre del autor, y en la esquina la etiqueta que anunciaba que era la novela merecedora del concurso José Rubén Romero 2020. Luego leí la contraportada y me enteré que era una trama distópica, al parecer en una Sonora futurista. Luego, comparé el año de publicación de nuevo, 2020, en plena pandemia; pues no mams, pues más distópica no pudo haberse escrito y publicado. ¡Me lo llevo!

Nómadas es una mezcla rara de Cyberpunk, pero la mexicana, una historia distópica futurista donde un Sonora está realmente plagado de jodidos, lo digo en el término real del diccionario: persona Que está mal por alguna causa, como una enfermedad, una molestia, un problema o una dificultad, por estar decaído o desmoralizado, etc, Ya que aquí en Sonora y más para la sierra y el

centro (Hermosillo) decir: qué pasó jodido, pues es como un saludo a alguien que estimas o conoces. Aquí en cambio, esta Sonora que pertenece a un universo paralelo, muy pegadito al nuestro, tanto, que apenas una perceptible membrana los separa, se llama Sonot, pues la neta si están súper bien jodidos.

El Cyberpunk trata por lo general historias sobre un futuro culero, donde los niveles de pobreza tienen tasas altísimas, incluso si la trama se desarrolla en un país que en este año es desarrollado, de primer mundo, pero en el Cyberpunk todo se fue al carajo y los andrajosos pululan como zombis sobre la faz de la tierra, pero eso sí, la tecnología brilla en todo su esplendor teniéndolos a todos bien pendejos –bueno, no nos vayamos lejos, las redes sociales y los teléfonos inteligentes así nos tienen, jeje, por momentos me dejo llevar por su hechizo XD, pero no abusen, eh, úsenla para lo que es; para informarse, para estar conectados, no idiotizados–. Y en medio de esta pobreza potenciada como virus pandémico, siempre hay una oligarquía poderosa, unos cuantos, ya sea un consejo de ancianos, un Dictador y su gabinete, o una corporación. Por lo general, este género sirve para hacer una analogía o crítica de nuestra actual realidad, como para también advertir hacia dónde nos dirigimos. Un ejemplo de esto es la franquicia Mad Max la cual define su estética con su ideología Punk Anarquista donde una sociedad decadente sucumbe ante el fin de los combustibles fósiles detonando con esto una guerra mundial que devastó al planeta dando paso a una era de violencia desenfrenada, donde a todos se les antoja tener gasolina, y matan por ella.

En *Nómadas*, Imanol hace una feroz crítica social hacia una población extremadamente consumista, manipulada y totalmente drogada por una corporación de nombre: LifeLab, que como empresa poderosa y corrupta, tiene sus tentáculos más largos y chupastrosos que el dios Lovecraftiano, los cuales, todo lo soborna, lo envicia, lo copta, lo compra, lo destruye; y a su paso va dejando envenenado a un río de antes aguas cristalinas, ahora a uno turbio que provoca la muerte, pero, ¡no pasa nada, la gente muere a motones y al gobierno parece importarles un

soberano pimiento! Cof cof cof –onomatopeya de que algo se me atoró en el gástrico–, como que me suena al Río Sonora y al Bacanuchi, donde el todo poderoso Grupo México derramó sulfato de cobre en 2014, provocando un desastre ecológico y daños a la salud de sus pobladores, quienes, a la fecha, y muchos con plomo en la sangre, siguen reclamando justicia. Ya mejor le paro, mis lectores porque si no, en vez de reseña va a parecer una investigación periodística –muy a tono con el autor, quien como les dije, es periodista–. Tal parece que algún ejecutivo de LifeLab viajó a nuestro universo y tomó nota de las tropelías y sinvergüenzadas de Grupo México, y lo llevó a otro nivel.

Sí, a otro. En este Sonot del multiverso literario, LifeLab fabrica una droga de diseño a la que bautizaron con el nombre de fenta (nos suena al fatal fentanilo, que sirve como corte o relleno del cristal para prender a la raza en nuestro universo). Con esta droga de circulación legal, la población la consume tal telenovela de tenebrisa o red social feisbukiana repleta de amigos virtuales a los que les importas un carajo. El consumo es desmedido, constante, porque los hace felices; después, LifeLab diseña otra, con mayor potencia, con mayor goce, tanto que la gente siente un bienestar que lo consume hasta morir de risa y con una *happy face* plasmada en sus rostros como perpetuo rigor mortis. Bien decía yo que desde el principio ese monito sonrisón me daba muy mala espina. Tal droga es la pastilla Sunrise.

En este escenario, la novela es contada desde un presente paralelo al lector, por el hijo de Ele, Eleno Maldonado. Donde narra las peripecias de su padre Ele y su amigo el Veneno, quienes trabajaban haciendo show en la cantina de Purificación, la amante de Veneno. Ambos también hacían equipo con las gemelas, un par de hermanas que hablaban y se movían sincronizadas, las cuales su acto principal era luchar en lodo. Este grupo de fenómenos dignos de un circo del siglo XIX, donde Ele es un enano, pero no de los de cabeza y frente grande, sino un enano hormonal, pequeño pero simétrico, de rostro guapo tipo Clark Kent, donde lo único asimétrico era su descomunal pene de estrella porno con el cual se follaba a tanta prosti y mujer adinerada que pagara sus servicios.

Ele (disfrazado de super héroe) y Veneno tienen un acto, donde Veneno, un luchador gigante, de más de dos metros, lo lanza hacia unas colchonetas, y Ele vuela un par de metros mientras su capita azul se agita graciosamente y aterriza y todos se carcajean. Parte del show era que los borrachos pagaban para lanzar al enano y realizar apuestas.

Una noche, Ele le revela a Veneno que está enamorado y que se iba a fugar con el amor de su vida, pero eso no sucede, porque esa noche Ele es misteriosamente asesinado.

Y es allí cuando comienza el periplo de Veneno, quien se lanza a la búsqueda de los familiares de su mejor amigo, y también para armar las piezas del crimen tal novela policiaca y descubrir al asesino. En su andar, perdido en el desierto, es capturado por un grupo de ancianos tenebrosos con cerebros infantiloides, quienes lo encierran en una especie de calabozo junto a muchas personas, las cuales, una a una es sacada para sabe qué propósito. Cosa, que el lector en el avance de la lectura descubrirá para qué tienen a esas personas, tal de ganado se tratara. Fue una de las escenas que más me gustaron.

La novela como lo dije, es narrada por el hijo del Ele, quien sostiene una larga charla con Veneno, similar a la *Conversación en la Catedral* y sobre la lectura del diario de una científica feminista de nombre Tatiana Sugich quien está bajo tratamiento psiquiátrico a la par que depende de la droga fenta para trabajar bien happy encubriendo a la corporación LifeLab con su ciencia y consejos.

Y entre las narraciones de Ele, del diario de Tatiana, se intercala la tercera persona del autor, donde también conoceremos la historia de un influencer místico hambriento de poder quien se hace llamar el Clarividente Odín, de quien su bella esposa Patricia se mete en la cama con el bello Ele enamorándose de él y de su descomunal pene, quedando embarazada, cosa que al Clarividente no le conviene porque su acenso al poder esta próximo tal mesías del norte, y ve en ese niño no el engaño de ella, sino más bien un estorbo a su imagen y aspiraciones.

“Nómadas” es una novela que da giros constantes, como si el lector estuviera perdiéndose en el inmenso desierto de Sonot movido por la nueva droga y con una sonrisota en la cara mientras hace una llamada desde su telencéfalo, a la vez que revisa su red social en su monicéfalo, para después tratar de llamar a un híbrido para que lo recoja y seguir las aventuras del elenco de esperpentos plagados en esta historias donde la tecnología es lo único avanzado y perfecto, mientras que la sociedad es cada vez más primitiva y manipulada por la droga y el falso mesías.

Una novela de sorpresas, de intenso humor negro, de crítica sobre un presente que parece ser el mismo futuro vislumbrado un par de años atrás. “Nómadas” son aquellos que se revelan a lo que impone el sistema, aquellas mujeres que luchan para romper las cadenas del patriarcado, los que defienden su propia identidad de género, los inadaptados y los olvidados. Quienes, a la deriva, y en círculos, caminan por el desierto para formar un nuevo mundo.

Mejor no le sigo que la puedo espoliar, y léanla, que la se la van a pasar bien.

WARNING: la novela se lee, eh, no vayan a probar o inhalar sus letritas, que pueden quedar así:



Imanol Caneyada

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100073225405992>

Proyecciones de la mente por Astrid G. Reséndiz

Amar desde la libertad

Según la RAE la palabra amor se define como "Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser." Por otro lado, dicha palabra proviene del latín "amor" emparentado con el verbo latino "amāre" que se encuentra relacionado con el significado de la palabra "amma" que significa "madre" haciendo alusión al vínculo natural entre un hijo y su madre, el cuál resulta esencial para el desarrollo neurobiológico de todo ser humano.

Siendo así, el instinto natural de protección y apego seguro entre mamá e hijo es el ejemplo más elevado de lo que significa amar. Culturalmente hablando, el amor se ha expandido en cuanto a concepto, de modo que se ha vuelto diverso en su nivel de expresión e intensidad, así como con la forma de relacionarse con otros individuos, siendo en la actualidad, principalmente para naciones latinoamericanas una expresión con diversos matices que abarcan a los amigos, familia y pareja como tal, existiendo diversas palabras para expresar, tal como "enamoramiento" siendo este el ejemplo claro de un sentimiento fugaz y pasional; mientras que la palabra "cariño" simboliza una cercanía reservada en cuanto a su expresión, además de "aprecio", siendo la forma más reservada de expresarse, y finalmente el "te amo" que simboliza compromiso e intensidad en cuanto a su intención cultural.

Pero ¿Qué es el amor? La ciencia lo explica como una expresión y proceso neuroquímico en respuesta a estímulos externos, en la cual intervienen diversas hormonas y neurotransmisores tales como la dopamina y oxitocina, siendo parte esencial del proceso evolutivo y perpetuación de una especie.

Sin embargo, en la actualidad, dicha descripción se limita al proceso natural del enamoramiento, que suele ser más común a partir de la primavera, debido a que la temperatura



ambiental aumenta y es la temporada más favorable para la reproducción. Y el amor, en esencia, aunque es una consecuencia natural del enamoramiento, tiene implicaciones más complejas como lo son los aspectos psicológicos, sociales y culturales, que no se encuentra atado a la relación de pareja, si no más bien, se expande a otros sectores, contando incluso con una clasificación que describe los diferentes tipos de amor; siendo el amor "eros" el representante del "enamoramiento" que se sustenta en el instinto humano, el "filos" un amor que surge por proximidad y convivencia continua, enfocada en los vínculos afectivos sociales y finalmente el amor "ágape" cuya definición corresponde a la visión más pura y sincera de amor, como el que expresa una madre por sus hijos, sin esperar nada a cambio, puro y desinteresado que no se ata ni limita a condiciones especiales, y se practica por decisión personal al demostrarse con acciones.

El psiquiatra y psicoanalista Carl Jung expresa "Tu visión se volverá más clara, solo cuando puedas ver dentro de tu corazón". Haciendo referencia al autoconocimiento cómo base fundamental para el desarrollo de consciencia.

Al revisar la definición del amor según la RAE y desmenuzar el comportamiento social en relación al amor, podemos notar que culturalmente hablando, este es un acto sujeto a la expectativa. Siendo un romanticismo que se fundamenta en la posesión y entrega con la esperanza de recibir algo a cambio, sea dinero, bienes materiales o joyas. Lo cual resulta esclavizante en cualquiera de los bandos a los que se observe, puesto que del

hombre se espera remuneración económica, detalles y conquista. Mientras que de la mujer se espera belleza, entrega y veneración. De modo que aunque no se exprese de manera consciente, si existe un ideal para ambos bandos que profesen amor, usando de ejemplo la pareja heterosexual, aunque dicho comportamiento no se limite a este.

Amar desde la posesión, el "eres mío" y "soy tuya", siendo tú "mi media naranja" y yo tu "otra mitad" nos habla de que ninguno de los dos será un ser completo hasta que se entreguen por completo a la otra persona, haciendo que desde su simiente exista una expectativa de lo que debe ser el amor.

Pero este no es un "amor sincero" hablando estrictamente del origen, puesto que **se encuentra condicionado a una reciprocidad desequilibrada**; en la que de una persona ejecute un "rol masculino" de proveedor y conquistador, que regala flores y chocolates, paga la cena y todo lo demás. Y la otra persona lleve un "rol femenino" de ser *el o la* rescatada, conquistada, pobre, indefensa a quien deben dar flores y chocolates a cambio de "lo único" que le queda, que es la veneración completa.

Dichas actitudes, restan el poder e identidad a ambas partes, dejando de existir como individuos para ser uno solo. Sin embargo, ese ideal solo existe en el imaginario, puesto que en la vida real, las personas se pierden a sí mismas y el poder de rescatarse. Creando así, una generación de personas que no son capaces de valerse por sí mismas para cuestiones básicas como alimentarse y abrirse la puerta.

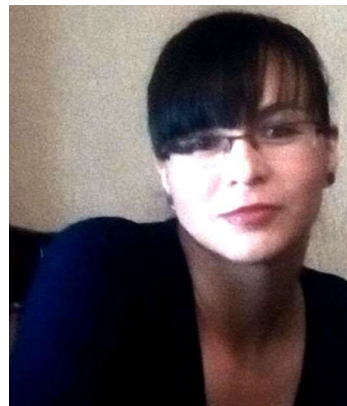
Si tenemos una generación carente de identidad y por ende, amor propio, tendremos a una generación de personas que no se aman a sí mismas, ni se autosustentan.

Por lo cual se vuelven codependientes y temerosos de la libertad de su pareja. Según las definiciones originales del amor, este no debería esperar algo a cambio, tan solo, ser y fluir de manera natural.

Amar desde la libertad, es un acto de rebeldía social, en el que se rompen estándares y se apuesta por el autoconocimiento encaminado a la plenitud personal que se comparte por elección y no por necesidad.

Matriarcadia: Separatismo

por Norma Leticia Vázquez González



Separatismo femenino en silencio

Patricia Hill Collins, feminista afrodescendiente, expresó que “los grupos oprimidos con frecuencia son colocados en la situación de ser escuchados solo si enmarcamos nuestras ideas en el lenguaje que es familiar y cómodo para un grupo dominante. Este requisito a menudo cambia el significado de nuestras ideas y trabaja para exaltar las ideas de los grupos dominantes”.

Esa fue mi situación en los comienzos de mi formación feminista, incluso cuando ya me identificaba como separatista, endulzar los sintagmas para que los hombres no se fueran a sentir ofendidos, claro, si quieren salir ganadores en todo, aunque tomen viagra o estén calvos. Así, que de escuchar cómo ellos se expresan muy bien sobre Sor Juana y Madame Curie, y con esas frases de muchos hombres: “yo apruebo el feminismo de antes”, “esas mujeres sí son feministas”, o, “la gran feminista Ángela Davis”, decidí vivir mi separatismo consciente en silencio.

Es muy difícil expresar que eres separatista en un país como en el que vivo, y me atrevo a decir que el separatismo no es muy popular ni bien visto por muchos hombres. Marilyn Frye escribió que si ella iba a hacer algo que molestaba a los hombres esa es señal de que va por buen camino, **yo opino lo mismo**. Considero que con el poco alcance que logre podré exponer una forma distinta de ver y vivir el mundo para las mujeres ¿y por qué no?, hasta para uno que otro hombre, (para que no se sientan mal los señores) al final de cuentas a raíz de ellos nos separamos.

Agradezco al editor y escritor de *delatripa: narrativa y algo más*, por el espacio para Matriarcadia; a mis lectoras y lectores, que sé que me leen con ojo y neurona crítica. Agradezco al grupo feminista donde me formé, Formación política y feminista, con sede en la ciudad de Chihuahua, y por supuesto, a una feminista veterana, que, aunque no acepta mi agradecimiento, una vez me dijo: “estás donde estás por ti misma, haz cosas por ti misma”.

Separatismo para tener espacios seguros y paz mental para mujeres, separatismo aunque sea en silencio. **Separatismo, Ya.**

Conocimientos jurídicos

Los conocimientos jurídicos son otros aprendizajes que las feministas necesitamos para la defensa de nuestros derechos

Es un hecho que las leyes están hechas para un mundo de hombres, si son poderosos o no, no entraré en esos detalles. Urge en esta época que las mujeres conozcamos nuestros derechos y el Derecho de ellos, que no nos incluye a nosotras.

Mya Nahomy Saldaña, joven agredida 47 veces con arma punzocortante por su exnovio en octubre de 2022, el viernes 17 de febrero recibió la noticia, después de una tercera audiencia, que su agresor se amparó y ahora está libre.

Después de dos audiencias, la primera con el perpetrador y el juez a distancia por videoconferencia; después de una odisea, porque el inculpado se dio a la fuga; después de las inconsistencias en la ley, de los malabares del sistema de justicia, después de cambiarle el nombre al crimen como dos veces, después de que en el Congreso de Chihuahua se presentara la “Ley Mya”, y después de que el joven se presentara con un amparo en mano, el pasado fin de semana, el juez le dejó muy en claro a Mya que si sigue ventilando información y los medios siguen divulgando, (se) estropeará el juicio de Erick.

Han sido los medios quienes han ventilado más información, aparte, ¿qué vamos a hacer? ¿Quedarnos cruzadas de brazos cuando ni se cumplió el debido proceso en tutelar para menores, cuando meses después el exnovio se dio a la fuga? Me pregunto si el juez ya reprendió al joven por andar hiriendo mujeres, si ya se lo acalabró por haberse dado a la fuga. ¿Siguen diciendo que no existe la misoginia en la sociedad, siguen diciendo que las mujeres somos privilegiadas, que no existen los feminicidios y que casarse o vivir con hombres es estar sobre miel con hojuelas?

Vean este proceso, lleno de irregularidades, pero si lo decimos las mujeres no cuenta, tiene que decirlo un hombre, un abogado, un juez; tiene que decirlo un poderoso, porque ellos saben que el mundo no es para nosotras. Separatismo, ya.

Sesión BZRP de alienación parental

De las luchas por el poder, una de las más difíciles de llevar para las infancias es la que se da durante una separación o divorcio. Ya que los y las hijas se vuelven el arma y a la vez son el botín que ganar.

Cabe mencionar que las leyes mexicanas en caso de cualquier divorcio, va a velar por el “Interés Superior del Menor”, como ya lo hemos hablado en otras columnas, éste surge por primera vez en la Convención de Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño de 1989, y señala lo siguiente: “todas las medidas concernientes a los niños que tomen las instituciones públicas o privadas de bienestar social, tribunales, las autoridades administrativas o los órganos legislativos, una consideración primordial a que se atenderá será el interés superior del menor”. Y se refiere a las acciones y procesos para garantizar a niños, niñas y adolescentes un desarrollo y protección integral y una vida digna, así como las condiciones materiales y afectivas que les permitan vivir plenamente y alcanzar el máximo de bienestar posible.

Una forma de maltrato infantil que puede ser sutil o descarada, muy ignorada o aceptada es la Alienación Parental. La Comisión Nacional de los Derechos Humanos determina que la alienación parental es un tipo de violencia psicoemocional que trastoca los derechos fundamentales del niño y que debe evitarse o detenerse para brindar tanto al menor como a los padres los medios necesarios, ya sean legales o psicológicos, que permitan erradicar este proceso o síndrome de maltrato.



La Alienación Parental es el rechazo de los hijos o hijas hacia uno de progenitores que se producen por la influencia del otro progenitor con el fin de impedir, obstaculizar o destruir el vínculo con el otro progenitor. Las estrategias para lograrlo son del siguiente tipo:

Insulta o desvaloriza al padre o madre en presencia del menor.

Criticas negativas que el menor escucha contantemente.

Impide la convivencia o la comunicación.

Crea una falsa o mala imagen, con mentiras o exacerbando las características negativas.

Implica amigos o familia para atacar al otro progenitor.

Subestima o ridiculiza los sentimientos del menor hacia el otro progenitor.

Incentiva o premia las conductas de rechazo que tienen los menores hacia la madre o padre.

Influye con mentiras o atemorizar al menor.

¿Esto no les suena a una canción? Porque si bien ahora todos y todas estamos alienados contra el futbolista español Gerald Pique y Clara, su nueva novia.

Imaginen a un par de chicos, que tendrían que estar viajando en una nave espacial a Marte para no escuchar que su padre es un gato que tendrían que haber botado desde hace tiempo, que no usa el cerebro, que es más pequeño que su madre y que eligió una nueva pareja que vale menos que ella.

Así es, Shakira para algunas cantó un himno feminista, para otros es una ardida; pero para sus dos hijos menores de edad ¿de qué trata la canción que todo el mundo canta?

La periodista mexicana Paola Rojas, quien atravesó por un divorcio del futbolista mexicano-brasileño Luis Roberto Alves (Zague), a causa de una infidelidad que fue igualmente muy pública y quien tiene dos hijos menores de edad; ha hablado sobre lo difícil que fue el suceso por lo mediático que se volvió, sin embargo, se ha resistido a hablar de su exesposo por cuidar a los hijos que tienen en común.

La periodista escribió en su columna del periódico el Universal del 16 de enero del 2023, su preocupación por el efecto que podría causar “el desplante” de Shakira, como la propia Paola llamó a la pegadiza canción. “Me preocupan, por lo tanto, los niños que son parte de esta historia familiar hoy más pública que nunca”.

Preocupación que comparto porque las consecuencias de la Alienación Parental en los menores tienen efecto a corto, mediano y largo plazo.

Los menores llegan a experimentar problemas de autoestima, confusión y culpabilidad. Dificultades en el desarrollo de habilidades sociales. Pero en casos más graves pueden dar señales de depresión infantil, manipulación y odio patológico.

El Interés Superior de los y las menores debe estar por encima de los millones que genere un Rap y sin importar los millones que tengan los padres para gastar en terapias.

F es de Fantástico

por J. R. Spinoza

Dos cuentos de Antón Chéjov



Antón Chéjov es uno de los más grandes escritores de la literatura rusa, y uno de los más influyentes de la literatura mundial. Nacido en 1860 en Taganrog, una ciudad costera en el sur de Rusia, Chéjov comenzó su carrera literaria como autor de cuentos y obras de teatro, y se destacó por su estilo sobrio, realista y profundamente humano.

A lo largo de su vida, Chéjov escribió cientos de cuentos y obras de teatro, incluyendo clásicos como "La gaviota" y "Tío Vania". Sus historias se caracterizan por la atención a los detalles cotidianos, la sutileza psicológica y la capacidad de captar la complejidad de las relaciones humanas.

Chéjov fue además un médico activo y comprometido con su comunidad, y su experiencia en la medicina influyó en su obra literaria, dotándola de un enfoque empático y realista. A pesar de que murió joven, a los 44 años, dejó un legado literario que ha influenciado a escritores de todo el mundo y ha sido estudiado y admirado por generaciones de lectores. En esta columna, nos centraremos en dos de sus cuentos más memorables: "La tristeza" y "La dama del perrito".

El cuento "La tristeza" de Anton Chejov es una historia conmovedora y profundamente humana que nos muestra el poder de la tristeza y cómo esta puede afectar a las personas de diferentes maneras. La historia sigue a Yona, un cochero que ha perdido a su hijo y que se encuentra lidiando con la profunda tristeza que lo embarga.

Desde el principio, Chéjov establece un tono melancólico que se mantiene durante toda la historia. La descripción de la ciudad de Moscú en un día gris y frío, la figura solitaria de Yona, y el caballo que parece ser su único confidente,

todo contribuye a crear un ambiente de tristeza y soledad que se refleja en el estado emocional de Yona.

En "La dama del perrito", Chéjov nos presenta a un hombre llamado Dmitri Dmitritch Gurov que se enamora de una mujer casada, Anna Sergeevna. A pesar de que Anna no está dispuesta a dejar a su esposo, ella y Dmitri comienzan una aventura amorosa que los lleva a encontrarse en diferentes lugares de Rusia. Con el tiempo, Dmitri comienza a darse cuenta de que su amor por Anna es más profundo de lo que él había imaginado, y se siente atrapado en una relación que no puede ser más que un secreto.

Ambos cuentos presentan personajes que luchan con sus emociones, pero lo hacen de maneras muy diferentes. En "La tristeza", se nos presenta a Yona como un personaje humilde y sencillo, cuya vida ha sido definida por su trabajo como cochero y su relación con su familia. Sin embargo, la muerte de su hijo lo ha sacudido hasta lo más profundo, dejándolo en un estado de dolor y tristeza que no puede superar; mientras que en "La dama del perrito", Dmitri se encuentra atrapado en una relación que no puede llevar a ninguna parte. En ambos casos, Chéjov nos presenta personajes complejos y realistas que nos permiten reflexionar sobre nuestras propias emociones y relaciones.

En resumen, "La tristeza" y "La dama del perrito" son dos cuentos clásicos de Antón Chéjov que nos presentan personajes que luchan con sus emociones de maneras muy diferentes. A través de estas historias, Chéjov nos invita a reflexionar sobre nuestras propias emociones y relaciones, y nos recuerda la complejidad del ser humano y sus sentimientos.



Bajo el barandal

por Rocío Prieto Valdivia

El amor a través de las letras

*La palabra es el único pájaro
que puede ser igual a su ausencia*
Roberto Juarroz



Se habla del amor mediante el género literario de la poesía cómo si aún se viviera en el tiempo de las lenguas romances; pero el amor va más allá de los poemas con tono dulzón o los poemas dedicados para los amantes. Expresar el sentimiento conlleva a un estado de catarsis en la cuál nos sumergimos por un leve periodo en que nos dura el enamoramiento.

Después viene la realidad del día a día. Y llevamos todo a la desgracia.

He leído muchos poemas de amor, incluso me he enamorado de un poeta al cuál suelo escribirle algunos versos y siempre termino por incluir el mar cómo un espejo de la oralidad en la cuál me veo reflejada en mi diario vivir.

Otras veces me basta con leer a Óscar Cerruto, o a César Vallejo para olvidarme de la miel que algunos poetas derraman al escribir, ¿o será que ellos demuestran su amor a través de las letras? Vaya a usted a saber.

Uno de los mejores exponentes que he leído es Abigael Bohórquez, quién en su poemario *Poesida* nos muestra el amor a la vida, el amor cárnico por otro hombre, y la posible muerte del poeta; al ir leyendo cada poema se me ha desgarrado el alma hasta lo mas profundo.

Pero no solo los poetas nos muestran el amor mediante la lectura, también hay narradores, como Mauricio Carrera, quiénes al narrar nos inundan de amor, la pasión nos embulle, nos hacen cómplices del sentimiento.

Otro de los autores vivos es Adán Echeverría con su libro *Compañeros Todos*, nos inunda en ese mar inacabable del despertar al amor cárnico. Tomaré como referencia el cuento

llamado “Izquierdistas” en el cuál una pareja de enamorados va sorteando cada obstáculo; el protagonista hombre nos habla del amor a la lectura, de cómo romper la hoja en blanco, pero su amor no termina del todo bien, Adán Echeverría nos hace cómplices, nos enamora mediante sus letras, a decir verdad tienen un tono poético que nos muele la médula y nos hace caer en ese momento de catarsis amorosa.

Me encanta cuando el hablante lírico le dice al personaje femenino que la sigue esperando y ella jamás llegó a las revueltas en Oaxaca. Y no lo hizo porque ella ya no estaba enamorada de él, ahora amaba a otro, y es que dura tan poco el estado de enamoramiento que después solo va quedando la costumbre, el aferrarse a lo que ya conoces aunque te haga daño.

Mi amor hacía la lectura me llevó a conocer las novelas; y recuerdo cuando me topé con el libro “Arráncame la vida” de Ángeles Mastretta, me encanta el último capítulo donde el personaje principal se enamora del músico y se hacen amantes, y al estar recorriendo el poblado se hacen el amor en un campo de cempasúchil; ese mismo sembradío es el que la protagonista le pone a su amante en la tumba. Después de morir por órdenes del celoso marido.

Arráncame la vida, *Mal de amores* son libros que usted, querido lector, debería leer una y otra vez. Le aseguro que de inmediato usted se sentiría enamorado. Al igual que de *Compañeros Todos*. Porque no solo existe Neruda y sus Veinte poemas de amor.

El amor va más allá de reglas absurdas, de meterse a la cama y disfrutar de un cuerpo o de orgasmos junto a un hombre.

Cuando aprendes amar la literatura un mundo se abre a tus pies, en los libros puedes encontrar grandes aliados.

Ver la naturaleza como la veía Antón Chéjov, que es uno de los pilares de la literatura rusa junto con León Tolstói, y de este último quedé enamorada de Ana Karenina; ese amor emperrado que tiene la protagonista la lleva a la muerte y a su vez el dolor por perder a sus hijos es símbolo del amor.

Amar las letras es arrancarse la piel cada vez que escribes sobre la hoja en blanco porque no es fácil romper la blancura que te hipnotiza, te vuelve un idiota cuando sueles escribir cómo una secundaria enamorada.

Yo me enamoré de la escritura cuando solo tenía 8 años y le escribía a mi padre ausente, cuando leía en las tardes en esa esquina de la casa para huir de la realidad, cuando leí Carrie y Cumbres Borrascosas.

Me volví a enamorar al leer el libro que Adán me prestó, poco antes de irse de Ensenada, mismo libro que, siempre he dicho, es la Biblia del poeta; en él conocí a Roberto Juarroz, Enrique Lihn, Óscar Cerruto, Coral Bracho entre otros, ese libro marcó mi existencia, lo amo, lo cuido, lo recomiendo, ese libro lo puedes encontrar en las librerías se titula *Antología de la poesía iberoamericana actual* compilado por Julio Ortega.

Amé más la literatura cuando Adán Echeverría me enseñó a narrar, fue entonces cuando entendí que podía plasmar una vida a mi antojo, con todos los amantes que me pudiera imaginar, que ya nadie me podía juzgar, que podía recorrer cada parte de esta península con la firmeza de los primeros exploradores.

Y así pude ser una princesa Pai pai que se tira al acantilado. O salir del mar y besar al hombre que me acariciara con ternura siendo una pequeña vaquita marina.

Porque todos los escritores plasmamos el amor en las letras. Vivimos la fábrica de

ilusiones mediante ese amor a la literatura. Todos podemos ser Odiseo cómo lo hace Mauricio Carrera o ser Izquierdistas cómo nos lo mostró Adán Echeverría.

O cantar esa canción desesperada cómo lo hizo Neruda o demostrar el amor a la poesía cómo el gran Alí Chumacero.

Les puedo decir a ciencia cierta que no he conocido otros poetas, escritores, talleristas y además amigos tan amantes de las letras como lo son Adán Echeverría y Jorge Humberto Chávez.

Seres llenos de bondad quiénes imparten talleres a costos muy accesibles, nos comparten lecturas e impulsan a los demás con su conocimiento y su empatía por las letras.

Todo esto lo digo con el corazón en la mano, el sentimiento a flor de piel. Porque amaré siempre las letras, la literatura es parte de lo que ahora soy, de lo que quiero para el resto de mi vida.

De lo que he ido construyendo con los niños y jóvenes de este basto municipio, porque al entrar al aula de español y sentir fluir todo eso que se les enseña en la pizarra es volver a los inicios; cuando estoy junto al grupo de lectoras al cuál pertenezco, vivo junto a ellas el amor a la lectura, su pasión al abrir un libro, ellas se adentran en cada palabra escrita por aquellos que ya nos han antecedido.

Se enternecen con los personajes, viven el amor cuándo hay escenas llenas de ternura. Porque al escribir esta columna reafirma mi amor hacia las letras.

Porque soy una letra amiga. Gracias Adán Echeverría, gracias Velia Josefina Crespo Oviedo, gracias Jorge Humberto Chávez. Por dejarme seguir disfrutando del amor a través de la literatura.

Mi punto de risa

por Roberto Cardozo



Despertarte a mitad de la noche

“Despertarte a mitad de la noche
y ver en el otro lado de tu cama
a tu mujer llorando
es una experiencia importante.”

Es tanto lo que se habla de manera positiva de este constructo social que solemos llamar amor, que romantizamos el hecho de “amar”. Lo escribo entre comillas, porque en la realidad este acto es más un contrato tácito entre dos (o más) personas, que va más allá de las risas y la cursilería con la que se le suele relacionar.

“Quiere decir, entre otras cosas,
que mientras paseabas por los cuartos
iluminados de tu cerebro
algo se estaba gestando cerca tuyo
Un error con el cual mantenés
una particular relación de intimidad.”

Para todo esto, necesitamos concentrar mucha de nuestra energía en la cotidianidad de la vida, para estar atentos a las distintas realidades con las que interactuamos a diario.

“Porque aunque no firmemos nada,
ni corramos apurados bajo la lluvia de arroz
pensamos que es para toda la vida
y así seguimos.”

Y esto es, a pesar de que muchos de nosotros nos rebelamos contra los constructos

socialmente correctos y aceptados (y no corramos apurados bajo la lluvia de arroz). Porque los compromisos no necesariamente se deben firmar ante ninguna ley, solo bajo las mismas creencias. Al final del día, el amor es permanencia, es decisión, es intención.

“Botes que durante la noche
quedan amarrados al muelle
golpeándose entre sí,
según el viento.”

Como menciona Fabián Casas, en el poema que he fragmentado y comentado brevemente, el amor es darnos cuenta de lo que se gesta cerca de nosotros mientras que en las noches quedamos a merced del viento.

Fabián Casas es una especie de eslabón entre la poesía moderna y la clásica (o culta, como dicen algunos) que nos lleva a través de sus textos, a mirar de manera distinta nuestras realidades, a darnos cuenta, en ocasiones de forma pesimista, de que nos afecta más de lo que imaginamos, nuestra interacción con el mundo. De eso se trata ser poeta y Fabián Casas lo sabe.

Nos vemos en el slam

por Mario E. Pineda Quintal

La discriminación y solución para el carnaval de Mérida



Una decisión complaciente con los hoteleros de Mérida y otros empresarios mandó al carnaval de la ciudad al recinto ferial de Xmatkuil desde hace unos años. Las autoridades panistas y priístas se pusieron a las órdenes de un voto duro (con mucho dinero) para expulsar a esta festividad tradicional de la capital yucateca, de una sede histórica para mandarla a un lugar lejano para meridianos acostumbrados a llegar a cualquier lugar de la ciudad en menos de 40 minutos.

El argumento oficial se basó en el tema de la seguridad y menos afectaciones para la población. Las autoridades plantearon un escenario catastrófico para Mérida por el cierre de calles, pese a que el carnaval solo dura seis días y tres de ellos prácticamente son inhábiles para la ciudadanía.

Otro tema fue la molestias para el turismo. El carnaval obligaba a los hoteles en Paseo de Montejo a bloquear sus entradas y jardines exteriores para evitar colados o algún daño protagonizado por impertinentes. Algunos hoteleros juraron que a los turistas no les gustaba el carnaval y lamentaban haber rentados cuartos para vacacionar en Mérida durante esos días.

Decían que había cancelaciones, pérdidas a la derrama económica y muchos insultos en diferentes idiomas. A 10 años de estos argumentos para proteger al turismo, ahora el Ayuntamiento de Mérida mira al turismo como la solución para resucitar la fiesta carnavalescas como se vivían en su antigua sede.

Las autoridades anunciaron espacios exclusivos para turistas. El pueblo en un lado y los visitantes que sueltan dinero en palcos privilegiados para ver comparsas y carros alegóricos. Las autoridades ahora recurren a una discriminación hacia su propia gente para rescatar un ambiente que, supuestamente, era desagradable para los extranjeros.

Los turistas tenían el carnaval saliendo de su hotel, ahora lo tienen a más de una hora considerando el actual tráfico de la ciudad. Claro, los visitantes de otros países son fáciles de engañar si omities dicho cambio de sede, pero a los meridianos no.

Los meridianos, no todos, pero un buen número y dependiendo de su edad, amaban su carnaval en Paseo de Montejo. Un lugar fácil de llegar y donde te podías enfiestar para luego regresar a casa subiéndote solo a un camión.

A diez años, el carnaval de Mérida pierde a su propia gente ahora más interesada en movilizarse al carnaval del puerto de Progreso, a donde, al final de cuentas, se disfruta lo mismo que ir a Xmatkuil, pero en vez de monte, hay arena y mar.

Mérida cambia, se transforma, crece, pero hay ciertas cosas que no deben irse de su sitio, estoy seguro de que muchos celebrarán y agradecerán a una autoridad valiente que devuelva el carnaval a donde debería de estar.



donativos

delatripa
Narrativa y algo más

Este es un proyecto cultural autofinanciable. Si quieres apoyar nuestra labor de promover y difundir la narrativa, la dramaturgia, el cuento, el ensayo y la minificción, puedes donar a esta cuenta:

nombre: Adán Waldemar Echeverría García / banco: Banamex / sucursal: 710
no. de cuenta: 3387106 / CLABE: 002910701033871062 / no. de tarjeta: 5204 1657 7589 0597